

Armando
Cassigoli

10 (321-15)

CUADERNOS

DE UN HOMBRE ASUSTADO



*Sociedad
de Escritores
de Chile*



10(321-15)

183

CUADERNOS DE UN HOMBRE ASUSTADO

Cassigoli

Cuadernos.

Ediciones Alerce
publicadas con el patrocinio de la Universidad de Chile

Editorial Universitaria, S. A.

*ARMANDO
CASSIGOLI* **CUADERNOS
DE UN HOMBRE
ASUSTADO**
NOVELA

Sociedad de Escritores de Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

© Armando Cassíoli, 1964.
Inscripción N° 28.827.
Impreso en los talleres de la
Editorial Universitaria, S. A.
San Francisco 454, Santiago.

Proyectó la edición
Mauricio Amster.

“Cualquiera estupidez es mejor
que su mundo sin sentido alguno”

JOHN OSBORNE

Manifest

(Más allá del Outsider)

OTRA VEZ la leyenda del Lago Subterráneo y su puerta.

Creo que empiezo a convertirme en un hombre asustado; por ello he decidido escribir estas memorias, estos cuadernos estrictamente personales. Aprovecho los días, antes que me llamen a declarar los jueces del Comité, para narrar lo acaecido en el último tiempo. Además, creo que me han pedido un informe; no una defensa, sino un informe escueto y desapasionado de la estricta verdad. A veces la fiebre me impide concentrarme profundamente en el trabajo, sin embargo, con un poco de esfuerzo logro quedar en condiciones de proseguir mi labor...

Jamás fui gran gustador de "Naranjina". Preferí siempre la leche agria, el vino de uvas o simplemente el agua fluorizada y aséptica que surte mi casa. No obstante, aquella noche, a la salida del cine, sentí una sed espantosa de esa bebida. Quizás, no fuera tan grande la sed, pero, debo confesarlo, me poseía un deseo irrefrenable de beber siquiera un vaso de "Naranjina". Junto a la casi totalidad de los espectadores entré a la sala de bebidas y pedí una..., en verdad no pedí una "Naranjina" sino que me la ofrecieron ya servida antes de abrir la boca. Por primera vez su gusto me pareció agradable, tal vez, hasta delicioso. Bebí un segundo vaso y salí a la calle, amplia, lisa, cauce reluciente. Caminé bajo el solar gas de mercurio, entre el río humano, oliendo el suave aroma de los desodorantes de moda, encandilado por la maraña multicolor de los letreros luminosos.

Sobre las gradas del Templo Matriz (en lo alto vigilaban llenas de luz las habitaciones del Coronel-Santo) sentada junto a dos muchachas, dopada y ausente, estaba Alouette. Hacía meses que manteníamos relaciones personales. La conocí en casa de Guzmán, en una de sus sesiones de composición, mientras comíamos confituras y nos embriagábamos con alcohol de bellotas. Un gran saludo. Ella no respondió. Una vez más vencía mi potente rival. Llegué hasta mi puerta, pero antes de subir tomé otro vaso de "Naranjina" en el bar de la portería. Deseché el ascensor y subí las escalas pleno de

energías. Introduje la llave en el selector automático y el mecanismo abrió la cerradura. Encendiéronse las luces. Me aligeré de ropas y, tendido en la cama, prendí la televisión de control remoto.

Sed terrible; un deseo inaguantable de beber "Naranjina" me tenía intranquilo. De un salto fui hasta el refrigerador de alcoba y preparé una bebida helada, desabrida, desagradable. Volví al lecho. Seleccioné el programa: "Nuevas voces en la literatura". El anunciador presentaba a Gerardo, viejo amigo mío desde el tiempo del Instituto Educativo donde fuimos abandonados por nuestros padres, siempre postergado en sus merecidos triunfos, pero que, por fin, luego de un contrato con la Compañía Publicitaria de Literatura, adjunta al Banco de Crédito y Ahorro, estaba alcanzando cierta fama. Perdí de vista a Gerardo hace varios años cuando se marchó a las provincias, desde donde, ahora regresaba a conquistar la ciudad, como en los lejanos tiempos en que la vida capitalina absorbía el movimiento intelectual de un país. Felizmente hoy el rasero de la Unión ha impuesto muchas cosas, superando la anarquía y la centralización de antaño.

La presentación de Gerardo fue larguísima. Hablaron dos críticos de la Publicitaria y en seguida apareció, en el coloreado ecrán, Gerardo, muy maquillado y con un peinado demasiado exótico para su sencillo temperamento, todavía de forastero. El programa contemplaba la recitación de algunas de sus obras, las cuales más tarde, con libros impresos, discos, cintas magnetofónicas y films de la presentación oficial, lo harían ganar suficientes bonos como para saldar la cuenta con la Compañía de publicidad y poder vivir cómodamente algún tiempo.

En apoyo de lo expresado más arriba citaré algunas líneas de la obra de W. Wahll "El Mercado Literario", en que se refiere a la publicidad... "de tal manera que el éxito podría desglosarse en la proporción siguiente: a) Publicidad e investigación de mercados, sesenta por ciento; b) Trabajo personal asesorado por un equipo eficiente, treinta y cinco por ciento, y c) Talento del técnico, sólo un cinco por

ciento". Aunque los nuevos sistemas publicitarios han vuelto anticuado el conocido libro de W. Wahll, todavía se vende por millares entre cierta gente.

El primer tema recitado por Gerardo: "Gato en celo", no estaba del todo mal. Mi amigo siempre tuvo buena voz de manera tal que su versión (quejidos y maullidos de felino) logró un pafetismo de elevada condición artística: —"Naau ñá, ñagau gá. Gato felino ñauñá. Corea en las noches ñaugá. Maúlla, aaaullá. Gato que explota y estalla, no morirá. Gato muy gato sexual"—. La música, percusión de piedras, tenía un tono multifónico bastante agradable, mucho más que el de las composiciones de Guzmán tocadas en batería de cocina o en un baño, o de aquellas cuyo ritmo se lleva con el rasguído de telas de diverso grosor. Gerardo se estaba abriendo campo en el arte. Las revistas sobre el tema decían que su amante, un general en retiro de los Voluntarios, era quien le financiaba la campaña propagandística, sin embargo, no debe darse mucho crédito a tal noticia, ya que la mayoría de las veces esas publicaciones inventan sus informaciones; yo puedo aseverarlo, pues no hace mucho tiempo trabajé en el departamento de producción de noticias de un periódico de cine y televisión . . .

El segundo tema: "Viento", era de una factura más tradicional y objetiva, de la llamada corriente "neobjetivista", que trata de bucear en el pasado, tanto temas como formas para ensamblarlos con tendencias más modernas. Recurro a mi memoria para repetir algunos de sus versos cantados: —"Viento, ento, ento, ento, ento. Sopla así fiiií. Sopla asá fiiiá. Fuuuuieennntooo, iento, iento, iento. Paroxismiento. Eyaculaiiento. ¡Oh!". El tercer tema: "Ladridos de un loco enamorado", eran sólo un pretexto para las filigranas que su voz era capaz, con un ritornelo casi interminable: —"Amor amore, amor amore, amor amore"—. Después del programa vino el ofrecimiento comercial de discos, libros, fotos y objetos de uso personal de Gerardo. Llamé por teléfono a la Oficina de Ventas y me suscribí para el disco. Apagué el re-

ceptor. Recordé con intranquilidad que ese día había olvidado comprar mi cotidiano billete de lotería y víctima de una sed infernal de "Naranja", caí pesadamente en el sueño, no sin antes ponerme los fonos para aprender latín mientras dormía...

* * *

A L T A montaña. Blanca, escarpada, inaccesible. Padre-montaña, madre-montaña frente a mi ventana, persistiendo entre el sueño y la vigilia; visión de la fiebre eterna, llena de habitantes de la eterna fiebre. Hielo perenne y la historia infantil tantas veces escuchada: "... los enanos de la montaña han aprendido del sol a tejer un abrigo para la tierra, porque a ella se le está helando el corazón y tiene frío...".

Volví a cerrar los ojos, pero el viejo Bernstein me despertó tempranísimo. Me traía de obsequio una dosis de desayuno en su pulcro envoltorio plástico. En seguida abrió su drogarío de bolsillo, finamente tallado, y me ofreció una tableta que rehusé.

—¡Ah, me olvidaba que usted no...!

—No se preocupe, yo también las llevo, para los amigos...

El viejo venía a buscar algunas teorías que le había prometido para la semana anterior, pero que, por no necesitar con urgencia dinero, dejé sin concluir, o sin siquiera comenzar. Bernstein tenía una oficina de Comisionista en Producciones Teóricas y negociaba con aquellos clientes que, debido a sus trabajos altamente especializados, no poseían ni tiempo ni imaginación para construir una propia. Me contó que desde el extranjero le habían pedido muchas, dándole el tema, la edad y la profesión de los sujetos, y señalándole la calidad que querían. Le entregué ocho teorías que revisé con cuidado sumo.

Entre tanto, me embadurnaba el rostro con crema depiladora, traté de tragar apresuradamente el desayuno que

me trajera el viejo, su sabor me producía náuseas. Después de asear mi boca con elixires antienzímicos y clorofilados, le expliqué, intranquilo, a Bernstein que lo único que podría beber en ese momento era un buen vaso tibio de "Naranja".

—¿Naranja?

—Sí, Naranja. ¿Por qué no?

—¡Ay, pobre amigo mío! Supongo que habrá ido al cine...

—Sí, anoche, al Olympus, un film abstracto, tetradimensional, magnífico, en la misma línea de Mac Faden, pero más moderno...

—¡Mi pobre teorista! No me diga que no sabía que... En el Olympus siempre dan películas con propaganda subliminal.

Sentí un golpe bajo, un nudo en la garganta, como cuando miro las montañas y la fiebre arrecia. Me había conducido realmente como un agrario, como un oligofrénico cualquiera.

—No me diga nada más Bernstein. ¡Soy un imbécil...! Yo que escribí sobre ese asunto, en la "Gaceta de Trabajo Compra y Venta", durante toda una semana... Directamente al inconciente... Luego, el mordisco...

—Directamente... Usted ni siquiera se da cuenta, querido teorista. Se le clava y... ¡Kaput! Mejor es que vaya ahora mismo donde su hipnotizador para que le quite el viciello. ¡Naranja! A veces pienso que los hipnotizadores trabajan en connivencia con las compañías que ofrecen productos o con los industriales de la propaganda subliminal.

—Subliminal o no, y admitiendo que soy doblemente estúpido, debo advertirle que me muero de deseos de tomar siquiera un vasito de..., de esa porquería, de Naranja —exclamé con voz ahogada mientras con mano temblorosa me espolvoreaba detergentes en polvo sobre la cabeza para asear mis cabellos.

El viejo volvía a revisar las teorías y asentía satisfecho, casi entusiasmado.

—Esta, querido muchacho, es muy buena, muy, muy religiosa...

—Evidentemente, la construí así, a propósito. En la actualidad hay mucha gente que la exige... Usted sabe, a mayor demanda... La religión está nuevamente de moda... ¿No podríamos pedir un poco más por ella?

—Sí, pediremos un poquito más, tal como lo hicimos con la colección de mitologías que preparó a comienzos de año. ¿Recuerda? Sepa que en el norte tuvieron mucha aceptación. Allá la moda consiste en que cada club tenga una interpretación distinta del mundo. En esa parte del planeta la libertad de conciencia es cosa seria, mi amigo.

—Es de esperar que nos vaya bien. Con los bonos que gano apenas puedo vivir. Tengo que privarme de jugar, de coleccionar cosas, de mecanizar la casa, en fin..., de tantas cosas. Los impuestos, por otra parte...

—No se queje tanto, querido mío; hay millones que viven peor que usted. Así está hecho el mundo. Somos muchos los que tenemos que trabajar. La regla del juego es muy simple: Ellos pagan, pero usted debe pensar por ellos.

—Sí, en verdad, tiene usted razón. La vida es igual a un billar automático: ellos echan la moneda, yo enciendo mis luces, saco mis esferas brillantes, ellos accionan el impulsor, yo enciendo ampolletitas marcando número y haciendo sonar timbres. Resultado, nadie gana, excepto el gerente de la Sociedad Explotadora de Billares Automáticos, concluí—, mientras me echaba un fijador de cabello hecho con laca perfumada y recién puesto a la venta. El viejo reía. ¿Se lleva estas ocho, entonces? ¿En verdad le gustan?

—Sí, mucho, excepto la última que, y esto no es una crítica seria, tiene ciertas ideas en que se mezclan la divulgación astronómica, la ciencia-ficción y la parapsicología. Me parece...

—No crea que voy a hacer una defensa personal, pero, le aseguro que, a pesar de lo trillado del tema, el punto de enfoque es novedoso, popular.

—Ya le he dicho que de todas maneras me llevo las ocho. Aquí tiene el cheque con los bonos. Espero que para fin de mes o, a más tardar, para comienzos del próximo, me tenga una media docena. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me comprometí con el viejo Bernstein. El me proporcionaba clientes a cambio de un tanto por ciento; yo le suministraba mensualmente diez o doce teorías sobre la vida y la muerte de cualquier cosa, el origen de ciertas familias, la importancia de la mujer y los niños, la pasión por los animales domésticos, la profesión de técnico-electrónico, los jefes de industrias, los deportistas, el fanatismo político-religioso, la desigualdad racial y tantas cosas más, cuantas puede abarcar el interés humano.

Mi anterior labor, después del periodismo, consistió en inventar deportes. Así fue como creé el "groller" o billar acuático con bolas huecas de distinto color, el "subsum" o lucha libre bajo el agua, con *rounds* de un cuarto de minuto en gigantescos acuarios, el "luxodus" o juego de destreza psicomotriz para agudeza visual, auditiva y táctil. Sin embargo, el trabajo de inventar deportes tiene un inconveniente: luego de vendida la patente, escapa al control del inventor para engordar las arcas de los empresarios.

Bernstein ingirió otro atarácico suave, se acomodó en un sillón-mecedora y permaneció extático, mientras yo, por llenar el tiempo, preparaba mi magnetófono para dictarle una teoría que se me había ocurrido en ese momento; *Algún día, mutación tras mutación, los vegetales hidropónicos reemplazarán al hombre como ser inteligente sobre la tierra.*

Dejé al viejo en mi casa y, antes de tentarme con un sabroso vaso de "Naranjina", tomé un vehículo para ir donde mi hipnotizador.

PREGUNTAS sin palabras, respuestas sin palabras. De un estado febril a otro. Inventar un mundo, inventado frente a la montaña inaccesible. Volverse muy dentro de sí mismo, mismo, mismo. Frío y temor, hielo y terror. Escarbar hasta lo último el agua estancada del pozo, y encontrar por fin los ojos claros de diáfana pureza.

Corta espera. Mi turno.

—Yo pertenezco a su clientela. —Dije a modo de saludo exhibiendo mi cédula de impuestos y mi ficha sanitaria. Como ve, estoy al día en los pagos y éste, su sector, es el que me corresponde. Quiero que me “trate” para librarme de una influencia subliminal contraída en el cine.

—¿Droga de cáñamo indio? ¿Cafeinol? ¿Comprimidos atarácicos? ¿Alcohol de bellotas? ¿Naranjina? ¿Resinas excitantes? ¿Droga? . . .

—¡Naranjina! —le interrumpí.

—¡Ah, muy simple! No se inquiete. En pocas sesiones quedará bien; un caso muy común, sin secuelas. Primeramente deberá hacerse los exámenes de rigor con mi psicóloga. Después veremos en qué forma proceder. Antes que nada lo objetivo. Entre por allí, al otro cuarto, sin golpear; no se desvista. . .

Pasé a la pieza contigua donde una muchacha bastante atractiva me ofreció asiento frente a una mesa que imitaba al mármol mineral. Desfilaron ante mí los cubos multicolores de madera, los papeles llenos de signos, las láminas coloreadas, los protocolos. A todas mis respuestas la muchacha asentía satisfecha, como si hubiese esperado ese tipo de contestaciones. Después, en el juego de la sociación libre, respondí prontamente a cada palabra estímulo con lo primero que se me vino a la mente. Más tarde ella me hizo sentar sobre la mesa; con un martillito de goma empezó a darme golpes en las rodillas. Me sacó zapatos y calcetines y pasó repetidas veces una espátula por las plantas de mis pies. Hizo que me alzara los pantalones y permaneciera en posición decú-

bito prono. En seguida me ofreció pastillas de menta, puso un cigarrillo encendido de tabaco en mi boca y, por último, dejó que descansara en una silla mientras, entusiasmada, calculaba, anotaba cifras y palabras en distintos formularios.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

—¿Enfermedades importantes?

—Tonsilitis crónica, operado del apéndice vermicular a los catorce y asma alérgica desaparecida a los diecinueve. . .

—¡Me lo figuraba! Trauma infantil por inmersión en el mar.

—¿En el mar? Hace siete años me bañé por primera vez en el mar. . .

—¡Curioso! . . . ¡El test no puede equivocarse!

Después de media hora en que la joven cambió varias veces de posición, enseñando las rodillas y parte de los muslos, me condujo nuevamente a la sala del hipnotista con mi ficha llena de importantes resultados.

—Examen completo —dijo éste, leyendo el informe—; sí, parece que no falta nada, excepto el antropométrico, pero. . .

—¿Podría conocer el resultado? —insinué débilmente.

—No se preocupe, ya le informaré. Se trata ahora queelijamos previamente el tipo de tratamiento que prefiera. A ver, desde qué punto de vista lo quiere. . . ¿método fenomenológico, del “como si”, terapéutica existencial, lógico empirista o simplemente fisiológico? ¿Quizás la reflexología. . .?

—Me da lo mismo, use usted el que considere más eficaz. Lo que sí me interesa es saber el resultado de mis exámenes. . .

—Sus exámenes, sí, sí, sus exámenes, a ver, veamos. . . Este es el diagnóstico señalado por las pruebas: Reflejo condicionado subliminal que produce una adhesión imperativa a

un producto comercial y fijación afectiva en su madre simbolizada en su gusto por las mujeres de ojos claros. Leve inclinación homosexual neurótica, sublimada por periódicos actos de cleptomanía. Tendencia a la fabulación de tipo neuropático. Propensión a la autodestrucción (¡cuidado con el suicidio!) y agresividad criminal reprimida (¡cuidado con el asesinato!). Temperamento cicloide (es decir, maníaco-depresivo sano, pero proclive a ser internado, con carácter de irrecuperable, en un momento de crisis o alta tensión). Dos focos excitativos en la corteza y... sádico anal casi atípico. Con esto ya tenemos de dónde partir para el tratamiento.

—¡Gracias! Esto completa el cuadro de mi autoanálisis...

Hizo que me tendiera en un diván. Su voz monótona, impersonal, retumbante, penetró lentamente en mi cabeza. Una laxitud imperiosa fue inmovilizando poco a poco mis pies y mis piernas. *Brazos dormidos, manos muertas*. Llegó la psicóloga y luego de una mueca muy íntima al hipnotista, procedió a quitarse su vestido, muy despacio. Quise abrir un poco más los ojos pero no pude. Sólo una voz, una voz monorrítmica y despojada de emoción ocupaba el sitio donde antes estuvieron mis pensamientos. La psicóloga se sentó a los pies del diván y me palpó las piernas; mis músculos fueron incapaces de reaccionar. Logré percibir una sonrisa de triunfo en los ojos cómplices de ambos. La muchacha estaba en ropa interior y con un delantal sanitario, suelto encima del hombro izquierdo. La voz del hipnotista adquirió mayor volumen; una fría tibieza invadió totalmente mi cuerpo adormecido. *Sensación parecida a lo agradable*. Alcancé a ver que ella tocaba mis sienes. Entonces comenzaron a caer mis párpados...

U N N U N C A despertar, atada a un corazón sin latido, frío, febril; alzándome y cayendo en la agonía. La vida de perfil y el sueño ciego; subiendo hacia una cumbre subterrá-

nea. Madre tierra, madre agraria, geológica y total. Todo removido hasta las heces.

Durante el tratamiento escribí una pequeña monografía científica, en cierto modo una confesión: "La imagen del padre y de la madre en la hipnoterapia". No se publicó.

Confieso que me sentí más tranquilo después de esa penúltima sesión hipnótica. Podría haber bebido o no haber bebido un vaso de "Naranja". Casi, casi, la amarga bebida se me estaba tornando indiferente. Compré un periódico de palabras cruzadas y acertijos musicales; además, mi cotidiano billete de lotería. Me enfrasqué en la lectura de esa "revista para lectores ingeniosos", precisamente en la sección: "Resuelva usted este crimen". La solución del caso requería un gran conocimiento de la química de los venenos. Caminé hasta el Parque y me senté en un banco de metal, cerca de la entrada a los grandes acuarios, arrinconado por la ingente marea de espectadores que entraban y salían del lugar. Era tan interesante el caso planteado en la revista que, por un momento, pensé ir a la Biblioteca de Ciencia y Técnica a consultar algún tratado especializado en el asunto; pero en ese instante me percaté de que cerca de mí, en el asiento contiguo, estaba Alouette. Nos sonreímos con elegancia.

—¡Hola, por fin me reconoces! Creí que ya...

Volvió a sonreír, se trasladó a mi lado y me cogió del brazo. Nerviosamente sobaba una mano mía entre las suyas, frías y sudorosas.

—¿Tienes un bono que me regales?

Le entregué bono y medio. Entonces se levantó y fue a introducir las monedas en la máquina expende-drogas. Regresó radiante, con seis obleas.

—¿Quieres una?

Me excusé. En primer lugar no he sido nunca adicto, en segundo lugar el enigma policial tenía me íntegramente cogido. Ella entonces empezó a paladear la primera

dosis. Volvió a tomarme del brazo y recostó su hermosa cabecita en mi hombro; pronto cerró los ojos.

—Yo soy Alouette, una alondra chiquitita... con las plumitas mojadas... sin nidito... ¿Y tú, quién eres?

—¡Pero Alouette, yo...!

—¡Ah, sí! Tú eres el amiguito de Guzmán, el loco musicante... ¿Te acuestas con él?

—¡Pero criatural! ¿No te acuerdas...? Yo soy, como se dice, tradicionalmente normal, totalmente "hetero"...

—¡Qué bueno! Figúrate, somos... yo, mujer, mujer; tú, hombre, hombre. Eso me gusta... hasta se puede quedar embarazada así...

La abracé. No tendría más de diecisiete años. Sus muslos poderosos y de suavísimas líneas se dibujaban en la ceñida tela. La solución del crimen abandonó mi mente y la invité a mi casa a jugar al amor. Entreabrió los ojos y me miró forzosamente pícaro. No se resistió cuando la conduje por la vereda, guiándola del brazo. Nuevamente cerró los párpados y se apegó a mi cuerpo. Llegamos hasta el edificio. Subimos y nos tendimos sobre la alfombra.

—La misma decoración anterior. ¡Qué mal gusto tienes!

—No he tenido tiempo de llamar al decorador...

—Tiempo... tiempo... no has tenido...

Ella entonces se echó a la boca la segunda pastilla de droga. Su rostro cobró una serenidad increíble. Me acerqué tratando de estimular sus reflejos eróticos, pero ella, aunque se dejó hacer, no reaccionó en lo más mínimo.

Recurrí a todos los artificios del libro "Manual del eros contemporáneo" del sueco Axelund, pero la muchacha estaba ya en poder de mi poderoso rival. Seis obleas por un bono y medio daban un día entero de sueño y tranquilidad. Con esas seis pastillas, un ser no muy enviciado, podía pasar una jornada completa sin gastar energías en otra cosa, ahorrando el alimento (ochenta centavos de bono) los excitantes

y atarácicos normales (treinta y cinco centavos de bono), y los impuestos directos de circulación, estacionamiento personal y utilización de bienes públicos (veinticinco centavos de bono). El gasto era casi el mismo, pero la droga tenía la maravillosa facultad de quemar un día más en el calendario. Como mi trabajo requiere una labor de cerca de media semana, me vi en la obligación de hacerme un tratamiento hipnótico de prevención contra la droga, de manera que por ello no me hacía efecto su poder de encanto. Me alcé y releí el capítulo concerniente a la fase enérgica del sistema Axelund, pero el útil método del sueco no podía contra dos tabletas de droga. Maldije con envidia mi tratamiento preventivo y me senté, frustrado, en una silla. Alouette se retorció sin brusquedad, con los ojos muy abiertos y brillantes, levantando las piernas y estirando los brazos. Sus pantorrillas y muslos al descubiertos excitaron más mi imaginación. En ese momento podría haberla violentado, mas ello no tenía objeto; entre nosotros el sexo es una categoría intelectual y la violación pertenece a los sádicos; yo no lo era. "Quizás una Naranja", pensé, pero al mismo tiempo recordé que recién terminada una cura, la reincidencia suele ser peligrosa.

Volví entonces a mis labores de sabueso; llamé a la sección Consultas Telefónicas de la Biblioteca. Allá averiguaron mi asunto en la Enciclopedia Electrónica, aplicando el selector en el rótulo: "Química de los venenos de origen vegetal". La respuesta que escuché me aclaró el problema. El ciclista irlandés asesinó a los miembros del club de zurdos, fingiéndose cocinero y sirviéndoles, en la comida de gala, una ensalada de chamizo o "hierba del diablo", que con un ingrediente catalizador libera fuertes cantidades de hiosciamina, atropina y escopolamina...

S E R E S normales y anormales pululando en todas partes; los agrarios también eran seres anormales. Pero no existían. Sin embargo, oteaban desde la alta montaña investigando los

sueños, los pensamientos más íntimos del hombre común. Algo así como maquinales conscientes, como vigías de nuestra intimidad. Todos hemos aprendido a conocerlos, a odiarlos, a sentirnos cómodos, satisfechos y orgullosos de ser como somos, dignos ciudadanos, respetuosos de la Ley, sin temores pequeños. Ahuyenté la lenta fiebre, apresuré el paso. Un sol frío.

La cita con los "Hermanos" era a mediodía.

Yo poseía la facultad legal de vender por mi cuenta hasta dos teorías mensuales sin recurrir a mi intermediario. Ya había contratado una a comienzos del mes con un juriconsulto sureño, quien la deseaba sobre la antijusticia, y me ofreció varios bonos de más. Los "Hermanos" querían otra sobre la convivencia homosexual, de manera que, acudiendo a la enciclopedia microfílmica de la biblioteca, logré confeccionarles un trabajo bastante amplio y explicativo. Ellos, las dos parejas (dos hombres y dos mujeres), me esperaban en el salón, rígidos, casi agresivos. El lugar era hermoso, tal vez algo recargado de ornamentos, muebles antiguos e inútiles figurillas de noble material. Un bar de buen gusto en un rincón; sobre una mesita chata, un drogarío de caoba, enchapado, junto a una fuente japonesa llena de confituras.

La mayor de la pareja femenina cogió el cartapacio que le entregué y leyó en alta voz. Los tres restantes escuchaban atentos mientras me daban cortísimas miradas de soslayo.

—¡Qué bueno! ¡Estupendo! ¡Con que así somos...! ¡Interesantísimo! No me habría imaginado nunca que la ciencia ahora... ¡Qué magnífico trabajo!... ¡Qué haríamos sin alguien como usted que pensara por nosotros!

Quisieron invitarme alcohol de bellotas, droga, "Naranjina", cigarrillos de tabaco, frutas tropicales y pastel. Rehusé. Tenía prisa porque, además de fastidiarme el ambiente, necesitaba pronto esa cantidad de bonos para pagar los impuestos directos que debía hacer una semana. Encima de todo, ese día no había comprado aún mi billete de lotería.

—A ellos —habló la mayor de las mujeres refiriéndose a la pareja masculina que, sentada sobre un diván y tomada de la mano no decía palabra— los hemos adoptado como hijos. Tal como usted dice en la teoría que nos vendió, es decir, en “nuestra” teoría, el sentimiento maternal está presente en todos los antropoides. ¡Obsérvelos! Son unos ángeles. Se han hecho tratamientos preventivos contra la droga, anti-alcohol, antitabaco, “antiheteros”, y viven felices como hijos de ella y míos, tomando leche agria, confituras, frutas; obedientes, sirviéndonos en todos nuestros deseos. ¡Si supiera lo encantadores que son! ¡Un mundo feliz, querido teorista! Ellos, a su vez, adoptarán como hijas a un matrimonio de muchachas, y así sucesivamente. Tenemos el plan de ampliar la comunidad de los “Hermanos” hasta formar un mundo perfecto, que empiece, se desarrolle y muera en nosotros. Luego alquilaremos un edificio, en seguida un barrio. Más tarde habrá una ciudad. ¿Me comprende? Lo hemos pensado todo, detalladamente, y por nuestra propia cuenta.

Según la teoría que les vendí, el plan (que ellos estimaban muy original) cuadraba perfectamente. Quise agregar algo pero me callé. Mi pensamiento estrictamente personal no contaba, sobre todo si no calzaba en todos sus puntos con la mercancía teórica recién comerciada. . . Asentí con una risita para la ocasión.

De la gran cantidad de parejas homosexuales que habitaban la ciudad, los “Hermanos” era la más organizada en cuanto a comunidad, ya que tendían a normalizar la situación, dividiendo al pueblo en dos clases distintas de seres, con características, costumbres y pensamientos diversos. Por ello habían pedido mi concurso profesional de teorista. Era difícil decir de cada pareja cuál era el marido y cuál la mujer. Esos conceptos no cabían en las reglas de su juego.

La mujer más madura, que al parecer hacía de cabeza de familia, me entregó el cheque con los bonos adeudados. Después que hubo insistido mucho le acepté un vaso

de licor de leche agria. Como obedeciendo una orden el menor de la pareja masculina se levantó con parsimonia y encendió una varilla de incienso en el pebetero de plata. El aroma invadió rápidamente la sala. Con una moneda de tres centavos de bono prendió el aparato-musical-alcancía y seleccionó algunas "gimnopedies" de Erica Tieh y "abstractions" de Guzmán. Me levantaba ya de mi butaca para retirarme cuando la mujer más vieja me preguntó si yo nunca había pensado ingresar a una comunidad como la de ellos. Volví a usar mi sonrisita comercial y me dirigí hacia la puerta, pensando en absolutamente nada. . .

E N T R E la vigilia y el sueño; no precisamente una música. La frente ardiendo y las sienas destilando sudor. La negación de "la música de las esferas" que se pega a los oídos, insiste y machaca; pero nos sigue en la vigilia, arrebatándonos la sensación de estar despiertos.

Guzmán había perfeccionado en los últimos días su máquina de componer música. Había inventado, además, un sistema propio para anotar el número de vibraciones por segundo, mucho más eficaz y preciso que aquel antiguo de papel pentagramado o milimetrado de la primitiva música electrónica. El mecanismo (especie de robot) adaptado a la máquina de componer era alimentado con ciertos datos programáticos adecuados al estilo musical de Guzmán y se encargaba por sí solo de crear la armonía. La cinta magnetofónica grababa y regrababa, en perfecto contrapunto, dos distintas composiciones, de tal suerte que la melodía se complicaba con sonoridades ricas y voluminosas.

La faena de dar programas, planes y datos al robot, era simple, el resultado (mágico juego de células fotoeléctricas y solenoides que generaban suaves y precisos imanes) complicadísimo. El resto del tiempo saturado con vasos y más vasos de "Naranjina" y alcohol de bellotas, hacían de Guzmán un hombre satisfecho. Su producción musical tenía buen mercado.

Volví nuevamente a encontrar a Alouette en casa del músico; no la veía desde aquella tarde en que durmió en mi casa saboreando los comprimidos de droga. Apenas llegado, se me acercó y puso su dulce cabecita sobre mi hombro. La acaricié con ese sentimiento piadoso que en la "Psicología" de Gozhenev aparece definido como ternura; en seguida me deshice de ella y fui hasta la mesita de excitantes a beber un vaso de leche cafeinada. Oprimí el interruptor y escuché la última creación de la máquina de Guzmán. Interesante obra; una música entre fisiológica y sideral, inmemorable, que parecía dopar plácidamente.

El artista, entre tanto, absorto y abrazado a otra muchacha de lacios cabellos color ceniza, escuchaba esa melodía envolvente que le pertenecía. De pronto me atrajo a su lado y se confidenció conmigo.

—Cambiaré de estilo. ¿Sabes? La transformación consistirá en sobregrabar ruidos naturales, a la usanza de la escuela "concretista" que brotó hace años: dos que hacen el amor, un nacimiento, rata royendo un pan duro, ruidos submarinos y tantos otros... Casi, casi un... un estofado musical. ¿Tu comisionista se dedica también al tráfico con músicos?

—¿Bernstein?

—Sí. Ese anciano simpático, es decir, ese contrasentido.

—No. Solamente trabaja con teóricos.

—¡Lástima, lástima! Anselmi cada vez me pide más porcentaje. ¡La inicua explotación del trabajo humano! ¡Puff, como si uno fuera un maquinal o un mestizo de agrario!

Le di la razón y me llevé a Alouette al otro diván. Subí el volumen de la música de mi amigo y empecé a acariciar a la muchacha. Cuando varió el ritmo de la música, nos dimos un instante de reposo que yo aproveché para encender un cigarrillo de hierbas para adelgazar y ella, para echarse a la boca su segunda pastilla de droga del día, como me lo

hizo saber en voz muy lenta. La otra niña se sacó los zapatos y comenzó a rozar suavemente la planta de los pies sobre la alfombra.

—Este es... pues... el mayor placer... que he... descubierto... —murmuró con la mirada perdida y contoneándose con fruición. Guzmán bebió otro sorbo de alcohol de bellotas y cerró los ojos. Alouette se prendió de mi brazo y permaneció inmóvil. Las sonoras ondas caían pesadamente a nuestros oídos; otras veces penetraban hirientes por el pabellón, como queriendo rasgar la superficie de los tímpanos. *Quejidos planetarios, estertores de supernovas, el canto de la materia, la vibración primigenia, el sonido primordial, pre-musical.*

—Lo bueno de mi música, niños, es que también se baila —expresó, burlesco, Guzmán sin abrir los ojos. De pronto se alzó con su compañera y sin moverse de su sitio comenzaron a balancearse al ritmo de la composición. No me explico por qué yo hice lo mismo. Me puse de pie, arrastré conmigo a Alouette y empezamos a seguir la música de Guzmán, con balanceos y movimientos de brazos y caderas. Los cuatro con los ojos cerrados, ausentes, distantes, dejándonos envolver poco a poco en la arrítmica cadencia, terriblemente abandonados a nosotros mismos.

En un rincón de la sala, en un pequeño gabinete tapizado de material plástico aislante, entre tubos, ampollitas, palancas, bornes y conmutadores, junto a la máquina electrónica, el robot de Guzmán componía música, silenciosamente...

E X I S T E una intuición angustiosa que nos hace barruntar encuentros desgarradores y decisivos. Algo parecido a la sensación de haber vivido anteriormente entre paréntesis, impedido por la lenta fiebre, el vértigo de alturas y la delicadeza; del despertar definitivo. Salir hacia los otros para tampoco

encontrarse. La víspera del golpe es siempre un día sonambúlico. . .

La fecha anterior a mi chocante y comprometedor encuentro con los jóvenes agrarios, fui a hacer mi acostumbrada visita al Círculo de Intelectuales. En su local ya no se bebía alcohol de bellotas ni se usaban atarácicos en grandes cantidades. Se había vuelto a la antigua costumbre folklórica del alcohol de destilación de uvas, al café concentrado y al tabaco. Por principio allí nadie hablaba sandeces, es decir, para ingresar al Círculo era necesario estar premunido de una serie de atributos, como ser, una buena dosis de ingenio, a la vez que del carnet sindical.

—¡Hola, amigo! —me dijeron al llegar.

—No uses la palabra amigo como quien usa escarbadientes —respondí.

Rien, rien satisfechos al saber que entre ellos no hay ningún imbécil, que las mentes de todos sus asociados son agudas. Escuché conversaciones dispersas:

—¿Te molesta que te hagan preguntas?

—No, porque cada pregunta encubre una respuesta que el interrogador se da a sí mismo.

—La vaca, esa complicada colección de *beefsteacks* animados.

—La escultura es sólo un hueco de mármol que se le hace al vacío del universo.

—¿Lees mucho a la semana?

—Aparte de lo que yo mismo escribo, nada. La caridad empieza por la propia faltriquera.

—Dad caridad al mendigo y ganarás uno de los cielos.

Nos palmoteamos mutuamente, nos copiamos frases ingeniosas, nos plagiamos definiciones y actitudes, bebimos alcohol a la antigua. Bernstein compró teorías y Anselmi obras musicales. Jorquera anotó los chispazos más inteligentes. Gerardo recitó su nueva obra "El parto de la hiena". Guzmán trataba de combinar con García un dispositivo para lograr el cuadro música. Yo construí una teoría sobre las *élites* del ingenio humano que di a conocer ante la expectación de los demás. Alouette, con sólo una pastilla de droga en el cuerpo, se me acercó y me besó en los labios.

—Hoy quiero tener un hijo —exclamó—; hacerlo y tenerlo en el mismo día.

—No es imposible —respondí.

—Nunca nada es posible ni imposible —observó cerrando los ojos.

—Es imposible hacer lo posible, pero es posible hacer lo imposible —replicó una voz de contralto a nuestro lado. Era la jefa de la comunidad de los "Hermanos". *La frase gusta, los rostros se vuelven. Cuando estalla un pequeño éxito se sube un peldaño en la escalera.* La saludaron afectuosamente pero ella abrazó a la muchacha que estaba a su lado y entornó los ojos para apartarse del mundo.

Anselmi me presentó a un "luxudista", campeón de primera serie de ese juego de destreza psicomotriz inventado por mí hacía tanto tiempo. Era un hombre obeso, de gran estatura que sudaba copiosamente.

—Su juego, el "Luxodus", es demasiado ciencia como para ser un juego, pero también demasiado juego como para ser una ciencia —me espetó, secándose el sudor con la manga de su chaquetilla morada.

—Esa frase se dijo con respecto al ajedrez. Quién se viste con lo ajeno. . . —contesté impertinente. El “luxudista” hizo una venia servil y se apartó de mi lado.

—¡Curioso, a pesar de. . . nuestro campeón es un hombre ingenioso! —comentó en alta voz Anselmi, despidiéndose.

—A falta de ingenio todos somos ingeniosos —afirmé. Pero Anselmi no me oyó y mi frase se perdió en el vacío.

Consulté el cronómetro; era ya muy tarde. Los demás se embriagaban, danzaban, sostenían agresivos duelos de agudeza intelectual. El tiempo se iba veloz. Hacía más de una semana que no escribía una teoría; había vivido últimamente en un duermecome absurdo. Partí hacia casa, lento, pesado, carente de toda agilidad. En el camino compré varios paquetes de cigarrillos de hierbas para adelgazar, goma de mascar y leche con excitantes. Aquella vez no olvidé mi cotidiano billete de lotería.

Llegué, con la tranquilidad de un deber cumplido. Antes de dormirme inventé más frases inteligentes, hice muecas ante el espejo y me dormí, admirado de mi ingenio y casi satisfecho del mundo en que vivía.

S I E M P R E hay algo que acecha desde dentro del sueño, a traición. Lo único que se busca es esa libertad, cuyo nombre es: serenidad. Por eso huimos desesperados sin saber que no somos culpables; cabeza ardiente, repletas las vísceras de un vacío infinito. En este caso, el miedo es un síntoma de mejoría. . .

Por el inusitado despliegue callejero e informativo del Cuerpo de Voluntarios, perteneciente al Comité, deduje que aquel día había “caza”.

Siempre que las máquinas computadoras reciben algún dato de sobrecarga étnica o de indisciplina social, los Voluntarios se ponen en acción. Indígenas, nipones, negros, semitas, melanesios, agrarios, lapones (excluidos los maqui-

nales) e inclusive albinos, tienen su cuota fija en la Ciudad y no pueden superarla. Si el porcentaje aumenta de repente, aún en muy leve cantidad, son los Voluntarios los encargados de hacer desaparecer a los intrusos raciales o de ubicarlos en barriadas satélites para allí controlarlos o (ahora tengo la certeza) transformarlos en maquinales. Operan también los Voluntarios contra ciertos movimientos de descontento o agitación pública. El trabajo de ellos no es difícil, gracias a la cooperación de la ciudadanía y a los modernos métodos que se emplean para localizar á todo aquél que transgreda la Ley.

El Servicio de Informaciones explicó por sus altoparlantes que se trataba, al parecer, de agrarios llegados sin permiso a la Ciudad; ligados, y de ello decían tener pruebas, ideológicamente al legendario Santiago, felizmente eliminado hacía ya algún tiempo. Las sirenas luminosas y sonoras se encendieron en todos los lugares públicos. Por las oficinas, calles y plazas, la gente circulaba llevando con orgullo su cédula de impuestos en la mano, ostentando así su calidad de legítimos miembros de la Ciudad. Mozos, enfermeros, sacerdotes, maestros y vendedores ambulantes que trabajaban en el Cuerpo Civil de los Voluntarios, comenzaron a mirar inquisitorialmente a todos los parroquianos, enfermos, feligreses, educandos y transeúntes. Los controles ubicados en los caminos de acceso a la Ciudad habían detectado algo y no podían equivocarse.

Mi inquietud antropológica me llevó a la zona circunscrita de la búsqueda. Con toda seguridad los intrusos estarían disfrazados y escondidos en algún sótano, esperando que el plazo de veinticuatro horas de persecución oficial que contempla la Ley se venciera, (después seguía la fase de investigación y espionaje privado), para así poder incorporarse clandestinamente a la Ciudad con peligro relativo.

Algunos ebrios y dopados se habían colgado su cédula de impuesto al pecho; los paseantes se miraban suspicazmente a los ojos. Recordé la "Psicología de la desconfianza" del rumano Carminescu, su magnífica descripción de este pro-

ceso colectivo que muchas veces culmina en torpes delaciones, crímenes y suicidios.

Bandas de adolescentes recorrían los barrios indagando, atacando inocentes, exigiendo con arma blanca las cédulas de impuestos a pacíficos ciudadanos. Yo también caí en el nerviosismo y después de muchos meses, entré a un negocio a comprar tabaco y atarácicos. Elegí un atado de cigarrillos supernicotinizados y permanecí un instante bebiendo una leche con calmantes mientras observaba, en la pantalla de la televisión, los incidentes de la "caza".

El espectáculo televisado presentaba la misma monotonía de siempre: muestra de los controles mecánicos, psíquicos y sociales. Buen trabajo del *public relator* encargado de hacer propaganda a los Voluntarios y al Comité.

Desganado, con la lengua traposa y repentino sueño, tomé el camino de regreso a mi guarida. Caminé lento, aspirando el denso *smog* sin ganas de nada; ningún apetito activo, ningún deseo imperioso; tedio, tal vez, porque el mundo era así, así la vida y yo formaba parte de ello, para siempre jamás, ya que la leyenda del Lago era tan sólo una leyenda.

En el bar de la portería bebí un fuerte alcohol de cebada y subí con lentitud los escalones, presintiendo que el ascensor me habría producido angustia. Antes de introducir la llave en el selector magnético, contemplé, a través del ventanal, frente a la fosa de los ascensores, la noche mineral y sombría. El satélite de la tv, girando a la misma velocidad de la tierra, resplandecía opaco entre la niebla. Una atmósfera cargada de viscosidad parecía embadurnar las luces agónicas. Pensé que después de todo no era tan malo vivir; en mi pequeño círculo yo era alguien, un ser orgulloso de no haber recurrido jamás al Fondo Social de Ayuda, ni a nadie. Yo era el Independiente. Suspiré satisfecho y adolorido a la vez. Sonriendo melancólicamente en mi interior, abrí la puerta.

Una de las más indescriptibles sensaciones es aquella de sentirse observado, espiado; *sientes ojos clavados en la*

nuca, la espalda, en todo el cuerpo. Retrocedí inspeccionando el pasillo. Un levisimo rumor parecía venir desde algún punto impreciso. Caminé hacia la escalera. El ruido nuevamente, apenas audible. Bajé algunos escalones: nadie. Descendí hasta el piso inferior y revisé todos los rincones. Volví y cerré la puerta. Fui directamente a mi cuarto y comencé a desvertirme. Me acosté y cerré los ojos.

Otra vez los sonidos casi imperceptibles, pero ahora dentro de mi casa. Llegué hasta suponer en ello un signo psicopatológico, un producto del cansancio, del trabajo excesivo. Fui cayendo lentamente en el sueño. Ya en el límite de la vigilia, un oculto sentido me envió su mensaje perturbador. *En la casa hay más de un ser extraño a mí.* Desperté de un golpe; el corazón latiendo con energía. Si era un ladrón arriesgaba la vida, nuestras leyes sobre la propiedad privada son estrictas. Si era un espía... ¿Pero qué habría de espíarme a mí? Si era algún amigo... no, eso resultaba imposible, ya que el selector magnético accionaba el mecanismo sólo con mi única llave cuya copia exclusiva estaba guardada en la Sección Duplicados de mi banco. ¿Cómo pudo haber entrado alguien? Sin embargo... No había habido ningún instante, ni uno solo, salvo... sí, salvo aquel momento, a mi llegada, en que inspeccioné la escala. *¿Un ladrón, un ser sexopatológico, un loco, un asesino excitado con cannibus indica?* Se aceleró el ritmo de mi corazón cobarde y asustado.

Inmóvil en mi lecho tuve la sensación de esperar largo tiempo. Abrí el cajón de mi mesa-velador y extraje un arma permitida por la Ley. Agucé el oído. Silencio. Descalzo me deslicé por la pieza comedor, el cuarto de higiene, la estancia de permanecer y el pasillo. Al llegar al umbral de la estancia de permanecer noté que de allí provenían los ruidos, rítmicos, apenas perceptibles, ruidos de respiración, de respiración humana, de personas que duermen. Empuñé el arma y encendí de golpe toda la luz. Los vi inmediatamente.

Sobre el diván, acurrucados, dormía una pareja de

adolescentes. "Del movimiento Destruccionista", pensé, tranquilizándome.

—Perdonen si les interrumpo el sueño, pero resulta que ésta es mi casa; impuestos al día; derecho de propiedad privada, base de nuestra sociedad; de manera que, mis queridos jóvenes... —hice un signo amistoso invitándoles a marcharse. Hasta sonreí.

Despertaron, aparentemente asustados, simulando terror a la perfección.

—La salida está ahí a la derecha —dije sin soltar el arma. De repente se me ocurrió una pregunta. —Antes de que se vayan quisiera saber, sin embargo, ¿por dónde entraron?

—Por... por la puerta —contestó él, dejando escuchar la voz por primera vez. Su manera de hablar era forzosamente arrastrada, algo así como cuando nuestra habla nacional es imitada por un extranjero.

—¡Ah, por la puerta! Comprendo. Tal vez, pienso, podrían haber escogido otro sitio más público... o más privado para... hacer el amor—. Era costumbre de la juventud del Movimiento hacer tales cosas fuera de lo común.

—So... somos hermanos —habló ella, pronunciando mucho las palabras.

—¡Peor aún si son hermanos...! —Enrojeció. Sus ojos relampaguearon. —Si yo avisara a la policía... Creo que el Movimiento de ustedes no hace muy buenas migas con la policía...

—¡Por favor! —imploró el muchacho—. No somos lo que usted cree. A nosotros nos... nos echaron de la casa.

—¡Ah! Así que los echaron de casa. ¡Qué interesante! —Me senté frente a ellos. —Un par de comediantes, cínicos y con algo de simpatía. ¿Y dónde vivían ustedes? —Mi voz era prepotente, protectora. Hasta el momento había dominado la situación.

—En... en el Barrio Fabril...

"Barrio Fabril". Traté de buscarlo en mi memoria

pero fue imposible hallarlo. A pesar de todo, algo vibraba en mi recuerdo... Barrio Fabril... era la antigua denominación del actual Grupo Habitacional de Productores. Hacía años, muchos años, que la gente no lo llamaba Barrio Fabril. Solamente los muy ancianos solían caer en tales errores.

De pronto se iluminaron mis ideas, así, de golpe, intensificando mi nerviosismo. Al borde del terror. No era imposible que...

—¡Bien! Muéstrenme sus cédulas de impuestos—. Había mucha timidez en mi voz ahora. Palidieron. No dieron los ojos.

—Nuestras... el problema es que... las dejamos olvidadas en... con el apuro... —El muchacho tenía una seguridad que casi me hizo vacilar, no obstante cada vez se acentuaba más en mí la certeza. Las ropas, el corte de cabellos, la modulación y las miradas estaban simuladas a la perfección, pero, había algo, una intuición, una potente evidencia...

—Bien. No las tienen. Ahora, pasemos a otro punto: ¡Sé con certeza quiénes son ustedes! —disparé la frase con brutalidad. —Pues bien, si yo los entregara a los Voluntarios recibiría una suma de bonos considerable... ¿No es así?... Sin embargo, no lo haré —los tenía absolutamente en mi poder.

—¿Que sabe quiénes somos nosotros...? ¿Tal vez nuestro padre? No sabíamos que usted lo conociera...

Era casi increíble el cinismo del muchacho. De todas maneras evidenciaba una sangre fría y un descaro comunes a su especie. Cogí con ambas manos una fuente de confituras y se las ofrecí. El caso empezaba a interesarme verdaderamente.

—Sírvanse! ¡Basta de bromas ya! Ustedes se encuentran en un buen lío. Hablemos tranquilamente. Yo quizás hasta podría ayudarlos, estimados amiguitos a-gra-ri-os.

Se pusieron lívidos. Los rostros prontos a estallar. Ella, con gran dominio estiró la mano para sacar algo de la bandeja mientras él, con una agilidad muy animal se abalanzó

sobre mí y me colocó un estilete en la garganta. Ella cogió mi arma de la mesa y la empuñó agresiva.

—¡Peor para ustedes! —El estilete presionó levemente mi piel.

—Y bien. Estoy a su disposición. Hablen. Digan qué quieren —Me había entregado. Quizás ese instante de debilidad fue el que selló mi suerte, mi situación actual...

—Que nos esconda... por favor... comprenda... le pagaremos en alguna forma.

—Están arriesgando la vida —exclamé con voz sorda— y yo...

—Lo sabemos. Pero... pero tenemos confianza... en usted —era él quien llevaba la conversación.

—...que el simple hecho de estar en la ciudad, ya han cometido un grave delito contra las leyes —proseguí.

—También lo sabíamos... antes de venir... pero...

—¿Y lo de los maquinales... lo sabían? —La crueldad de la pregunta los hizo bajar la vista horrorizados y violentos.

—Sí, ... lo sabemos.

Los observé curioso. Sus vestimentas copiaban las nuestras casi a la perfección, la manera de modular estaba correctamente imitada y el corte de pelo coincidía con nuestras costumbres de peinado.

—Y bien... Por lo menos quisiera saber cómo se llaman.

—Miguel. Ella, ella se llama Lu.

—Bien. Queridos amigos Lu... y Miguel. Primeramente quiero pedirles que me saquen, por favor ese aparato molesto del cuello. Después hablaremos. —Expresé con cierta confianza, actuando como los audaces del antiguo cinematógrafo.

El muchacho retiró el arma y volvió a sentarse, abatido, como quien se entrega dispuesto y resignado al sa-

crificio. El estilete quedó sobre la mesa, desnudo, pudoroso.

—¿Tienen miedo? —Comencé mi ataque.

—¡Sí!... —Recordé el sabroso ensayo “La agresividad como compensación ante el temor” de Udo Erwin Rohdhel, su variada casuística en el campo delictual y su curiosa teoría terapéutica.

—¿Saben, a lo que me expongo si, por casualidad, yo los albergase? —La frase iba directamente a investigar cierto tipo de reacciones éticas y emocionales en ellos.

Ambos asintieron como maquinales asustados.

—Espero que se hagan cargo de la situación. ¿No? —Insistí.

—Tiene razón. Es mejor que nos vayamos, que nos deje ir... Realmente no tenemos derecho... y usted, bueno, ha sido... amable... y... Eso sí que le rogamos, si pudiera... que espere por lo menos una hora antes de denunciarnos.

—Bueno, el caso no es tan grave. —Sonreí al darme cuenta que tenía en mis manos la conducción del asunto. Además, supongo que deberán tener hambre, que no han comido... y... ¡Eso sí que es cosa seria!

—Sí, desde hace dos días —respondió él—. Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en los labios de ella.

—Bien, primero comerán algo. Ya mañana en la mañana veremos qué hacer.

A sus rostros volvieron los rubores. Recién me percaté que estaban agotados y que sólo una sobre excitación los mantenía vigilantes. Ella, por primera vez fijó en mis pupilas sus agradecidos ojos, color miel. Su mirada era casi humana...

SE SABE que los agrarios no pertenecen a una raza distinta a la nuestra. En los tiempos de la industrialización del campo con el uso de los “maquinales” y debido a nuestra política de aceptar el protectorado de la Unión, algunas fa-

milias se retiraron a la montaña para vivir en comunidades campesinas libres... *Libres como la propia altura inconmensurable del cerro —padre— cerro, donde tendrá que florecer el fuego y convertirla en agua viva y sempiterna, para que el sueño termine y podamos velar...* Se supone que nuestra ciudad pudo perfectamente acabar con los agrarios, exterminarlos para siempre como a una lacra social de inadaptados, pero ellos siguieron existiendo, porque la araña necesita que el mosquito se demuestre vivo antes de comérselo;... primeramente la araña juega, excita, inhibe, experimenta, hasta que por fin da el pinchazo definitivo. Siempre la araña querrá que haya mosquitos, uno en el mundo que fuera; daría una de sus vidas por lograrlo; está en su propia esencia el no devorarlos a todos. *En el juego de amor y asesinato, de necesidad y economía, araña y mosquito se complementan.*

Pero, finalmente, por encima de todo lo que pueda decirse de los agrarios está la siniestra fabricación de "maquinales", esos maquinales que son tal vez la peor crítica, y quizás la única, que se pueda hacer a nuestro sistema.

Muchos pensaban extinguidos a los agrarios, pero había noticias de que aún se mantenían conservando costumbres, vestimentas y hasta una mentalidad antigua y atrásada; pero eso era ya casi una leyenda.

Además, creo que no debo olvidar que sus aldeas son posiblemente el coto de caza que nos surte de "maquinales".

Se murmura que muchos de los agrarios que logran sobrevivir libres, bajan a la ciudad a buscar trabajo, integrándose clandestinamente a una vida más rica e interesante como es la nuestra. Pero esta afirmación tiene más bien un sentido metafórico, ya que muchas veces se denomina "agrario", por broma o en sentido jocosamente peyorativo a los extranjeros habitantes de las más alejadas provincias. Por mi experiencia puedo decir que con un poco de observación puede detectarse un agrario; se les conoce de inmediato

por la altiva timidez que demuestran en sus rostros tostados e inocentes, por sus ropas de paño antiguo que tratan de imitar, en el corte, a las nuestras, pero sobre todo, por sus cabellos extrañamente brillantes. En un tiempo, narra la historia, tuvieron un carácter entre político y religioso, formaron grupos que combatieron y sabotearon hasta lo último la conquista del Poder Central adherido a la Unión; pero, finalmente, con gran sentido de la supervivencia, desaparecieron. Ese "desaparecieron", debemos interpretarlo hoy día, a la luz de mis últimas experiencias, como un retirarse a ciertas zonas muy escarpadas de la montaña, *de la alta montaña azul-dorada que desde siempre veo febril desde mi lecho donde espero el día...*

En la época mencionada, profusos rumores informaron de un tal Santiago, (que las huestes del Coronel-Santo ridiculizaron como "San Tiago") ex maestro de escuela y antiguo jefe de las comunidades y de la sublevación, que luego de la retirada, dicen murió encerrado dentro de una cabaña cerca de las nieves eternas... *eternas, nunca las nieves son eternas...* Se supone que Santiago para los agrarios, con la característica mentalidad prelógica que ellos tienen, se convirtió en un personaje legendario, de tal suerte que muchos aventureros explotan, en la actualidad, la versión de hacerlo pasar por vivo y señalando que un discípulo de él volverá algún día para "conducir a los hombres a su liberación, abriendo las compuertas de lago Subterráneo para hacer desaparecer para siempre a la Ciudad".

Tanto en "La Verdad Informativa" como en "La Gaceta de Trabajo, Compra y Venta", recuerdo haber escrito varios artículos sobre el estamento o raza agraria, haciendo notar su carácter involutivo y el peligro que significaron para nuestra organización socio-económica; la tranquilidad de saberlos extinguidos; lo pintoresco de su paso por nuestra historia; las enseñanzas y el escarmiento para cualquier posible movimiento insurreccional entre nosotros.

Creo haber leído que la lucha contra los agrarios fue dirigida principalmente por los dueños de la Industria Química de Alimentos y el gran Consorcio de Farmacología, fabricante de excitantes y atarácicos.

Desde aquel tiempo en que se menciona a los agrarios refugiados en la montaña, poco y nada se había sabido de ellos, de ahí que la mayoría haya supuesto su total desaparición. Podrá entonces comprenderse mi extrañeza maravillosa e inquietante al encontrarlos así, de pronto, en mi habitación. Ahora, con más calma y al reparo del tiempo transcurrido he logrado atar algunos cabos que explicarían el porqué no desaparecieron absolutamente. Para ello me remito a algunos años atrás, a una visita periodística en que acompañé a Jorquera.

EL EDIFICIO era relativamente pequeño: planta baja y un piso superior, color amarillo pálido y gruesos barrote, custodiando las reducidas ventanas. Dos severos funcionarios de la portería revisaron concienzudamente nuestras credenciales. La pulcritud y asepsia eran tan perfectas, cuanto nuestra técnica era capaz. Rara mezcla entre cárcel, clínica y fábrica.

El Jefe de Relaciones Públicas nos recibió con humeante café natural, confites con semilla de amapolas y cigarrillos de flores aromáticas. Su discurso, monótono y con toda seguridad repetido hasta el cansancio en los mismos términos, comenzaba por explicar las tres grandes revoluciones industriales de la historia y la liberación definitiva del trabajo humano, al ser éste reemplazado por la máquina y sus derivados cibernéticos naturales: los maquinales. Terminada su perorata nos hizo acompañarlo a través de las dependencias de la Institución. En primer lugar, el pabellón de salas de operaciones, los gabinetes de los médicos y el imponente laboratorio de investigaciones psicofisiológicas; luego el gimnasio para el incremento muscular con su respectivo centro kine-

siólogo y kinesioterápico; en seguida el aula de mecanización de ritmos y movimientos; finalmente el depósito donde había alrededor de quinientos de ellos, que en estado de casi absoluto reposo bajaban su metabolismo a una cifra cercana al cero, factor, desde el punto de vista económico, bastante importante.

El Jefe de Relaciones Públicas puso en funcionamiento el aparato portátil con una longitud de onda determinada y uno de los maquinales vino hacia nosotros. Salimos con él hacia el patio trasero en cuyo extremo había un grueso tronco de árbol. Entonces el Jefe dio la orden con voz metálica:

—¡Corta árbol! Hacha. Ritmo quince.

Los movimientos del maquinales, intachables, rítmicos, eran de quince golpes por minuto.

—Ritmo treinta...

—Ritmo sesenta...

—Ritmo cien...

—¡Basta! Regreso y descanso.

Los incansables movimientos eran más perfectos que los de la más perfecta máquina.

Con una nueva longitud de onda la maquinales trajo otro, que cavó una zanja en tres minutos y a un tercero que se paseó, a distintas velocidades, con una carga de ciento veinte kilogramos sobre sus hombros...

Recién ahora, atando cabos, esa altiva timidez de los autómatas descerebrados, sus rostros tostados e inocentes, sus ropas de corte antiguo y sus cabellos extrañamente brillantes, me han hecho comprender muchas cosas. Por otra parte, no se explicaría el ritmo de nuestra producción jamás, nunca alcanzado anteriormente, como tampoco el abaratamiento de algunos productos manufacturados...

COMO VINIENDO de un sueño, de el sueño; emocional, afiebrado, pugnando por controlarme y olvidar cual-

quier mundo que no fuera el inmediato, volví a ofrecerles la fuente de confituras. Ella cogió una sin atreverse a comerla. Me miró con desconfianza.

—¿Son...?

—Solamente de azúcar de caña; no contienen excitantes, tranquilizantes, hierbas para adelgazar, ni alcohol ni nada que no sea puramente azúcar de caña. ¿Era eso lo que quería saber?

—Sí —respondió, tímida, la vocecilla infantil y le dio un trozo al que dijo ser su hermano.

—Bueno... desde... hace dos días. Vinimos a... trabajar, a buscar trabajo, a... a conocer...

—Ilegalmente, se comprende.

—Sí, así como usted dice... ilegalmente.

—Eso significa que no tienen dónde permanecer...

—No, es decir, sí.

—Andando, entonces. El apartamento es bastante grande y por la situación, ni siquiera tendré que pagar el impuesto al huésped. Sin embargo, al primer síntoma de peligro... ¡Adiós! ¿Entendido?

—Sí, entendemos...

Con esta actitud apresurada estaba jugándome toda mi reputación y seguridad, ya que es casi absolutamente imposible escapar a los controles que operan en estos casos. Pero habría tiempo todavía antes de que los Voluntarios se hicieran presentes.

Les ofrecí jugos de frutas vitaminizados, huevo en polvo y carne tratada con ablandadores químicos. Comieron en silencio y con mucho apetito. Entre tanto inflé dos colchones neumáticos y les facilité sendos pijamas de plástico temperado. Escuchamos un poco de música. Poco logré, en aquella parte de la noche, sacarles acerca de sus hábitos familiares, comunidades y pensamientos; ellos, no obstante, no cesaban de preguntar por el uso y destino de cada una de las cosas de

la casa y de algunas otras' incomprensibles, que decían haber visto en su corto tránsito por la ciudad.

Luego de mi acostumbrado cigarrillo les di las buenas noches.

—¿Cómo se llaman?, —inquirí por segunda vez.

—Yo, Miguel. Ella, Lu.

Se fueron a dormir. Conecté el receptor de radio y escuché las informaciones en que el Directorio de los Voluntarios daba por finalizada la "caza" y alertaba a la población a redoblar sus controles. Un escalofrío recorrió mi espalda. La aventura se estaba tornando demasiado peligrosa, aunque sabía que por el momento no había nada que temer. Me dormí. Esa noche soñé con mis huéspedes; con Miguel y su rostro de ídolo primitivo; con Lu que me miraba desde sus insondables ojos color miel; con los Voluntarios y su maquinaria en acecho; con mi vida en el vientre materno. . .

A la mañana siguiente, al ir a despertarlos, tuve una sorpresa: no se encontraban en casa. Me vestí rápidamente y salí en su busca. En el Parque vi a Alouette y sin decirle mi propósito la arrastré por calles, plazas y museos. Hasta me atreví a preguntar por teléfono a la sede de los Voluntarios si habían encontrado a los "malditos intrusos" llegados el día anterior. Nadie sabía nada de los jóvenes agrarios. Por fin llegamos a la casa de juegos. Alouette me pidió un bono y compró las fichas. Entonces me obligó a que la acompañara a colocarse en la fila de los que esperaban su turno para ocupar la máquina. En cada uno de los treinta aparatos de juego de la sala había una igual cantidad de personas esperando su turno, impacientes, obsesivos, aguardando que a quienes los antecedían se les acabase el dinero, pues los deseos de jugar eran inagotables.

La máquina de jugar frente a la que estábamos, era exactamente igual a cada una de las miles diseminadas por toda la ciudad, niquelada, brillante, llena de luces que se prendían y apagaban; timbres, campanillas, ruidos, bornes,

rejillas, orificios y huecos donde tenían que caer las brillantes esferas de acero.

—Alouette, yo nunca he jugado a esto. ¿Se gana algo?

—No, no se gana nada. Se pierde siempre. Cinco fichas por bono. Una ficha por cada juego. Si eres hábil puedes hacerlo durar . . .

—¿Y entonces?

—Bueno . . ., se juega.

—¿Y para qué?

—¡Bah, siempre se ha jugado para nada!

—Pero . . .

—Prueba tú, ya verás cómo te agarra . . .

Tres jugadores abandonaron la fila. La inquietud de Alouette se tornaba casi delirante. Yo pensaba en los agrarios y miraba a los rincones o hacia la calle por si los veía pasar, inconfundibles entre la multitud.

Por fin le tocó el turno a Alouette. Metió la primera ficha en el agujero. Oprimió un botón. Desde las profundidades emergió una bolita muy brillante. Accionó el impulsor. La bolita fue impelida con celeridad, tocó un borne y se encendió una luz; de ahí salió disparada hacia un cilindro; se oyó una campanita. La esfera niquelada oprimió un botón, luego rozó un triángulo anaranjado (se encendieron números y dispositivos) y finalmente cayó en un hoyo con ruidos de campanillas. Apareció una cifra: veinticuatro mil ochocientos. El curso de las siguientes bolitas fue más o menos parecido al primero con la diferencia que la cifra fue elevándose cuantiosamente.

Luego vino un segundo, un tercer, cuarto y quinto juego. El rostro de Alouette estaba crispado y sudoroso. Los que esperaban en la fila, bufaban. A pesar que cada jugador, luego de echar todo su dinero a la insaciable máquina, se iba malhumorado, la sala estaba siempre llena de seres que esperaban su turno con seriedad y anhelo.

Finalmente logré sacar a Alouette de aquel lugar. Seguimos recorriendo calles y sitios públicos, pero los jóvenes agrarios no aparecían. Presumí que habrían vuelto a casa, por lo que me despedí de Alouette; pero ella insistió en ir conmigo. Llegamos, a ella la hice esperar en la puerta. Tampoco estaban allá. Desistí entonces de mi empeño y me volqué en Alouette, acariciándola casi sin deseos. Se despojó de la falda y quedó en una malla al estilo de las bailarinas de ballet. Me fue difícil convencerla que postergara, por aquella ocasión, la droga, para que pudiéramos hacer el amor tranquilamente, ¡cómo si en ese momento pudiera haber estado tranquilo! Después de muchos ruegos aceptó. Se acercó a la biblioteca, hurgueteó entre los microfilms y extrajo el Kama Sutra. Encendió el proyector y me indicó que usáramos el método que, según los antiguos hindúes, daba un resultado excelente, por cuanto podíamos sumar a nuestro fervor natural, la excitación psíquica que da la lectura del documento.

—Comencemos por orden. Primeramente los diversos tipos de besos, luego los de abrazos, en seguida los de toques. ¿Qué eres tú, “caballo”, “toro” o “liebre”?

—No tengo la menor idea. Creo haber leído alguna vez ese microfilm, pero no recuerdo haberme clasificado. ¿Y tú?

—Entre “caballo” y “liebre”.

La traducción del libro era bastante buena, conservaba toda la melodía idiomática del original.

Y empezamos con las indicaciones de la obra del amor indio, sin saltarnos ninguno de los modos descritos. Algunos producían, ciertamente, una acentuación erótica, pero otros estimulaban la risa, cuando no, el desengaño. Ella no me aceptó combinaciones, interpolaciones ni nuevos descubrimientos experimentales. Con ritual sentido de exégeta fue siguiendo al pie de la letra las enseñanzas del texto. Algo así como aprender un idioma leyéndose previamente todo el diccionario. El procedimiento era bastante cansador. Termina-

mos con las páginas relativas al beso. Se iniciaba la sección abrazos. Yo traté de explicarle a Alouette que la lectura, aunque no lo mencionaba, referíase a dos amantes desnudos. Ella interrumpió la experiencia y releyó el documento. Como la indicación de la desnudez no apareciera en ninguna parte, no quiso despojarse de la malla por ningún motivo. Entonces empezó nuestra discusión acerca de cómo debía interpretarse el libro. Para ese efecto recurrí a una explicación sobre el sentido de las culturas orientales, afirmándole que, además de los significados religiosos de las obras en cuestión, una profunda verdad fisiológica se desprendía de ellas, por lo tanto, beso, abrazo, toque y acto amatorio, debían entenderse en su manera más íntima, es decir, en plena desnudez.

Alouette no quedó muy convencida, repasó varias veces el microfilm y finalmente dijo sin convencimiento —tienes razón, señor teorista— y procedió a desvestirse. Se tendió en la alfombra, pero antes de ello sacó de su bolso una pastilla de droga.

Con gran rapidez le extraje la tableta de la mano y la volví a guardar en su cartera.

—Comencemos de nuevo. Ajusta bien la luz en el proyector.

—¡No tendría ni gracia ni emoción. Además siempre hay que aprender algo.

—Bien, criatura, como tú quieras.

Nos abrazamos, pero ella, siempre con el dispositivo de control remoto en la mano, me advertía que no le tapara la visión de la pantalla, pues no quería perder absolutamente nada de las enseñanzas del libro.

—Un poco de cultura no hace daño, gatito mío. Figúrate, la última vez que aprendí algo estaba muy niña, —exclamó poniéndose de pie y sentándose luego en el diván—. ¡Por favor! Explícame el significado de esas partes donde hablan de dioses. ¡Es tan raro! ¡No entiendo! ¿Tiene algo que ver con el amor eso?

—No, Alouette, no tiene nada que ver; son simplemente referencias a la religión hindú, sin ningún significado erótico, al parecer.

—¿Y para qué lo harían?

—Bueno, ellos tenían su religión... —Echado en el suelo, con los ojos cerrados, le di una larga clase, más o menos completa, (varias veces había estudiado el tema para confeccionar mis trabajos) sobre el sistema teológico indio. Cuando terminé, abrí los ojos, y vi que ella algo rumiaba y comenzaba a caer en un sopor.

Antes que se quedase como un leño sobre la alfombra, la ayudé a pararse, la vestí y, luego de mojarle el rostro con agua muy fría (bifiltrada y aséptica), salimos a la calle. Ella se dejaba conducir como sonámbula. La hice beber leche con una dosis doble de cafeína y algunos panecillos con semilla de sésamo.

A través del cristal del bar automático divisé a mis jóvenes agrarios que vagaban con irresponsable inocencia por la ancha avenida. Sin ningún pretexto abandoné a Alouette y salí a buscarlos...

NO ES QUE la fiebre arrecie; no son las altas montañas inaccesibles, no el hielo, no la semipenumbra del hombre asustado, es solamente aceptar sobre los hombros el temor de todo el mundo, el susto de todos los pequeños ojos húmedos...

Recuerdo ahora un libro apócrifo: "Confesiones de un maquinal", vendido clandestinamente a elevado precio, que narraba las peripecias de un supuesto maquinal. Guardo algunos fragmentos que copié por su interés introspectivo. Cito de mi libreta de notas:

"Me acuerdo de la Mujer, de mi Mamá y Clarina, sin automatismos, ejerciendo la risa desde adentro y repartiéndola entre todos nosotros... Al dejarme capturar supe a lo que me exponía; no obstante estaba cumpliendo como

padre, hijo y esposo. Con mi renuncia yo les daba tiempo, ese poco de vida libre que no sabía hasta cuando habría de durarles... El cirujano me observó satisfecho; levantó mis labios para revisar mi dentadura; palpó mis bíceps y anotó una cifra; el guardián me condujo a otra pieza, me pusieron detrás de una pantalla, más pesos y medidas; maldije mi normalidad física, el sol que me nutrió, el aire que alimentó mi carne, el sustento que robusteció mis huesos... Estaba por cumplirse la sentencia. Entonces el gesto humanitario, el "¿Qué desearía comer usted ahora?", el "¿En qué le gustaría pasar el resto de la tarde?", y el monstruoso "¡Pídanos usted un deseo y se lo cumpliremos!... Y yo pude haberme suicidado. Pero me habrían reemplazado no por la Madre y la Niña, sino que por la Mujer. Ella también podría haberse suicidado. Entonces habría sido Otro u Otra, los que a su vez podrían haberse suicidado. Pero un pueblo de suicidas... Hay que asegurar a las mujeres, ellas pueden parir hijos y es necesario que nuestra gente superviva... Estoy frente a la puerta de la Sala donde el implacable escarpelo completará su Obra. Respiro por última vez sintiendo que *quiero* y *puedo* respirar voluntariamente, que si digo: ¡Muévete mano!, ella, como un animal perfecto y al mismo tiempo esclavo, se mueve porque Yo lo quiero. Me digo: ¡Muévete risa!, y con inconcebible sentido paradójico, río... Me tiendo *voluntariamente* en la camilla y bebo el líquido que me ofrecen, a sabiendas de que con ello penetro al umbral de mi propia deshumanización..."

Las citas son textuales; el autor, posiblemente un ex empleado de la Institución con dotes literarias, vendió su obra en forma clandestina, con toda seguridad para ganar más dinero. De otro modo no se explicaría el verismo de algunas situaciones que omito debido a su extensión...

—SIGAN despacio hacia la casa. Yo iré detrás. Es mejor que no nos vean juntos.

—No sabemos...

—Continúen derecho hasta el final. Allá doblan a la izquierda. Después de la Plaza, por la ancha Avenida la segunda esquina...

Los seguí lentamente. Cuando me hube asegurado de que nadie nos había espiado, entré. Cerré la puerta con llave. Nos sentamos en la sala de permanecer. Sus ropas me eran conocidas.

—Esto no entraba en el compromiso. Ustedes lo han roto y deben irse. ¿Es que no se dan cuenta hasta dónde me estoy arriesgando en toda esta absurda cosa?

—Salimos a caminar, temprano. No quisimos molestarlo. Nos arreglamos de manera que no llamáramos la atención. Queríamos conocer la ciudad, no la ciudad, sino que algunas calles del barrio. Luego deseamos volver, pero no encontramos ni la casa ni la calle...

—¿Pero...?

—Nadie se ha dado cuenta. ¡Ninguna dificultad! Comimos bien... y ganamos algo... Hemos juntado bolitas de colores...

—Sí, bolitas de colores. Todos lo hacen. Es divertido. Jugamos mucho. Ganamos cinco bonos y hasta nos sobraron algunas. —Miguel exhibió su bolsillo atestado de pequeñas esferas de la más variada gama.

—¿Y...?

Los hermanos, arrebatándose frases me contaron atropelladamente su extraña aventura. Al salir de casa, usando algunas ropas mías e imitando mejor nuestros peinados, se habían topado con uno de esos grupos de adolescentes coleccionistas de bolitas de colores que gastan todos sus bonos (y a veces hasta trabajan para ello) en comprar esas pequeñas esferas. Esa manía de coleccionar no tiene otra justificación que la de juntar cosas, sin ton ni son. Como toda actividad lúdica se satisface en sí misma. Las bolitas vienen cubiertas por un envoltorio opaco. Hay colores que se repiten a menudo y colores "difíciles". El juego consiste en tener una

bolita de cada tonalidad. Las repetidas se juegan y las difíciles de hallar, en ciertas ocasiones, se compran y venden en diez veces su valor comercial, es decir, en cien veces su valor intrínseco.

Miguel compró medio bono, su único capital, en bolitas, obtuvo tres colores "difíciles". Los vendió, recuperó su dinero y ganó bastante. Jugó el resto de las bolitas, con tal suerte, que a las pocas horas era casi dueño de todas las de sus contrincantes. Completó una colección; vendió más "difíciles" y almorzó con los otros coleccionistas en el Club de Jugadores. Como las reglas y sistemas del juego son idénticas al que usan los niños agrarios, Miguel pudo triunfar fácilmente. Por ser el vencedor lo dejaron ir temprano. Estaba citado para el día siguiente, a primera hora. Los jugadores los habían confundido con viciosos sureños cuya modulación es más acelerada que la de nuestra habla.

Sonreí temblando cuando finalizaron su relato. *Sacando bien las cuentas, un campeón de bolitas de colores, puede ganar mucho más que el mejor teorista.* Los eché a dormir, rogándoles no volvieran a salir solos. Por precaución cerré con llave de seguridad la puerta de la casa. El susto del día ya era suficiente para mi débil sistema nervioso.

Un asunto importante, con respecto a la llave de seguridad, era saber quiénes eran los prisioneros, ellos o yo . . .

TODOS pueden mirar hacia acá, hacia la desnudez de una pura emoción que trata infatigablemente de aferrarse al universo matemático de la piedra y el aire. La intimidad es el mito que causa la mayoría de nuestros males. Es necesario abrir los ojos, colocarse un paño húmedo en la frente, disimular y aparentar un total dominio de nuestros actos, abrir la puerta . . .

Cuando Bernstein vio a los dos hermanos alojados en la cámara contigua, lanzó una brillante carcajada y me

preguntó si pensaba dedicarme a la etnología. Los identificó al instante.

—¡De ustedes los teóricos se puede esperar todo! La muchacha, si le interesa mi opinión, tiene una apariencia inteligente.

En cuanto a él, bueno, da casi la impresión de ser un poco . . . peligroso. Una nueva risotada.

Sin comentar sus afirmaciones le pasé los trabajos prometidos. *Sólo sabemos que un hombre es de confiar cuando confiamos en él. Eso sella el compromiso.* Ni siquiera me preocupé que me pagara los bonos. Se marchó, pero al minuto estuvo de vuelta para entregarme lo adeudado.

—Siendo ya tres los miembros de la “familia”, va a necesitar dinero —exclamó dándome el sobre y haciendo una mueca cómica para despedirse.

Los muchachos agrarios, ya con más confianza, pasaron toda esa segunda mañana inspeccionando la casa, husmeando y hurgueteando por todos los rincones. El se afeitó con mis depiladores y se lavó con mis detergentes sólidos; como un hombre primitivo mezcló alimentos de distintos tipos de calorías, sólo pensando en los sabores; perfumó la casa contra los malos olores inundando el ambiente de hexaclorofeno; se detuvo frente al acuario a presión y contempló extrañado el crecimiento de las plantas hidropónicas que decoraban las paredes; hizo funcionar el limpiador automático generalizado, con ruido ensordecedor; si no lo advierto a tiempo, habría abierto el sistema contra incendios; en fin, terminó bebiendo alcohol y arroje con atarácicos, antes de que yo pudiera intervenir.

Lu, después de un baño de agua tibia, cepilló sus cabellos con energía, supongo que martirizándose. Ese “extraño brillo” ahora me parecía claro. En seguida comió algunas frutas naturales y empezó a investigar la casa, sobre todo mi escritorio. donde grabó varias veces en el dictáfono

la siguiente frase: —Aquí también sale el sol algunos días. Aquí también sale...

Arrastrando a Miguel, un poco crepuscular por los atarácicos, y a Lu, los llevé a la tienda de vestidos. Los encaramé en el probador mecánico que, luego de estudiarlos en peso, tamaño y color, les entregó, al nivel de veinte bonos cada uno, los trajes que más les convenían. Yo mismo, para no producir extrañeza en los locales de embellecimiento, les arreglé previamente los cabellos, ya anteriormente acicalados por ellos mismos, y así, dos horas después, pudieron salir a la calle sin llamar la atención, mientras no se hallaran ante un espía especializado del Comité.

Me atrevo a confesar que fue, el paseo que hicimos después, sencillamente un viaje tranquilo y encantador por la ciudad. Preguntaban por todo; para qué servía esto o aquello; cómo funcionaba aquel dispositivo; qué movía aquella máquina, qué utilidad prestaban los señalizadores ópticos, auditivos y magnéticos.

Imitando mi manera de hablar, al poco tiempo se expresaban con el desgano característico de nuestra modulación, a pesar que desde el comienzo lo hacían correctamente, de tal suerte que nadie sospecharía en ellos a dos jóvenes agrarios llegados hacía no muchas horas a la ciudad.

Visitamos los monumentos subterráneos, las terrazas con miradores y anduvimos en monorrieles. Finalmente, regresamos a casa para alimentarnos en familia, a la usanza patriarcal de antaño. Fue una cena agradable e íntima de la que siempre me acordaré.

Mientras ellos escuchaban música, antiguo jazz, me comuniqué telefónicamente con algunos de mis conocidos, de oscuro pasado, para buscarles un trabajo no especializado y de este modo incorporarlos a la vida de la ciudad sin peligro de ser delatado.

El dueño de la "Gaceta de Trabajo, Compra y Venta", emparentado con la familia de mi madre y cuyo bal-

dón era estar casado con una hija de eurasiática, se comprometió conseguirle a Miguel un puesto de ayudante en La Máquina, para que así fuera aprendiendo, poco a poco, la profesión de Control, en la producción e investigación manejada por los servomecanismos. Lu quedó simplemente en casa, para encargarse de las comidas, lo que, aunque salía más caro, resultaba mucho más acogedor que el restaurante automático.

Decidí que, por el momento, ambos seguirían en el departamento, hasta que pudieran legal y económicamente independizarse. Yo me di de lleno, por aquel entonces, a la tarea de escribir una teoría cada dos días, ya que los gastos habían aumentado. Recuerdo que esperaba esas cenas en casa, con la serena emoción que debieron sentir los antiguos jefes de hogar, al ver congregado al núcleo familiar alrededor del pan...

TODA cosa, toda plalabra, todo pensamiento tiene un color distinto: la nieve es blanca, la fiebre es roja, el miedo es morado y el sueño gris; lo alto es azul, el amor es un ocre encendido y dorado; la muerte también es blanca y sólo el deseo de vivir es verde.

El taller de García era, posiblemente, el más grande y cómodo de la ciudad. Su proyector podía adecuarse a cualquiera clase de telas y superficies; la calidad de los colores, espectroscópicamente perfectos, daban a sus cuadros un dinamismo extraordinario. La Máquina Pictórica era más bien simple. Funcionaba con pilas eléctricas (para tener cuadros móviles en el campo o en la playa), y directamente con la corriente eléctrica doméstica (para tener cuadros dinámicos en una estancia determinada). García había patentado un artefacto denominado: "Taxicromo regulable", por medio del cual el cuadro podía cambiar cada minuto, cada hora, cada día, o ininterrumpidamente.

—¿Y...? ¿Me trajiste la teoría o no te seduce el negocio?

—Te la traje —dije pasándole el cartapacio con el trabajo. Se basa, claro está, en las ideas de un mago o poeta griego de la prehistoria, casi olvidado, que hablaba de la dinamicidad del mundo. Todo cambia constantemente, según él. Decía que “no podemos bañarnos dos veces en el mismo río”. Porque los griegos, además de tener baños en sus casas, se lavaban también en los ríos. De ahí que tu pintura, que está en perpetuo cambio y transformación, esté emparentada con las ideas de esa especie de teorista de aquella época.

—¡Magnífico, magistral! ¡Plástico! ¡Ahí tienes la máquina de pintura que te ofrecí en trueque! —exclamó indicándome el curioso artefacto. Puedes llevártela cuando quieras. ¡Todo cambia... todo cambia...! ¡Interesantísimo trabajo! Será necesario leerlo por lo menos una vez. Tú sabes, leyendo libros de electrónica y de química de los plásticos, un pintor no tiene tiempo para leer otra cosa. ¡Así es la vida, gran bandido! Tú como teorista piensas por mí, y yo, como artista, hago máquinas de plástica móvil para ti, y... patatín patatán.

Puso ante mí una bandeja de cerámica llena de comprimidos atarácicos y resinas excitantes. Rehusé y encendí un cigarrillo de hierbas para adelgazar. Me tendí en la hamaca. La máquina central derramaba sobre las seis paredes una enorme cantidad de formas coloreadas, en constante movimiento. La docena de visiones (eran doce en total los cuadros) tenían un sentido subyacente en común, formas y colores coligados, equilibrios parciales, sub parciales y totales; armonía. La construcción era maestra. Un perfume de sándalo invadía la pieza a oleadas.

—¿Y ese olor, García?

—Aroma del acondicionador de aire para neutralizar la hediondez de la pieza de animales.

—¿Pieza de animales?

—¿No la has visto nunca? ¡La última moda, viejo!

¡Ven, ven conmigo!

La pieza contigua era un compacto zoo en miniatura, con jaulas de ultra transparente material sintético.

—La Compañía, tú sabes, arrienda los animales mientras son cachorros, y hasta se preocupa de su alimentación. No son tanto los bonos que se gastan al mes. Cada cierto tiempo la Compañía cambia los animales por otros más pequeños. Ese osézno y aquel gorila-niño me los trajeron ayer. La próxima semana cambiarán el puma y el mastín, porque ya han crecido mucho para la resistencia del material de las jaulas. Ellos se encargan de todo. Tienen veterinarios y domadores especializados, altamente especializados.

Los animalitos, domesticados en su totalidad, se paseaban en dos patas imitando el cadencioso andar de algunos humanos, cogían objetos con las patas delanteras, se intercambiaban diminutos sombreros, bastones y vestimentas multicolores; un chimpancé se había habituado a consumir droga. En el zoo doméstico de García encontrábase también una máquina, que el pintor habilitó allí, produciendo todos los matices posibles del color verde.

—¿No encuentras que es decorativo? —inquirió.

—Mucho, mucho . . .

Saqué cuentas. Si Miguel y Lu me ayudaban con los gastos de casa y yo tomaba más trabajos, el zoo en miniatura no estaba muy lejos de nuestras posibilidades. Solamente que, un chimpancé adicto a las drogas me haría recordar a Alouette, y yo, en ese entonces, estaba en peligro de enamorarme de quien fuera . . .

A B U R R I R S E es no ensamblar con el mundo, ni con uno mismo. Es ni siquiera tener miedo, ni dudas, ni pasión, ni angustias; es estar simplemente perdido en el desinterés. ¡Por lo menos sentirse sucio, en pecado! ¡Necesario o inne-

cesario! Que alguien nos obligue a abrir los ojos; que alguien nos obligue a alzarnos y emprender cualquiera tarea infame, sabía o grotesca. Toda religión es rito, todo rito es repetición. No se piense que me ha vencido el sueño, que he despertado al sueño. Un pequeño ojo observa detrás de nuestros ojos...

Miguel regresó taciturno, perforó algunos envases de alimentos; luego de cenar tragó una aspirina chocolatada y se tendió frente al televisor en colores. Más que abatido parecía haber caído en un estado sonambúlico. Lu intentó varias veces dirigirle la palabra, pero él respondió sólo con lentísimos movimientos de labios y cabeza; de pronto musitó algunas constestaciones arrastradas.

—¿Qué tal tu trabajo en La Máquina?

—Ssilencioso... muy silencioso...

—¿Cansa?

—No... Aaaburre... aburre mucho.

—¿Cómo así?

—Haastía...? ¿Saben qué es eso, lo que había?

—No te entiendo. ¡Cuéntanos!

—No hay nada... nada que contar...

—Por lo menos explícanos en qué consiste tu trabajo, qué haces, en qué ocupas el tiempo...

—Bueno... ¡Además qué importa!... Estoy todo el día, el día sentado frente a La Máquina, sentado y muy atento, atento en el otro, en el ayudante. El otro controla, controla números en una pantalla, en la pantalla los números se encienden y se apagan. Yo cuido por sí el otro falla, el otro puede morirse, nunca se sabe. La máquina nunca falla, pero el otro sí, para eso estoy yo, todo el día sentado y atento, para reemplazarlo por si alguna vez se hace necesario. En mi tierra trabajábamos hasta agotarnos y después nos bañábamos para arrancarnos el sudor. La máquina no puede fallar, pero el otro sí, y yo también. La máquina hace ochenta mil

operaciones con diez factores en un segundo; el otro controla, y yo controlo que el otro controle...

—Bueno, no es para tanto. Además tú tienes la culpa. Querías venir a la ciudad; decías que se ganaba más y que aquí realmente se vivía... ¿Qué no te pagan bien?

—Sí, me pagan bien, por eso no puedo quejarme. Soy nada menos que un Repuesto-Cerebral-Control-de-la máquina. No gasto energías y mi labor es importanté. Como ven, me he convertido en alguien importante; no me fatigo ni tengo que bañarme después del trabajo para limpiarme el sudor...

—¿De qué te quejas, entonces? —Lu esbozó una sonrisilla primitiva, graciosa e insincera.

—De nada; no me quejo. Pero... pero, ¡eso aburre! En cierto modo es ¡horrible!...

—Ya te acostumbrarás, hermanito. Es preciso adaptarse... Tú...

Entonces intervine yo para aclararle algunas ideas al muchacho. Le expliqué los fundamentos de la ciudad, su despliegue tecnológico, la eficiencia de nuestros cibernetistas, los avances en la automación, los logros en pro de la felicidad humana y la gran concentración de capitales que hicieron posible este milagro. Con mucho tacto comparé sus costumbres (lo poco que de ellas sabía) con las nuestras. Era difícil tarea civilizar a un joven agrario en tan corto lapso, sin embargo, yo, como teorista, tenía el deber moral de intentarlo, aún con mi discurso. Lu mostraba sus ojos muy abiertos y escuchaba apoderándose ávidamente de cada una de mis palabras, en tanto que Miguel no despegaba su vista de la pantalla polícroma.

—¡Ya te habituarás! —resumí—. La Máquina es así y es preciso saber comprenderla. La eterna lucha del hombre ha sido la de reducir su jornada de trabajo. (Recordé con dolor mi visita a la fábrica de maquinales). Aquellos que celebraban el día Primero de Mayo, lo hacían para conme-

morar la reducción del trabajo diario a . . . ocho horas. ¡Ocho horas! ¡Te figuras! ¡Para agotar a un toro! Ustedes los agrarios, según me dijo Lu, dicen que esa fecha corresponde a una matanza de técnicos ácratas en una ciudad anglosajona, bueno, nosotros sabemos que esa fecha conmemora la dictación de la Ley. Pero sobre eso no vamos a discutir.

—Creo que terminaré por no aburrirme —musitó con lentitud y mirándonos fijamente, por vez primera. —Debe haber muchas formas de lograrlo, de no aburrirse. Las aprenderé. Estoy seguro que las aprenderé—. Se puso de pie e inició un paseo con el croquis de una risa glacial en los labios.

Miré los ojos de Lu y en ellos vi mucha sombra . . .

VEO LA CORDILLERA en llamas, líquida, espectral, con rumor de llantos infantiles, de los no nacidos, de los muertos al alba, del brote cortado sin llegar al reventón de la clorofila. El lloro pretérito del sueño-vigilia llameando desde muy adentro. La realidad es un acto de fe; cuando esté sano no podré creerlo. A mi trabajo . . .

Jamás leo “La Verdad Informativa”, ni en su edición folimagnética, ni en su edición tradicional de papel impreso; porque es un periódico demasiado comercial, perfectamente gobiernista, por lo que nada agrega a nada.

Nuestra manía de colocar títulos pomposos, ha bautizado al diario de los intermediarios, fabricantes de tóxicos, maquinarias, y dueños de la química alimenticia, como “La Verdad Informativa”, y al periódico (de muy espaciada periodicidad) de quienes pagamos impuestos y consumimos productos, con el nombre de “Gaceta de Trabajo, Compra y Venta”.

En el pasado trabajé para ambas publicaciones, creando noticias socialmente higiénicas o necesariamente tendenciosas. Hice horóscopos, crucigramas y narré casos policiales, todo ello de mi estricta invención. Ante la disyuntiva

de la verdad o el bien, nuestra prensa optaba por lo último. "Al hombre hay que ocultarle la verdad, pero darle algo mejor en su reemplazo", rezaba el cartelito colocado en ambas puertas de las redacciones.

Una mañana encontré a Jorquera saliendo de la sala de teletipos. Me invitó a beber una "Naranja"; no acepté, pero le hice compañía. Conversamos. Me pidió consejos sobre cómo encarar periodísticamente la ola de suicidios que conmovía a la ciudad. Le sugerí muchas fórmulas para no tratar directamente el asunto. No quedó satisfecho. Bebió un segundo vaso de "Naranja" y me rogó lo acompañase a una visita profesional.

Fue cosa de pocos minutos llegar en su vehículo a la Escuela. Allí nos entrevistamos con el Director y toda la plana mayor del profesorado.

—¿Desde cuándo, señor Director, se ha agravado el... hecho?

—Espero, señor Jorquera, que esto no saldrá a la publicidad...

—No se preocupe. Le prometo que no. ¿Pero, desde cuándo la epidemia, llamémosla así, ha tomado características peligrosas?

—Desde fines de la semana pasada. —El Director tomó, con medio vaso de agua, una oblea tranquilizadora—. Comenzó con una alumna del tercero que compartía relaciones con dos de sus condiscípulos. El sábado ya habían...

—¿Muerto...?

—Sí... los tres. El lunes supimos de seis casos más en el fin de semana. El martes, dos muchachas del último año. ¡Qué asunto! Ordené a mis profesores que intensificaran los cursos de orientación patriótica; a los psicólogos escolares que influyeran con charlas o hipnosis colectivas. A los padres de familia les recomendamos que mezclaran tabletas apaciguadoras en los alimentos de sus hijos. En fin, hemos tratado de atacar el mal por todos sus flancos... Pero

ha sido inútil... Hoy viernes ya tenemos nada menos que...
¡Veintisiete casos!

—¿Problemas sexuales? —inquirió Jorquera.

—Resueltos.

—¿Económicos?

—Todos reciben fuertes mesadas.

—¿Familiares?

—En general, proceden de familias... muy normales.

—¿Problemas escolares?

—En nuestra escuela ese tipo de problemas no se tiene. De todos modos creo que puedo darle un dato tal vez útil. Todos los... fallecidos eran los más inteligentes, los de mayor sentido moral, los más aventajados.

—No lo creo un dato valioso —observó el periodista—. Bueno sea como fuere, mi periódico no dará la noticia. Se lo prometo. —Hizo una pausa mientras tomaba algunas notas—. Sin embargo, señor Director, me gustaría que nos mostrara las aulas.

Nos hizo pasar al interior del establecimiento, y así fue como revisamos todas esas salas con parejas de niño y niñas, muchachos y muchachas, de rostros hermosos, trajes exóticos y profundos ojos mirando al vacío.

—¡Curioso, pero a mí me parecieron tranquilos! —comentó Jorquera, mientras salíamos.

—A mí también —agregué—, a mí también me parecieron tranquilos...

LA ÚNICA prueba de la existencia de Dios que satisface, es aquella que hace al hombre mismo sentirse Dios, o aquella que le da el poder de conjurarlo, es decir, en cierto modo, dominarlo. Esa exquisita vanidad divide a las personas en cuerdos-agresivos y locos-temerosos. El loco-temeroso necesita un tratamiento para que deje de constituir un peligro moral; debe despertar, desenfebrearse, hacer piruetas con

el mundo en la mano, creer en las palabras más usadas, ser valiente como un rey o un sumo-sacerdote; debe ser esto y mucho más. . . , o debe perecer. El loco-temeroso es un cobarde y su cobardía contamina; no sabe cantar a coro, se duele por toda su especie zoológica; dicen que se pasa el viernes musulmán, el sábado judío y el domingo cristiano, mirando crecer la yerba, oyendo el rumor desencadenado de sus voces misteriosas . . .

El nueve fue día feriado, ya que era la fecha acordada por el Gobierno como "Día de la Sumisión al Creador". Sé de algunos que aquí, en la ciudad, hacen prácticas rituales, celebran cultos familiares o colectivos de moda; otros asisten a servicios religiosos gubernamentales. Ese día, para nosotros, para nuestra "familia", que no practicamos ningún culto, se abría una jornada en blanco.

Por hábito nos levantamos a la misma hora temprana. Usamos detergentes, agua, perfumes, depiladores, desodorantes y ungüentos apropiados. Nos alimentamos conforme las normas dietéticas del Dr. Mac Intosh y en seguida nos trasladamos al salón de permanecer.

El tiempo, según lo hizo notar Lu, marchaba con una lentitud sobrecogedora. Pero nadie nos apuraba o nos obligaba a hacer algo. Gran parte de la mañana estuvimos en dulce tranquilidad y reponedor sosiego. De repente les propuse admirar un poco de naturaleza. Hicimos un viaje de inspección por toda la casa, viendo las plantas hidropónicas, el acuario y las carnívoras. Con respecto a estas últimas, Lu preguntaba sus nombres con cierto recelo.

—Esta es una *Nepenthes rajah*, oriunda de Borneo; aquella una *Drosera capensis*, común en el Africa del Sur; y ésa, en forma de pequeñas bocas hambrientas, una *Dionaea muscipula*, que crece en algunas regiones pantanosas de Norteamérica. Son, puede decirse, inofensivas. Atrapan uno que otro insecto, lo disuelven en ácido fórmico o

benzoico y luego lo digieren. Menos brutal, me parece, que comerse un asado de cordero o de lechón.

Rieron, sin entender mi ironía dirigida a la costumbre casi completamente carnívora de la gastronomía agraria.

Nos instalamos nuevamente en el salón de permanecer, esperando el momento fisiológico adecuado para ingerir nuestra segunda dosis de alimentos. Una mañana de descanso era una mañana de descanso y había que aprovecharla en toda la extensión del término. Los tres nos mirábamos con una actitud afectiva cercana a la cordialidad.

De pronto me puse a pensar en lo que estaba sucediendo y me extrañé de tener en mi hogar a dos seres de los que no sacaba ni siquiera un miserable bono de provecho. ¡Algo raro pasaba en mi interior! Algo extraño, inhabitual y sin sentido, como si hubiese regresado a la mentalidad de la época proteoevolutiva. ¿Por qué no echarlos inmediatamente de la casa? ¡Que un ser valeroso se arriesgue es explicable, pero que un cobarde como yo, sin provecho ninguno...!

La segunda comida fue bastante nutritiva y el cálculo de calorías, exactísimo. Después de beber una infusión gelatinosa de yerba mate, nos dirigimos nuevamente al salón de permanecer. Empezamos la tarde lentamente, sin plantearnos nada, apenas moviendo los miembros. Lu, propuso salir de la ciudad e ir a un bosque. “¿Cómo los hombres de Neanderthal?”, quise preguntar, pero frené mi lengua a tiempo y le aseguré que el próximo día libre lo haríamos. De antemano Miguel se excusó. Lu me miró, radiante por la promesa.

Después de esa tarde apacible y serena, “cerca de la hora en que el movimiento rotatorio de la tierra hace desaparecer el sol”, como dice Alouette, Lu sugirió que hiciéramos algo para entretenernos. A pesar de ser un día feriado, prendimos la radio, el televisor, la pantalla para diapositivas y

aquella para microfilms, con un libro muy ameno y de excelente iconografía. Mi Taxicromo regulable, inundaba toda la pared del fondo. Encendimos varillas resinosas en el pebetero, la grabadora magnetofónica y todas las luces de la casa. Abrí el bar y comenzamos a beber alcohol, del que no produce acostumbamiento; fumamos tabaco y comimos confituras sa-carinadas. Bailamos encima de los muebles, ante Lu, ligeramente escandalizada. Miguel y yo nos embriagamos varias veces en el curso de la tarde; pero una buena dosis de excitantes nos dejaba muy despiertos cada vez que ello ocurría. Practicamos "zooludia", es decir, interpretación de animales: balamos, ladramos, aullamos, piamos, mugimos, reptamos, volamos, anduvimos en cuatro patas y nos disputamos un trozo de carne cruda (verdadera y no sintética) a dentelladas sobre la alfombra. ¡Era la felicidad!

De pronto miré a Lu que, sentada y perpleja, observaba nuestra eufórica manifestación de zooludia. Entonces cacé sus ojos, sus difíciles ojos color miel... Algo llameó furiosamente dentro de mí. Comprendí con temor y con violencia a la vez... ¡Pero no, de ninguna manera eso podía ser así...! Yo debía seguir siendo solamente un investigador etnológico. Más que absurdo, era imposible; más que imposible, era peligroso... Trataría de nublar-me, aturdir-me...

Y después de muchos meses, volví a tomar un fuerte atarácico...

E N T R E A B R O los ojos. Siento que alguien ha inventado dentro de mí el juego de "Las Condiciones". *Si se cumplen ciertas condiciones...*, *ciertas condiciones...*, *si ellas se cumplen...* La horrible trampa de la verdad y de la inteligencia, la triste historia del hombre cuerdo... Yo estoy muerto *si se cumplen ciertas condiciones*: que no sea inmortal y que haya nacido. Soy mortal y he nacido *si se cumplen ciertas condiciones*: que me hayan engendrado y que mis progenitores no sean eternos. Fui engendrado por seres temporales *si se cum-*

plen ciertas condiciones: la capacidad reproductiva de mis antecesores y su temporalidad. Pero los factores recién mencionados sólo cobran validez *si se cumplen ciertas condiciones*: la espacialidad y la repetición específica... la energía... la materia... la causalidad... *ciertas condiciones*... el ente... la nada... *si se cumplen*... *si se cumplen*... Pero yo estoy vivo, febril, tendido en un lecho blanco y negro, observando los picachos de la alta cordillera transparente, a través de los cuales veo mi ventana y unos ojos color miel que miran por mis ojos cansados de ver tanto y tan poco...

Como había llegado a ser, en buenas cuentas, un jefe de familia, creí tener la obligación de velar por la formación cultural de los habitantes de mi casa. Vanidosamente Miguel se resistió a ello, alegando que su labor en La Máquina, había inhibido en él todo deseo de aprender y perfeccionarse. Lu, por el contrario, atenta a todo lo que fuera incitación para su cuerpo y su alma, me pidió la llevara a algunos cursos de cultura. Pagué dos matrículas de Lecciones de Filosofía Contemporánea. Las frecuentamos.

El Profesor-Conferenciante, de más de dos metros de estatura y cuyo peso se elevaba del centenar de kilogramos, era especialista en los temas más abstrusos, como se indicaba en *su curriculum vitae*: “La irrealidad fáctica de la numerabilidad”, “Metafísica de la onticidad no cosificable”, y muchos otros tópicos acerca de valores, antivalores, antropoexentricidad, musicosofía relativa, problemática fundamental de la filosofía de Michel Louriet y otros tópicos no menos carentes de interés.

Recuerdo una de las clases (Lu había puesto, con inocente confianza, una de sus manos entre las mías):

—... En puridad y con rigor apodíctico, si bien es cierto que la enumeración retroactiva nos vectorializa temporalmente hacia un no-ser absoluto e inesencial, me atrevería a decir, no es menos cierto, que la proyección cronológica nos lanza (la Inocencia Primigenia y la *Gratia* juegan aquí un

papel fundamental) hacia la X atómica (en el sentido filológico primario, esto es, indesgajable, impartible, indivisible), monismo que sirve de factor a toda posible ecuación de ese inasible *ápeiron*, es decir, de Aquello. . .

—¡Magistral! —gritó alguien, y con razón; nadie había probado hasta ahora con tanta nitidez la existencia de Dios.

Para reforzar su afirmación, el Profesor-conferenciante repitió su frase agregando varios términos en griego.

Los alumnos empezaron a hacer preguntas. Recuerdo algunas:

—¿Cuando usted habla de substancialidad, se refiere acaso a la esencialidad substancializada?

—¿Puede caracterizarse al Continente Latinoamericano como un “no ser siempre todavía”?

—¿Es compatible la entropía con la idea de la Divinidad?

—¿En qué medida la filosofía designorantiza al ente humano?

—¿Fue Wittgenstein un *chauvinista* neurótico?

—¿La verdad puede ser inmoral?

—¿Existe la antivitalidad como opuesto dialéctico a la vitalidad de la vida, porque allí reside, en rigor, el meollo del asunto, con respecto al suicidio?

—¿Cuál es la razón suficiente de o para . . . ?

El Profesor-conferenciante contestaba pronto y agudamente a todas las cuestiones, y después que el alumno callaba, celebraba su propia respuesta con un chasquido de lengua característico.

Yo, en mi calidad de teórica, me vi obligado a hacerle algunas preguntas; lo interrogué acerca de la teorización del Fundamento, tanto en el sentido lato, como en el restringido. El satisfizo mi curiosidad diciendo algo que, en principio, se ajustaba a mi posición ideológica. Durante el recreo se ejecutaron varias composiciones en guitarra eléctrica.

Se reanudó la lección sobre la base de guarismos, ecuaciones y fórmulas estrictamente matemáticas y logísticas con que el Profesor-conferenciante respondió concienzudamente a cada una de las preguntas del alumnado. De súbito Lu se puso de pie y con el lenguaje arrastrado de los habitantes de la ciudad, formuló las siguientes dos cuestiones:

—¿Existe algún argumento filosófico de peso para probar que los agrarios, por ejemplo, son seres inferiores? —y— ¿un hombre tan sabio como usted, no siente vergüenza de no creer absolutamente nada de lo que dice?

Hubo una carcajada general y sumamente corridos abandonamos el aula.

—¡Deben ser del Movimiento Destruccionista!— se comentó en alta voz a nuestras espaldas.

La arrastré para apartarla con celeridad de aquel lugar, y cuando llegamos a casa, su mano aún estaba prendida a la mía . . .

C I E R R O los ojos, pongo rígido el cuerpo y simplemente respiro. Interrumpo las comunicaciones con el mundo y mi cuerpo. Inspiración y expiración solamente. Eso basta para sentir la dulce naturaleza vibrando renovada dentro de mí; la buena naturaleza, la sabia, la esencial, la aciaga, la maternal, la prepotente . . .

Me dejé seducir por la invitación de Lu a ir un día de paseo al campo. En un almacén de objetos rezagados encontramos, por muy pocos bonos, los implementos necesarios para recorrer aquel sitio: bolsos de lona con refuerzos de aluminio, elementos de cocina a combustibles sólidos, un transmisor-receptor a cristales-transistores, desinfectantes, insecticidas, vitaminas concentradas y muchas otras cosas necesarias en todo momento.

Dejamos atrás la civilización, la ciudad y nos internamos varios kilómetros por la inhospitalaria superficie de la corteza terrestre. ¡Increíble espectáculo para el ciudadano! Una enormidad de vegetales por todos lados, el aire casi hiriente:

elevaciones naturales del terreno, espontáneas agrupaciones de árboles de gigantesca estatura, flores asoleadas y pedruscos disseminados por doquier, sin orden alguno; variadísimas formas vitales, animalillos e insectos, ponzoñosos sin duda, merodeando por los resquicios y rincones.

Con el valor que da la ignorancia del peligro, Lu me llevó de la mano hacia el interior del bosque, mientras que el vehículo que alquilamos, permanecía desamparado bajo un árbol. Allí la claridad era menos vivaz; una cantidad impresionante de ruidos viscerales acudían a los oídos. Rayos solares y chispazos electrizados se encendían rielando por sobre nuestras cabezas. El colorido era digno del más sabio creador de máquinas pictóricas. Lu me hizo tender sobre la tierra, directamente sobre ella (menos mal que llevábamos ropas adecuadas), de espaldas, para que así yo pudiera mirar el cielo a través del ramaje. ¡Una visión mareadora!

—¿Alguna teoría, señor teórica? —Sopló delicadamente sobre mi rostro.

—Un poco de miedo. Ante lo inhumano siempre se siente un poco de miedo, y desconfianza.

Ella rió, cáscabeleando la voz entre los inenarrables rumores pequeños del bosque.

—¡Mira —exclamó, mostrándome una hoja de árbol que luego mordisqueó con finura— mira los colores, el brillo!

La observé, toqué esa superficie tan suave como la piel de Lu. En verdad, esa forma natural poseía toda la gama del espectro, en las variantes más audaces de la abstracción plástica.

—Ahora cierra los ojos, deja que tu cuerpo repose tranquilamente, respira suave, palma tiernamente la tierra . . . , verás cómo de pronto te sientes formando parte de todo lo que te rodea. En mi pueblo la gente vieja decía que ésta es la mejor manera de conocer un bosque.

Hice lo que ella me sugería. De súbito, el aire, en-

rarecido con toda seguridad por la gran concentración de oxígeno, me lanzó de bruces al sueño. Calculo que dormí plácidamente más de una hora, con la sensación de haber regresado al saco materno, a cargarme de energías vitales. Desperté frente a sus risueños ojos color miel.

—¿Durmió bastante, ah?

No respondí. La hoja iridisada, la risa entre el piar de los pajarillos que volaban libres, la violencia del sueño, sus ojos enmarcados por el cielo entre los árboles, la comunicación con la tierra misma, me hicieron enmudecer. Luchaban en mí tantas y tan contradictorias emociones.

En un momento de descuido ella volcó sobre mis labios algunas gotas de algo fresco. En seguida me confesó: era agua, pura agua de cerro, sin filtrar, sin esterilizar, sin flourizar. Bien valía esa agradable experiencia, aunque a mi regreso tuviera que tomarme un desinfectante oral.

Tendida a mi lado capté su verdadero olor, sin perfumes ni desodorantes. Con los ojos entrecerrados advertí el minúsculo vello de su brazo, patinado de polvo. Al fondo, un escarabajo, elemento tan primitivo en nuestra fauna, ascendía por la rugosidad de un tronco de violento tamaño, con sabiduría.

—Lu, Lu —exclamé comenzando a decir muchas cosas—, creo que por primera vez . . . —mi mano acariciaba sus sueltos cabellos— por primera vez, Lu . . . —Pero ella me impidió terminar la frase, porque se paró de un brinco y se alejó esparciendo su risa como lluvia sobre los campos sedientos.

Regresamos en silencio, cuando ya oscurecía, sin vergüenza de que algún curioso pudiese advertir nuestros trajes de viajeros primitivos . . .

“ C U A N D O nuestro país, soberanamente, decidió participar como Miembro Protegido de la Unión, lo hizo a sabiendas de los Deberes, Sacrificios y Derechos estatuidos en el Sello de Compromiso Bilateral . . . , ya que con la entrega del 68,5%

de nuestras materias sin elaborar, la Unión nos aseguró el 11,9% de nuestras ventas en el exterior; protección con armas convencionales ante cualquier peligro interno de carácter racial, social, político o de corporación gremial; nos asimiló a su cultura teológica, eurooccidental y libre dentro del Orden Natural. . . Finalmente, podemos agregar que nuestra adhesión a la Política Internacional y Cooperativa de la Unión, data de fines de la Guerra Agraria, en que algunos no-mutantes se rebelaron en contra del Progreso, guiados por un espía enemigo que actuaba escudado bajo el apodo de San Tiago. Felizmente, gracias a los Cuerpos de Seguridad, proporcionados por la Unión, tales fuerzas fueron confinadas a las montañas donde, nuestros etnólogos lo aseguran, pronto se extinguieron. Fue ésta una manera eficaz de depurar la raza y establecer el Orden y la Seguridad en todo nuestro territorio . . .”.

Cerré de golpe la vieja enciclopedia. Lo leído no se contradecía mayormente con los hechos.

¡Extraños caracteres! Miguel, yaciendo ensimismado sobre una alfombra; Lu pensativa, añorando, con toda seguridad, la vida salvaje entre los bosques. No obstante había en mí algo que ninguna inteligente teoría o erudita enciclopedia podía desmentir o acallar.

Exigí la cena. Lu la sirvió pronto y con suma delicadeza. Miguel salió de su estupor y me alargó cincuenta bonos.

Peligrosa disyuntiva. Si se los recibía, legalizaba con esto la permanencia de ellos en la casa. Si no le aceptaba el dinero, en el fondo les estaba pidiendo que se marchasen. Perdí esta última oportunidad, tomé el dinero. Además actuaba en mi derecho. Ambos denotaban, en los últimos días, un creciente proceso de humanización. ¿Pero, no se sabe acaso que muchos seres biológicamente parecidos suelen tener reacciones anímicas antagónicamente disímiles?

Tintineó el carillón de la entrada. Lu fue a abrir. Era Alouette. Entró como un chiflón de viento glacial a una

habitación calefaccionada. Se abalanzó sobre mí a besarme. Me mordió el labio.

—Estoy con ganas, corazón, por eso vine a verte.

Enrojé (todavía no me explico esta reacción). Miró agresivamente a Lu. Venía muy intoxicada.

—¿Quién eres tú, te acuestas con él?

—No. —Lu bajó la vista.

—¿O con ese otro que parece tan feliz?

—Ese es mi hermano.

—Exceso de droga en casa. ¿Ah?

—Mi hermano no toma drogas. Es... es así...

—Son intermediarios entre mis clientes; reciben una pequeña comisión —mentí de mala gana. ¿Quieres algo, Alouette? ¿Qué te sirvo?

—¡Te quiero a ti! ¡Vamos a tu pieza!

Lu se marchó a su cuarto y Miguel nos dio la espalda ignorándonos.

—Alouette. ¿No te das cuenta que está él?, —exclamé fastidiado al percatarme que empezaba a desvestirse.

—No importa. ¡Invítalo! Entre tres...

—¡Pero Alouette, estás loca...!

—Hoy vine con ganas, corazón. No pienso irme...

—Por lo menos espérate a que se vayan, que estemos en cierta intimidad. —Mi molestia estaba a punto de consumirse en cólera.

Pero en ese momento sucedió algo incomprensible, mezcla de ridiculez y ternura. Por el vano de la puerta de la izquierda —como la pura luz de un cirio, de pronto, en la noche— apareció Lu, en su desnudez, sobreponiéndose a la vejación, como ante el ara de los sacrificios de los ritos protohistóricos. Se acercó a Alouette con delicada agresividad.

—¡Váyase! —dijo muy lentamente—. ¡Por favor váyase! Entienda que debe irse...

Alouette abrochó sus ropas y muy desconcertada salió con celeridad. Bajé la vista; di las espaldas a Lu, mas pude

recordar su última imagen: con una mano ocultaba su sexo, con el brazo doblado trataba de esconder sus pechos; lloraba.

Desde la alfombra. Miguel sonreía maduro y paternal.

Salí a caminar por la terraza del edificio, mendigando un poco de oxígeno al brumo que embadurnaba el aire. ¡Pobrecilla! Pobrecilla ella, y Alouette, y todos nosotros. Volví la vista hacia mi memoria y no encontré otra reacción tan inesperada y afectuosa en persona alguna que me hubiera enternecido tanto. El ejercicio muscular apaciguó un poco mi ánimo. Bajé. Lu estaba en su cuarto encerrada. Por citófono la invité a que saliéramos a divertirnos, así, frívolamente, para restarle importancia a lo ocurrido. Me costó gran trabajo vencerla. Su humillación había llegado a un límite apenas soportable (algún día hay que escribir una monografía sobre la conducta moral de los agrarios). Insistí. Ella seguía llorando sin poder responderme. Usé todo mi poder de convicción, mi ternura. Volví a insistir. Finalmente, aceptó. Aceptaron.

E S C U C H O a un enfermo de locura enumerar las cosas más cómicas que hay en la vida del hombre: la coronación de un rey, el acto sexual, una ceremonia religiosa, la agonía de un multimillonario, los datos estadísticos, una lección de metafísica, la infancia de un tirano, un traje de etiqueta, las entrevistas de prensa, los militares pederastas dedicados a la astrología, el sentido común y el pacifismo de los inválidos. Me tapo los oídos y me doy vuelta hacia la pared. Despierto. Me despido de Bernstein que ha venido algunos instantes y que, al ver que mi trabajo del último tiempo sólo se reduce a dos teorías, se marcha, no sin antes instarme a satisfacer la gran demanda.

En el restaurante pedimos los alimentos de mejor sabor, haciendo caso omiso de sus calorías y además, hasta consumimos verduras en estado natural.

Al rostro de Lu ha regresado la claridad. Miguel-

anciano nos mira satisfecho. No tenemos pasado, solamente una mesa donde comer, por todo presente.

Luego la obra de teatro de vanguardia. Recuerdo una escena clave; era más o menos así:

MICK (*En traje de boxeador*). ¡Ajá! Un pistilo suele convertirse en fantasma si se le decapita bajo la luna.

SU MADRE. ¡Deja de ladrar, borrachín, y pon las barbas en remojo!

MICK. A propósito de flores, ¿crees que los insectos sepan para quién trabajan? Gladiolo, Gladys, gladiador, glicinas.

SU MADRE. ¡Comerratones! Eso es lo que eres: un vulgar comerratones.

MICK. Diríase que pluf. Diríase que plaf. ¡Prefiero la muerte antes que perder la vida!

SU MADRE. Como sigas cagándote en la diferencia, no me quedará otra cosa que darte con el mocho del hacha.

MICK. ¡Oh, princesa Floripondia! ¿Cuántos pares son tres moscas?

SU MADRE (*Que sigue bebiendo aguardiente*). ¡Borrogo a sueldo del Demonio! Eso es, ¡a sueldo del Demonio!

MICK. Truque, traca, trique, Flor de Mozambique.

SU MADRE. Recién ahora me explico la existencia del Infierno. ¡Carroña mía! (Mutis).

LA CRIADA (*Entra trayendo sobre una bandeja una copita con arsénico*). ¡Señor Mick, ya falta un cuarto para las tres! (*El reloj de pared da nueve campanadas*).

MICK. Por fin ya podemos hacer cositas sin que nadie nos detenga. ¡Flor María!

LA CRIADA. Yo no soy un vegetal, adivinen lo que soy. ¡Guauu, guau, guau! (*Huye*).

Mientras yo trataba de interpretar el símbolo de la obra, y leía en el programa la biografía del autor, Lu reía a carcajadas. Miré a Miguel de soslayo; a cada instante se tornaba más sombrío. Salió al fumadero. A Lu traté en vano

de explicarle la pieza; para ella, el "Arte Desintegrado" no tenía sentido. Su gusto se había detenido en formas y contenidos antiguos, ya caducos. Comprendí por fin que para los agrarios, la real adaptación a la ciudad debe ser un proceso paulatino, muy lento, en la cual se requieren, además, muchos trucos pedagógicos para lograrla. Quizás, la máquina mnemohipnológica sería de utilidad en estos casos. Lo probaría al día siguiente con la cinta en que estaba grabado el curso de dramaturgia moderna.

Al final de la función vino el foro. Como en el teatro había mucha gente que me conocía, yo, en mi calidad de teorista, me vi en la obligación de emitir algunas ideas.

—¿Crees realmente en lo que dices?, —me preguntó Lu, en voz muy baja, antes de que terminara mi brillante intervención.

No pude responderle, ya que por primera vez entendí que esa pregunta no tenía contestación en mí. Titubeé; quedé en medio de una frase, lo que siempre se interpreta como un signo de pensamiento profundo. La cogí de la mano y salimos con parsimonia. Afuera, entre los ocupantes del salón que aspiraban humo de *cannibus indica*, estaba Miguel, taciturno, leyendo la "Gaceta de Trabajo, Compra y Venta". Nos siguió. Daba la impresión de soportar sobre sus espaldas un enorme fardo ancestral.

—Me fui a la sala de fumar porque en verdad, no entendía nada. Con toda seguridad no soy lo suficientemente inteligente. Es decir, entendí algo, pero aquello que entendí, era absolutamente aburrido.

Tal vez era todo lo contrario porque las palabras del muchacho, así como las de Lu no estaban exentas de agudeza. De seguir estos razonamientos, algún día ellos llegarían a convencerme de mi propia imbecilidad. Y eso no era justo. Los invité a beber licores analcohólicos y efervescentes...

La pregunta de Lu me dejó sin poder entrar al sueño...

Los antiguos decían que el hombre debe comenzar por conocerse así mismo, y lo grabaron en las puertas de sus templos y santuarios. Sin embargo, yo me conocía a mí mismo. En las escuelas y cursos personales aprendí el funcionamiento de mi cuerpo, mi situación sociológica, mi adaptación a la comunidad, mi ubicación estadística dentro del marco ciudadano. El resultado sobre un test sexológico me aclaró otras cosas. Mi resistencia a los tóxicos, grupo sanguíneo y composición racial quedaron establecidos por exámenes serios y objetivos. Supe de mi grado de inmunidad y predisposición patológicas y del lugar socioeconómico que me correspondía. Los test me dieron a conocer, además, el estado de mi captación estética y mi sentido religioso. No obstante la frase de Lu seguía sonando insistentemente en mi conciencia, absurdamente, con el peso del derrumbe del muro construido por un hombre durante toda su vida, pero al cual se le olvidó ponerle cimientos. Lu me había preguntado si yo creía realmente, re-almente, r e a l m e n t e . Encendí otro cigarrillo de hierbas para adelgazar. Sentí intranquilidad; otra vez había dejado de comprar mi diario billete de lotería . . .

L L E G A un telegrama anunciándonos nuestra propia muerte. Antes de abrir una carta sospechamos que nos da cuenta el fallecimiento de nuestros padres, acaecido hace tiempo. El abuelo va de la mano de sus dos chicos por el parque, de pronto siente miedo de mirar hacia abajo: los niños pueden haberse transformado en perros. A ti no te puedo amar para siempre, ya que después del día cero no volveré a verte ni a sentirte por toda la eternidad. Alguien se apronta a acusarme de haber matado a Dios, de haberle robado el corazón a la Madre, de pisotear el pan y de envenenar el agua potable de la capital del mundo. Siempre culpables, culpables de estar en la verdad, de estar en el error, de amar hasta la saciedad, de odiar al prójimo; de ser los más malos de los buenos o los más buenos de los malos. La leyenda del Lago y la Ciudad des-

truida... Todo esto, esto y mucho más pertenece al sueño de un hombre asustado. Seco el sudor de mi frente caldeada y voy a contestar al citófono de la Portería que está sonando desde hace mucho rato.

Era Alouette. Como ya había respondido no pude negarme. Abrí sigilosamente la puerta. Los muchachos dormían en el otro cuarto. Entró como sonámbula y se tendió a los pies del lecho.

—Vengo a disculparme. Me he enamorado...

—¿Enamorado? ¿Y de quién?; vamos, cuéntame...

—De ti. De tu cara de idiota, de tu inteligencia roma, de tu voz de predicador pervertido, de tu barriga antiestética llena de pelos colorados..., en resumen, siento piedad por ti... Quiero hacer el amor. El amor se hace, cada uno pone lo que puede...

La miré consternado. Era evidente que había ingerido dosis fortísimas de droga.

—¿O prefieres hacerlo con la perra?

—¿La perra?

—Sí, la perra que escondes en tu propia casa... Parece que te gusta masturbarte con seres inferiores... ¡Si las autoridades supieran!

—¡Alouette!

—¿Haces el amor conmigo, o no?

—¡Alouette, criatura! ¿Quieres un desintoxicante?

—Sí, que los echés inmediatamente, antes de que vengan los del Comité. Yo les...

—¡Alouette, qué has hecho!, —grité, súbitamente violento.

Ante mi exclamación trató de ocultar su mano izquierda detrás de la espalda. Me abalancé sobre ella. Se tendió en el lecho y abrió las piernas. Atenacé su mano y, después de forcejear, le extraje la copia de la Boleta de Denuncia. Había que actuar con mucha cautela y rapidez.

—Bien, Alouette. Me acostaré contigo. Tienes razón, mañana los echaré. No mañana, sino que en pocos momentos más. Venciste. Tú sabes que te deseo, que siempre te deseo. Pero antes bebamos algo, ¿quieres?

Fuí al botiquín de emergencia y mezclé un poco de bebida alcohólica con una doble porción de soporíferos. Bebió.

A los pocos minutos, luego de hacer vestir a mis huéspedes y de recoger todo el dinero que había en casa, salimos con mucho sigilo. Al llegar a la esquina vimos un vehículo que me pareció de las Patrullas de Los Voluntarios. Casi creí observar que se detenía ante mi puerta.

—¿Qué hacemos? ¿Dónde vamos?, —pensé en alta voz, inmovilizado por un temor angustioso.

Apresuramos el paso. Venía gente, con toda seguridad miembros del Comité. Algunos se detuvieron en la esquina, tal vez para cerrar los cruces. Esquivamos a tres hombres y una mujer que dieron la impresión de observarnos con sorna. Dejamos por fin el sector y huímos a toda velocidad durante un corto trecho. En una calle solitaria había detenido un vehículo colectivo. Fingiéndonos ebrios lo cogimos; en su último paradero nos bajamos. ¿Qué hacer?

—¡Vente con nosotros! Te guiaremos. Te llevaremos —ordenó Lu imperativa. Acepté. Me entregué. Aferré mis brazos a las dos tablas de salvación.

Caminando, siempre en dirección a la cordillera, encontramos un automóvil destartado. Nos encaramamos a él y partimos a la mayor velocidad que fue posible. Muy pronto lo abandonamos en un cementerio de vehículos ubicado en los extramuros. Empezamos a marchar, frenéticos. Aún no comenzaba a amanecer...

DESPUES que la atmósfera densa, oleaginosa, desgrana el frío arroz de la lluvia, el aire despliega su transparencia de recién nacido. Ahora el ojo absorbe el horizonte, se encarama

a la torre del dolido rascacielo, cae al valle a retozar entre los charcos vivientes, inicia la ascensión de la montaña. Ojo y ojo; los polos antagónicos del imán; un recuerdo del futuro. Hacia el íncubo de las doncellas palpitantes, hacia el nocturno súcubo de las jóvenes héroes. La subida es fatigosa en extremo. Todo un día sin comer, ni descansar, ni dormir, ni velar. El ojo muy abierto. Los pasos del puma en la acechanza. Al anoecer nos vemos obligados a tomar "un manojito de reposo", como dice Lu, que da señales de extenuación, mientras mi corazón huye hacia la boca y se enreda en los dientes. Miguel, escalador fanático, va imperturbable delante de nosotros, con la obstinación de un capitán herido. El agua de los riachuelos muerde las encías. Así se aprende a tener sed y a calmarla.

Acurrucados bajo un árbol, entramos hermanados en el sueño; la cabeza de Lu injertada en mi hombro. Sosegado dormir, sin sobresaltos. Un salvaje piar de pajarillos arrebató el silencio y nos agujonea junto a las estalactitas de aire helado. Ablución matinal; completamos el rito bebiendo la sangre de las nieves eternas, antes de seguir caminando. Un enorme pájaro parlotea en el cenit. El helicóptero verdeoscuro de los Voluntarios no puede engañarnos, para ellos no existen faenas de rutina. Entramos, clandestinos, en el monte, mientras él se perdía de vista. Reí al contemplar nuestros vestidos estrambóticos, ajados, polvorientos, de romeros, mendicantes que hacen el último viaje. La cara de Miguel era como la de los convalecientes del brumo después de una semana de desintoxicación. *Ni los santos ni los criminales escapan a la necesidad de comer.* El hambre descomunal nos volvía desconfiados. Otra tarde; al esquivo costado de un arroyo hicimos un alto.

Miguel se apartó discretamente de nuestro lado; Miguel ave-de-presa inició su faena: trepó a una roca con un gran peñasco en la mano, permaneció como estatua, largo rato. Yo miraba sin creer, sin entender. De súbito Miguel-part-

de-la-roca lanzó la piedra con todas sus fuerzas. Abajo vi una liebre gorda con el cráneo destrozado.

—¡Prendan fuego!, —ordenó Miguel-capitán.

Lu me quitó el encendedor de la mano y juntando ramitas construyó una pequeña fogata. Miguel-cocinero descuero el animal y lo puso a asar. En un principio la visión de aquello casi me produjo vómitos, pero luego, el olor de la carne asada golpeó mi feroz apetito y comí. *Una liebre saboreada poco después de su asesinato, tiene un gusto ritual y formidable.* Nos hartamos con agua y seguimos la ascensión, con energías para caminar dos días más. Luego bayas silvestres, ácidos frutos que sabían a citrus.

Llegamos; las luces del pueblo estaban a nuestros pies. *Ahora ya lo sé, sueño o vigilia, no importa, que el poblado de Lu existe realmente, que siempre existirá, que siempre ha existido.*

Hombres y mujeres de rostros tostados y serenos, de cabellos extrañamente brillantes, nos miraron como a tres apariciones. Creo que Lu explicó brevemente la aventura. De una choza enjalbegada salió pan y leche, que tragamos ansiosos. En seguida, por el senderillo de montaña, hacia la casa de madera que coronaba una suave colina. Era una antigua construcción perdida en los recuerdos, con grandes ventanales como órbitas abiertas hacia el cielo, y un jardín de contorno con flores a la intemperie, cual los parques de los cuentos infantiles.

La madre nos besó a los tres, en el silencio de su juventud. El hombre cano y robusto nos llenó de abrazos y sin decir palabra nos condujo hasta la pieza-comedor, donde nos hartamos de gustos desconocidos y violentos.

El hombre cano y robusto era el abuelo y presidió la cena, sin abrir la boca. Me parece que Miguel le explicó todo lo que pasó desde el momento en que se fueron, al regreso, dando algunos datos muy extraños e incomprensibles acerca de mí.

—¡Que ésta sea su casa! —dijo el viejo, esta fue la primera frase de sus labios.

Bajé avergonzado los párpados y sonreí, no sé si agradecido. Me dieron un cuarto muy aireado. Aquella vez dormí como un recién nacido, como el que empieza a recuperarse de una enfermedad del alma.

Al piar de la ventana responde un cacareo intercalado de lejanos ladridos. Mi cronómetro marcaba el mediodía. El aire oxigenado es demasiada droga para un hombre de abajo. Sentí lavada la médula espinal. En ese instante, una teoría sobre los pro y los contra de la vida natural y primitiva, tenía tanto objeto como explicarle a una manzana que cae, la teoría gravitacional. Desterré los pensamientos y me levanté sin prisa; me bañé como los caballos, en agua fría. Otra vez a la pieza-comedor donde la Madre y el Abuelo presidían la mesa que nadie más compartía.

Tuve que hablar. Ni recuerdo lo que dije. Expliqué cosas, narré historias, critiqué algunas leyes de la ciudad y defendí otras. Escucharon sin interrumpir. Parece que entendieron que gran parte de mi discurso estaba dirigido a mí mismo.

Después del almuerzo reposé bajo unos árboles (tilos, supongo), que derramaban dulce y generosamente su aroma. La paz montañesa me saturaba de melancólica serenidad. Comprendí que podía quedarme así eternamente, sintiéndome "parte de todo eso" (recordé el pensamiento de Lu en nuestro viaje al bosque), pero en ese momento llegó la Madre y me pidió acompañarla a recoger fruta. Se tomó de mi brazo mientras nos internábamos por el fondo de la huerta.

—... Sí, esos son repollos, estos de acá tomates; también cultivamos lechugas; toda clase de legumbres; aquello del fondo es maíz. Sembramos, cosechamos, los hijos nacen. Los viejos tienen su tiempo de morir. Si de las semillas nacen frutos y el hombre puede servirse de ellos, la vida no es tan mala. El abuelo dice que por las noches siente crecer la hierba y mo-

verse todo el firmamento. Yo nunca lo he sentido, pero creo que algún día podré. Creo que usted también podría, si se habituara al silencio y dejara a un lado ese tremendo deseo de saber cosas. "Hay que familiarizarse con la tierra y con el cielo, porque otra cosa no somos", dice un libro que tiene el abuelo, usted debiera leerlo. . .

Pensé en nuestra cultura avanzada, técnica y brillante civilización. Debía haber un error en los planteamientos de esa mujer . . . Hace muchísimo, los fisiócratas trataron de arreglar los problemas de la economía regresando a la tierra. Pero el hombre ha creado una civilización portentosa en la misma medida en que se ha emancipado de la etapa agrícola. Los fisiócratas, por otra parte, jamás pensaron en la energía atómica o en la potencia de los rayos cósmicos o el laser. Como frase, "familiarizarse con la tierra y con el cielo" es acertada, pero sólo como frase destinada a una poesía ya pasada de moda. Las condiciones del hombre moderno, del hombre de la ciudad, son muy distintas . . .

Calló un instante mientras cargaba su canasto de manzanas.

—Se dice, además —prosiguió—, que ese "familiarizarse", de que le hablaba, es llegar a . . . , a nosotros mismos. —Cortó la hoja de un limonero y la dejó caer. —¿Ha pensado usted —continuó—, por qué hay una hoja así, por qué razón hablamos de ella, cómo es que es hermosa?

Torpes preguntas, axiología ingenua, gnoseología superada, San Isaac Newton, sobado con inocencia. No obstante, muy detrás de todo lo que ella expresaba, usando con certeza la llama de su inteligencia, había algo que pegaba en el desván de la conciencia como un hondazo a mansalva que se espera con resignación. ¡Quién pudiera cerrar las orejas, no a lo que decía, sino que a lo que callaba! En ella había algo de la voz de Lu, de la evidente carne del conejo masacrado por Miguel, del silencio escuchado en la montaña. En este postrero rincón del mundo, entre rústicos cegados por la

altura, estaba aprendiendo, sin necesidad de ponerme fonos durante el sueño, sin recurrir a abstrusas conferencias y aparatos técnicamente perfectos, las mismas absurdas, y acaso sabias preguntas, que los hombres se han hecho después de Lucifer. Miré mi nueva indumentaria (mi cómoda ropa se estaba lavando): camión y pantalones de lino, unas sandalias de cuero mal curtido y esa piel que se tostaba poco a poco.

La dejé hablar para observarla. Réplicas de mi parte no tenían objeto. Lo único que en ese momento me impedía la total contemplación de su inmediatez, era el pensar que, a muchas como ella la lobotomía convertía en maquinales.

—Nunca dejaré de agradecerle que me los haya traído, que me los haya devuelto —siguió, tomándome una mano con devoción.

Conocí el gallinero, el palomar, el establo y la crianza de conejos. Regresamos al atardecer, con el sol en la sangre, sudorosos, cansados, polvorientos, llevando ramilletes de tilo en flor y canastos de fruta. En la puerta de la casa esperaba Lu, radiante, con la misma insondable serenidad de la tarde. Quise recordar una frase adecuada, algo leído en alguna parte; no me acordé de nada. Nos sentamos en el corredor para guarecernos de un inquieto vientecillo helado.

Hacia abajo, al occidente, estaba la Ciudad, mi ciudad. Por ese lado el sol se había escondido hacía ya mucho rato. . .

N O T O D O lo que duele existe, mas no por eso deja de doler. El niño que teme a los fantasmas o la anciana que tiene una pesadilla, no sufren menos que el emperador frente al incendio de uno de sus palacios. Vuelvo a cerrar los ojos y hago consideraciones. En el territorio de los agrarios se vive como en el tiempo anterior a aquel en que nuestra economía pasó a depender de la Unión. Su sistema se basa en las necesidades de sus habitantes, que producen según sus capacidades,

manera poco rentable de guiar las finanzas. Investigando, pude percatarme, además, que muchas formas nuestras han sido asimiladas por ellos en el último tiempo. Y lo peor, han sufrido nuestra influencia mental, tal como un perro aprende a fumar en cachimba o un chivo a usar desodorantes. Supe que no son pocos los que intentaron, en el pasado reciente, bajar hasta la Ciudad para asimilarse; otros, me dicen, andan con la curiosidad de las drogas y hay quienes que, por infantil imitación, copian el arrastrado hablar ciudadano. Han querido civilizarse, mas la serenidad extática de sus caras lindante con la idiotéz, parece serles connatural. Niños y ancianos viven cual si fuesen felices, en la inocente tranquilidad de los corderos, con la paciencia de la vaca y la necia seriedad de la lechúza, esperando la "caza", la "operación", la inadvertida muerte de la esclavitud maquinal.

Media hora de natación en el baño colectivo, con Lu; fuerte desayuno y paseo breve en que expliqué política internacional, desarrollo de la industria química, textil, de maquinarias, silicones y su importancia para la Ciudad. Ella no hizo ningún esfuerzo por entender.

Ascendíamos una elevada colina escudada en farallones.

—...nunca te había hablado de él, pero mi padre murió hace muchos años, en la Ciudad, sospecho. He oído decir que se pervirtió, alcoholizado, que lo mataron, que aún vive prisionero... para mí, simplemente desapareció, y para siempre. Aquél que vive en casa es el abuelo. También tuvo experiencias "allá abajo"... ¿Sabes dónde vamos ahora? A la casa del padre del abuelo. Me pidió que te llevara, quiere conocerte. Es mucho más viejo de lo que aparenta...

—¿Tu... bisabuelo? Yo jamás tuve padres, menos abuelos... —confesé, más que nada por seguir una conversación sin objeto. El camino era muy empinado y me resultaba fatigoso caminar.

—Te gustará. Quizás hayas oído hablar de él. Pocos saben. . .

De todos modos era interesante. Por una entrevista así “La Verdad Informativa” pagaría muchos bonos. A ambos lados del camino crecían flores montañosas muy cerca del suelo, abriéndose paso en la inhospitalidad de las rocas. Más arriba campeaba un bosque muy tupido de las más variadas especies de madera. Ciclópeos peñascos vetados acechaban sobre nuestras cabezas sus fríos colores poderosos. Además, estaba el aire. En la Ciudad los sistemas antibrumo son magníficos, hemos hecho descender la filtración de la radiación solar de un sesenta y ocho por ciento a un cuarenta y nueve. Pero ese aire serrano era de una pureza tal que “llenaba” el cuerpo, vivificándolo, comunicándole un vigor extraordinario, renovando cada parte del organismo con su poder de limpieza. Lu era una planta brotada en aquel aire, yo, en cambio, era un hijo del *smog*, del brumo controlado, higienizado, mas no por eso menos letal. Un sonido angustioso inició su vibración dentro de mí, tuve una comprensión repentina de mi propia persona. En ese momento yo estaba entre gentes que aprendí a despreciar toda mi vida. *Un coto de caza natural de maquinales*. Pensé en Bernstein y mi atraso en las entregas de teorías, en la poesía —aullido de Gerardo, en los boletos de lotería que había dejado de comprar, en los coleccionistas de bolitas de colores, en las máquinas de juego brillantes y paradisiacas, en la música de Guzmán en colaboración con su robot, en los ojos dopados de Alouette, en los planes para el futuro de “Los Hermanos”, en el Círculo de Intelectuales adornado con pinturas dinámicas de García, en los drogario-cajita-de-música, en fin, en tanta gente inteligente botadas sobre el mundo sin saber cómo vivir, sin saber de qué morir. . . y mi angustia aumentó frente al panorama de esos seres primitivos, que hablaban en silencio cultivando hortalizas, y con los cuales ningún hombre de la Ciudad llegaría a enten-

derse, en fin, que muy bien podrían haber desaparecido a no ser por las necesidades de la industria.

A pesar de todo, mi actual situación, mi vida cerca de los hielos eternos no era tan desesperada. Sabía sí que, al hacerlo, estaba traicionando a los míos. Una frase explosiva estalló en mi conciencia, dolorosa, cruel... *la hipócrita actitud de unos puercos agrarios no debe confundir el corazón de un hombre...*

S E V A a la leyenda con los ojos dormidos, como quien entra a un nido a beber leche, vino, sal y aceite litúrgicos. Hablar con los abuelos hace tiempo hechos polvo; palmotearle los lomos a la mula y al buey; escuchar las voces bajo el agua; despertar a los ecos más aletargados; concentrar un milenio en un golpe de manos. Aunque sé que no existes aquí te estoy mirando, desde mi lecho mortal donde ahora he nacido. Con el ojo avisor del ciego congénito caigo al vino en los vasos, a la jarra de barro cocido que está sobre la mesa. Creo que me invita a beber. Santiago, San Tiago, don Juan Belzebú del Instituto Educacional, dicho con la entonación más siniestra del Instructor Pedagógico, en esa tierna, tiernísima infancia, aséptica y melancólica. Sentóse a mi lado para charlar: barba rala, exoftálmico, obeso y semicalvo; la serenidad del fanático inteligente y bondadoso en la cara. No me explico por qué asocio con él un sueño extraño que tuve hace unos días: al levantarse las baldosas irregulares de la cripta apareció el anciano más viejo de esta era; pero sus manos eran jóvenes, virtuosamente jóvenes; quise besarlas en señal de respeto, llamándole Maestro. "Yo no pasaré de esta generación", dijo el silencio de su voz. Santiago no daba la impresión de acercarse a la centuria. Luego de tomar chasqueó la lengua, intensificando el brillo de sus ojos.

Nuevos agradecimientos "por haberlos traído", y el usual ofrecimiento de casa, hospitalidad, vino y palabras. Más tarde las preguntas.

—Me han dicho que usted es teorista. Perdone mi ignorancia, pero, ¿en qué consiste su trabajo? —Supongo que pudo haberme inquirido esto.

—Hago teorías... teorizo, por encargo. Algo, algo así como... como pensar para los demás...

—¿Y sobre qué... teoriza?

—Sobre... todo, sobre cualquier cosa. —Esa posible conversación estaba dejando de tener sentido.

Con toda seguridad debe haberme interrogado también acerca de si yo era casado, o feliz, o cualquier otro asunto por el estilo; si pensaba quedarme entre ellos. La necia pregunta que desde antaño se le ha hecho a los extranjeros. ¿Y qué le parece nuestro país, nuestra ciudad, nuestra calle, nuestra casa, el dibujo de mi nieto? ¿Verdad que son lindas las flores y las piedras de este lugar? Entonces al viajero no le queda más que responder que, por primera vez en su vida ha visto árboles con ramas, perros con cola y flores de color. Insistió si quería quedarme a convivir con ellos.

Recordé a mis gentes; mi mundo sólido, compacto, establecido en sus más mínimos detalles; la perfecta organización lograda al fin de tantos ensayos y errores, después de tanto, tanto tiempo. Era como cambiar el néctar por el agua pura, la precisa computadora electrónica por la hermosa hacha de sílice, el progreso por la serenidad. Vacilé. Necesitaba de ayuda para responder. Miré los ojos de Lu; Amalgamamos tranquilamente las miradas. Pero no pude contestar. Creo que para salvar el escollo yo hice a mi vez unas preguntas, también sin sentido:

—¿Buscan ustedes la felicidad?

Y su respuesta: —“Donde existe el amor todo es posible”. Supongo que también habrá dicho una parábola sobre la vida en la naturaleza, “la esencia de las cosas” o “la angustia contemporánea”, de la que ya hablaron los sacerdotes de la cuarta dinastía faraónica.

Siguieron las réplicas y contrarréplicas. ¿Por qué

odian a la Ciudad? ¿Por qué persiguen a los agrarios? ¿Por qué tal cosa? ¿Por qué tal otra? Hubo muchas cuestiones sin contestación. Quizás la entrevista nunca se produjo. Tal vez el anciano no era el legendario Santiago, sino que un vetusto leñador intoxicado por la religión. Posiblemente ande un sueño metido en todo esto. Podría ser también que fuera un cuento de Lu, mientras caía yo a sus ojos para perderme en ellos. . .

S O L O L O S enfermos aman al esclavo que circula al aire libre o al folklore que poetiza la miseria. El genio canceroso se cambiaría sin titubear por el imbécil tostado por el sol que trabaja junto al mar. Esto significa que la vida siempre triunfa. Por eso yo confieso que me sentí satisfecho con el trabajo en el pequeño acueducto. Mi labor a la intemperie habíame tostado el pellejo lechoso y mis pelos rojos se habían oscurecido; ejercicio físico, fuerza y vitalidad a flor de nervios. En las horas de descanso, después de comer en grandes cantidades, bebíamos vino rojo de uvas hasta quedar ahitos de canto animal. El sábado, bajaba Santiago —leñador—, a dirigir el baile de la gente joven con su macizo bastón de boj. Toda la comunidad en dulce borrachera a orillas de la carne que se asaba chisporroteando entre las notas de la música monorrítmica. Los hombres maduros contando mentiras a carcajadas, citando libros nunca escritos, hombres no nacidos, aventuras no acaecidas. La santa imbecilidad de los tiempos pasados, la poco admirable sanía de aquellos que viven a un ritmo más lento y que se vanaglorian por ello con la soberbia de un vegetal que desprecia a la oruga porque ésta es capaz de sentir frío. ¡Era como para construir una teoría de esas que Bernstein se haría pagar en bonos dobles!

El otoño inminente. Miguel también en el acueducto. Lu, más aguzado el rostro y amplio el cuerpo, iba a esperarme. Conté ya veinte días, de tiempo elástico, entre ellos. Parece que el acueducto serviría para dar vida a un pequeño

valle (embalse de un arroyo y almacén de agualluvias) que el Consejo destinaría a pomares y plantíos de lino.

Lu, en el taller de cerámicas, rememorando la plástica de García, trazos monstruosamente regulares como el plan de la Ciudad, colores cálidos. Cuando observé el jarro, comprendí que sus ágiles manos habían construido el tiesto donde el agua se transforma en vino de abejas y miel de arroz. Nuestra amistad era extraña. Muchas veces soñé estrechándola en mis brazos, como a la hija pródiga, como a esa imagen perdida en un instante de la indecisión filogenética. Ese recuerdo, al despertar, se transmutaba en desagrado. ¡No era de mi Ciudad! La diferencia iba más allá de aquella natural de las clases sociales contempladas en el Reglamento. Decidí regresar antes de la semana, con muchos borradores de nuevas teorías, llevando un acabado estudio antropológico acerca de los agrarios, *etno espúreo que habla en silencio y conspira desde el recuerdo*; la Comisión Investigadora del Comité entendería mi maniobra y sabría perdonar mi falta, a cambio de una información fidedigna sobre esas gentes tan necesarias a nuestra producción, como la rueda, la palanca o la célula fotoeléctrica.

Luchaba por no encariñarme con ellos, sorprenderlos en actos reprobables, conocerles sus debilidades, saberles sus flaquezas. El viejo, que he llamado Santiago, era un gran bebedor de vino y con toda seguridad se embriagaba; los sistemas de trabajo en el acueducto estaban confeccionados con las técnicas más primitivas; la absurda costumbre de dormir la siesta les quitaba un precioso tiempo de producción y esfuerzo; la alimentación era dietéticamente antihigiénica; sus placeres, menguados. Sólo frustración y agresividad podía esperarse de ellos. Todo esto, y en detalles, fue archivado secretamente en mi libreta de notas.

Pero, además, había algo oculto en el último repliegue de mis deseos: yo quería salvar a Lu de ese mundo, por piedad, por ternura, por simpatía (hay quienes dieron

todo por su perro) . Llevarla de regreso a la Ciudad y plantear el caso a las respectivas autoridades, para que le concediesen una Ley de Admisión. Era la solución más acertada. Un problema grande, estúpido, serio, sin sentido, peligroso. "Abajo" me esperaba Alouette, mi trabajo teológico, el denso brumo, los excitantes y atarácicos, la civilización y la inteligencia. En tierra agraria, solamente una cama donde reposar del trabajo fatigoso, unos palmos de tierra donde echar a podrir los huesos, un dormir satisfecho hasta el día siguiente en que Lu viniera a despertarme y a decirme que nuestro deber sería llenarnos de hijos. . .

¿ Q U I E N no ha retornado de un sueño y ha vuelto a él para seguir "sabiendo"? ¿Quién no ha deseado la fiebre, para paladear el delirio y tener la inenarrable sensación de los átomos hinchados y el corazón percutiendo el sordo ritmo visceral? Muchas veces los niños repudian las historias que ellos mismos se inventan y retan a su imagen reflejada en el espejo. Me revuelco en la cama con sus sábanas negras, caigo hacia arriba, me desvisto a pleno sol, rompo la inercia. La faena de mezclar cal con clara de huevo era fatigosa, pero esa argamasa daba potente solidez al acueducto que debía quedar concluido antes de las lluvias.

Miguel, reservado y proponiendo enigmas en cada uno de sus actos, habíase vuelto inquieto. "Gracias a ti, en parte, he aclarado mis ideas"... "El tiempo pasado allá en la Ciudad..." "...de mi bisabuelo... él dice que los hombres deben fijarse metas en la vida y cumplirlas..."

En un principio no entendí dónde deseaba llevarme. Pensé que como hermano de Lu, quería señalarme los inconvenientes de lo que podría suponerse una relación amorosa. Tonta idea la de creerme enamorado de la muchacha. Deseaba demostrarle lo contrario, cuando se despidió para reunirse a un grupo de gente joven que lo esperaba a la entrada del galpón del heno; fue recibido con muestras de alborozo.

Di un rodeo y ya metido en el charco, empezó a funcionar la pupila espía. La retina traidora captaba ademanes, discursos de medrosos líderes inocentes, consignas, planes. En un principio sospeché ritos esotéricos, diabólicas orgías y antiguas iniciaciones sobre las que se han escrito más de un folletín de televisión. Sala enorme, fardos de alfalfa olorosa, fruta guardada, poetización bucólica, herramientas. Se aludió a veteranos ideólogos del pacifismo, lujo deslumbrador, laboratorio de maquinales y acción por las armas. Escuché hablar de mí como de un íncubo proclive a la andropausia. Miguel-líder sacó un vozarrón que no le conocía.

Me alejé silencioso con el lodo hasta los tobillos y mucho olor a estiércol pestañeando en la pituitaria. Quizás los pobrecitos pensaban atreverse con ella, con la Ciudad, leyes, costumbres, controles, poder. Quienquiera que "bajase" no tenía otro porvenir que el de ser "tratado" en los laboratorios *ad hoc*, intoxicarse con Naranjina, morir violentamente o a pausa, por medio de brumo, excitantes o duro alcohol de bellotas; coleccionistas inveterados, viciosos de las máquinas de juego o de los psicodeportes; los más felices quedarían, por vida atados a La Máquina, atrapados en el gana-y-gasta-bonos, haciendo el amor, según prácticas incaicas, babilónicas o japonesas; más pasto para la voracidad de la ciudadela de "Los Hermanos", hasta que un día, la leyenda, la Ciudad hundida, todo acabado. . .

Compasión, suma tristeza, oculto deseo de ayudarlos y piedad, se fueron apoderando de mí, mientras bajaba, con mis pupilas espías mirando hacia la tierra. . .

U N C A P A T A Z contrata jornaleros para las faenas del oro, al otro lado del mundo. Todos parten con la fiebre en la conciencia, ricos ya, héroes *a priori*, vencedores del destino. Pugnan por verse en la lista. Gastan a cuenta de la fábula. A destajo eligen amadas que los esperarán tejiendo

calcetas en la eternidad de la paciencia y a la luz de lámparas apagadas desde el crepúsculo.

Con Miguel-líder-capitán desaparecido, la familia de Lu tenía toda la razón de mirarme como a un rehén. El acueducto plañía la ausencia de buenos trabajadores. Lu, siempre afectuosa, permanecía largas horas silenciosa a mi lado sin decir palabra. El pueblo entero daba la sensación de vivir pendiente en otro sitio.

Esa tarde Lu me mostró el recorte clandestino de "La Verdad Informativa". Cito el referido artículo, que aún conservo:

"...ya que hasta la mañana de hoy la Comisión Investigadora del Comité ha detectado varios focos ilegales tendientes a transgredir las leyes de segregación, pilares fundamentales de nuestra unidad espiritual. Las teorías foráneas, traídas por elementos extraños a la comunidad, han caído en el terreno fértil de algunas minorías desajustadas del mecanismo económico-social, abonadas por nuestra libertad excesiva. Se sabe de invasiones pacíficas desde varios puntos ubicados al oriente, dirigidas por un ex Repuesto-Cerebral-Control apodado Miquel o Michel. Nuestro Gobierno, felizmente tiene el control absoluto de tales actividades y hemos telegrafiado a la Unión dándole garantías de que los desquiciadores no fructificarán en nuestro territorio. A raíz de estos últimos acontecimientos, se ha notado una baja en los valores de ciertas compañías de bien público, cuyas acciones han descendido en un término medio de siete puntos, y al mismo tiempo un alto consumo de atarácicos entre los impúberes agitados por las informaciones sobre el hecho. Esperamos que la cordura de nuestros conciudadanos y la eficaz acción del Comité a que pertenecemos, nos vuelva a la normalidad, lo que no obsta para que las investigaciones pertinentes y las medidas de seguridad se extremen. La lista de implicados obra en nuestro poder y se espera, para hoy o mañana, la caída de los cabecillas y con ello el reintegro a las normas jurídicas que. . .

Miré a Lu con frialdad. Esas noticias me transformaban prácticamente en un cómplice de traición y desacato, haciéndome acreedor a las penas impuestas por la Ley. ¡Yo siempre había sido un Ciudadano! *Imbécil, el que cae en la trampa de unos malditos agrarios.* Todo había sido bien planeado. Se propusieron comprometerme y lo lograron. (¿La mano oculta de Alouette? ¿Algún colega teorista de patológica rivalidad? Un mundo canallesco y envilecido, en contra de mí que siempre he estado inerte, añorando los claros amaneceres del iluminado). Era preciso regresar inmediatamente para ponerme como Voluntario a las órdenes del Comité. ¡Volver a los míos para integrar la defensa común!

De una mirada Lu comprendió muchas cosas. Bajó la vista y sufriendo, cerró los ojos. La madre puso dos vasos de jugo en la bandeja. Su delantal blanco y su cofia acentuaron mi enfermedad. Recelando del contenido esperé que Lu bebiese primero. Estábamos tendidos en el corredor. En un rincón el abuelo fumaba con actitud de esfinge. Bajó la temperatura al salir la luna. Mucho frío en la espalda y en las vísceras. Eché de menos mi abrigo con calefacción eléctrica y las tabletas reguladoras del sistema térmico, el cuerpo de Alouette, mi cuarto entibiado. Deseé ardientemente un algo indefinible, que me espantase el miedo; estar en el Círculo de Intelectuales, por ejemplo; por primera vez me sentí muy... solo. Era menester que me aferrase a cualquier cosa para no caer en el frío intenso del pozo. Desesperado cogí una mano de Lu; me comunicó calor. Me acomodé más en el asiento, mi almohada eran sus muslos, cerré los ojos lentamente y me fui quedando dormido.

Creo que en esa ocasión tuve el extraño sueño.

“Dado un punto fuera de la tierra, en el espacio, no puede trazarse ninguna geodésica, solamente ese tipo de paralelas que no se juntan ni siquiera en el infinito”. No creo que el sueño fuera así, pero lo dicho expresa perfectamente su contenido.

Desperté sobresaltado. Mi cabeza apoyada en el plumón de su regazo; en lo alto, junto a las estrellas, sus ojos color miel. Una blanca sonrisa cayó con tibieza a mi cara. Busqué sus manos y me aherrojé a ellas. Comencé a descender hacia arriba, donde su dulce mirada llamaba a guarecerme. El olor de su cuerpo fue llenando el mío. Sus pupilas giraban y giraban, perdiéndome. Su respiración penetraba en mis vísceras. Cerrando los ojos volví a la realidad. Miré hacia el sitio donde fumaba el abuelo; ya no estaba. Daba la impresión de ser muy tarde. Nos pusimos de pie. Ni un ruido en la casa. Todo oscuro. Entramos silenciosos, sin soltarnos las manos. Me detuve en la puerta de mi cuarto. Permanecimos extáticos, oyendo sólo el golpetear del corazón con sus latidos pudorosamente acelerados. Respiré profundamente y encendí la luz. Ella retrocedió hacia la entrada de su pieza y se quedó inmóvil. Busqué su mirada en la oscuridad, mas no la hallé. Todavía podía escuchar, a la distancia, el ritmo inquieto de su sangre de floridas hormonas. ¡Vergonzoso el que yo...! Apagué la luz. A tientas y con los ojos cerrados encontré el lecho, sin desvertirme me lancé a él como a una bolsa marsupial, donde la rata asustada acude en demanda de consuelo. Me dormí de inmediato.

Reanudé el sueño anterior. Las paralelas transformadas en circunferencias paralelas. El ruido de la rotación perfora con su agudeza los tímpanos. De repente se despedazan en miles de trazos que poco a poco cobran apariencia de números. Parece que cualquiera operación matemática que se produjera daba siempre por resultado un cero. Los ceros crecen, transformándose en circunferencias-esferas que llenan el vacío inflándose como globos monstruosos. . . Creo que en el sueño figuraban además personas, objetos, pero su angustia sólo puede expresarse con la inocente regularidad de la geometría. Consciente de que soñaba, hice esfuerzos para llegar al despertar. Abrí los ojos a la claridad del amanecer. Frente a mi cama, sentado a horcajadas sobre una silla, el anciano

me observaba hierático. Súbitamente me dio la espalda y se marchó.

—¡Santiago...!

No hubo respuesta. Me alcé de prisa. Todos dormían aún. Desperté a Lu y le propuse que regresara conmigo. Aceptó. Escribió una líneas a la madre. De la despensa sacó una bolsa llena de alimentos y partió en mi siga.

Después de remontar hasta la garganta guarecida de farellones, comenzamos el descenso. Caminamos bajo ese sol dorado de fines del verano...

R E G R E S A R desde el futuro o el pasado hasta el hoy dilatado, intemporal, del pensamiento puro. Retrotraer al lecho el despertar, el ave al huevo y la esperanza al día de la muerte. De visión a ojo, de gesto a voluntad de gesto, al fondo mismo de nuestro mismo fondo. El que corta el hilo de los sueños cae a un sueño anterior. Desandar lo andado como un film al revés en que todo se explica. El eterno retorno en que nada se repite. Ahora caigo de espaldas en mí mismo, con la frente enfriada en la montaña, con la fiebre solar de los que esperan, medrosos y violentos, la solución definitiva que sirva por lo menos para un minuto. Miro el fuego que Lu enciende cada noche; la comida que hace, sabe mucho a sus manos. Sé que vamos bajando de la mano, atormentados por la Ciudad, por el regreso; haciendo disparatados proyectos, entregándonos mutuas confesiones infantiles. Sueño en común, prisa en común, miedo en común.

Otro día. Para defendernos del calor otoñal hicimos un alto en el camino. Me tendí un momento a descansar y dormité. Al levantarme me dirigí al riachuelo para lavarme la cara. Caminé algunos pasos y quedé paralizado. Allí, yaciendo de bruces, desnuda y en medio del agua estaba Lu. No me atreví a moverme. Un delicado surco blanquecino unía la nuca a la cintura; más abajo, tres hoyuelos, limitaban un triángulo perfecto; el nacimiento de las piernas potente y

generoso; las corvas como pocillos diminutos; el talle largo, los hombros reducidos y la mata de pelos recogida en un moño. Era la segunda vez que la tenía desnuda ante mis ojos, pero la primera que la veía. Súbitamente, presintiéndome, se dio vuelta y púsose de pie. Sus ojos color miel estallaron furiosos. Sus pechos, las tiernas olivas de sus pezones se irguieron con modesta dignidad. Caminó majestuosa, se vistió tranquilamente y continuó la marcha. Durante el resto del día se fue adelante sin decir palabra. La seguí como una sombra timorata, silente y confundido con la vergüenza de quien rompe las mágicas pompas de jabón a bastonazos. Un descenso con la angustia de un corazón entre paréntesis. Al anoecer se detuvo frente al alto peñasco que cerraba la quebrada; allí se encaramó y allí se quedó como hierática figura. Tendí la manta, hice fuego, preparé comida e ingerí desganado mi ración. No me atreví a llamarla. Encendí un cigarrillo de tabaco y me eché a descansar, vacío, lavado por dentro, cansado, con la sensación del que ya puede morir. Algunas estrellas en el cielo cobalto.

Después de un tiempo denso y aquietante, bajó del peñasco. La sentí comer en la oscuridad y luego ir hasta la quebrada a lavar la vajilla. Los pies menudos pisando la hojarasca, la arenilla, el humus palpitante. El tigre aviva sus sentidos en el bosque y con los párpados cerrados sabe el detalle de cada suspiro de la tierra. Silenciosa, con leves y suaves movimientos se acostó a mi lado, el rostro vuelto hacia mí. Puso sus pequeños pies sobre los míos. Comenzamos a respirar el mismo aire, las bocas se juntaron. . .

Ya a la mañana siguiente nos reíamos de todo, por cualquier nadería; un mundo distinto suspendido sobre el mundo, como si en él, siempre nos hubiéramos pertenecido. Éramos la pareja humana. Nos perseguíamos retozando sobre la hirsuta hierba, trepamos a los árboles, chapoteamos en el estero, gozando el descubrimiento, corriendo por la ribera y añorando los otros chicuelos. "Todo era besos, lágrimas, risas,

gritos inarticulados y la violencia de un sentimiento inexpressable”, escribo ahora que sé que el amor puede salvarme. Recuerdo que pensé en Alouette y sus costumbres amoratorias; sentí vergüenza al acordarme del programa de televisión en que se hacía publicidad a un nuevo anticonceptivo y en el cual aparecía Miss Ciudad y Mr. Ciudad haciéndose el amor con la esterilidad de los metales muertos. Ambos ridículamente rubios, farsescamente sonrosados, absurdamente celestes los ojos; el macho inhumano y la inhumana hembra, el eros estereotipado, la necia abstracción de un juego sin sentido, cómico, vano, comercial y doloroso. ¡Estaba aprendiendo a vivir en otra vida!

Al atardecer el cementerio de automóviles de los extramuros, el vehículo destartado, solitario, inadvertido; el rostro de Miguel grabado en el parabrisa, su mano fundida a la manilla de la portezuela y la huella de sus pasos sobre el fango de aceite quemado.

Olvidé mi temor por un instante. Creímos esquivar a los Guardias del Comité, los puestos de Voluntarios. Daba la impresión que no habíamos sido detectados por los controles, los controles. . . Sin embargo, era evidente, y la conciencia de esto aterrorizaba, que sabían, que siempre habían sabido todos nuestros movimientos, desde el nacimiento hasta la hora de nuestra muerte, amén. Eramos, como jamás se deja de ser, nuevamente ratas pequeñas ante el gigantesco gato que juega fingiéndose dormido pero que, no obstante, vigila, esperando el momento de dar el gran zarpazo, ya que nadie escapa a los controles, nadie burla nunca a los controles. . .

Regresamos en el ómnibus a la calle solitaria. Espiamos la puerta de nuestro edificio: nadie visible. Un farol-cómplice, el ascensor-cómplice. Posiblemente habían hecho una finísima inspección dejando todos los objetos en su sitio, ya que no descubrí absolutamente nada. Ni rastro de Lu, ni de Miguel, ni míos. Nos dimos el acostumbrado baño de la tarde, cambiamos nuestras ropas y comimos algo preparado

por Lu. Era el día que acostumbrábamos a cenar sin Miguel (La Máquina devora un día entero cada semana). Eramos una común pareja ciudadana absorta frente a un teléfono. Llamé a Bernstein, visita profesional a una ciudad costera, más teorías (mi coartada). El viejo comisionista prometió arreglar los papeles de Lu, una legalización en toda regla. Quien paga buenos bonos, en la Ciudad logra lo que quiere, menos transformar a un maquinal en hombre. Encendimos el televisor. Lu se sentó en el suelo y apoyó su dulce cabeza en mis rodillas. Las imágenes desdibujadas en el pequeño ecrán, la música como subacuática; apagamos el aparato reemplazándolo por el radioreceptor de frecuencia modulada.

Las noticias confusas eran de este tenor:

Comentarista....nota mecanografiada en que se pide la integración de grupos minoritarios que en la actualidad caen bajo algunos aspectos discriminatorios de la Ley... además, en contra de la Unión, con la que, como se sabe, nos unen bastantes compromisos internacionales... que por razones de espacio no leemos en su texto íntegro, agrupaciones de carácter ilegal... de los estimados radioescuchas... culminación de una ola de rumores...

Pausa. Cortina musical (marchas militares).

Comentarista. ¡Haga Patria! ¡Delate...!

Pausa. Cortina Musical (Toque de clarín).

Comentarista. ...noticias... El Secretario del Subcontralor de la Unión para Asuntos Extranjeros... se postergue por una semana el envío a nuestro país de un cargamento de... con el fin de hacer una rigurosa inspección técnica...

Pausa. Cortina musical. (Marcha militar).

Comentarista. ...es ampararlo; ampararlo es traicionar nuestros principios; traicionar nuestros principios es socavar los cimientos de nuestra... ante el posible avance de las fuerzas del desorden y la antipatria, varios grupos cívicos

se han unido a la campaña gubernamental en pro... ¡Más noticias en...

Pausa. Cortina musical (Himno Patrio).

La transmisión decía poco y mucho. Alarma infundada. No se mencionaba nada concreto. El tal mensaje podía constituir un infundio. A no ser que hubiera desde hace mucho un plan agrario en marcha; de otra manera no se explicaba el tremendo alarde gubernativo. Empezó un programa de variedades musicales. Uno de nosotros apagó el receptor. Lu como una gatita se arrolló a mis pies, lanzando quejidos cual si maullase.

—Di tú... ¿qué hacemos...?

—Por ahora, nada. ¡Vamos a la calle! ¡Hazte sí, un peinado más vulgar, más típico. Los del Comité son demasiado suspicaces. Los Voluntarios... Aunque... ya no tiene objeto... Estamos de seguro vigilados... todos estamos vigilados...

Permanecemos largo rato tendidos sobre la alfombra, mirando el cuadro móvil, hipnotizados por el sabio entrecruzarse de líneas, formas y colores, cogidos de la mano, quizás felices, inocentes, "disueltos en el mero contemplar", gozando la muda inmediatez del otro.

Salimos al anochecer, arrastrando pasos y palabras, tomados de la cintura, con la mirada idiota de los que engendran hijos estadísticamente normales para poblar una ciudad donde los contribuyentes cumplen con la Ley, asisten a sesiones psicoanalíticas y al crear una multitud de ritos para conjurar el temor, se sienten seres individuales.

Una estrella, cuya luz recién llegaba a la tierra después de un millón de años, parpadeó lejana. Más allá, otro punto luminoso, quizás perdido en la eternidad hacía milenios, se dejaba contemplar junto a la estrella. ¡Qué náusea todo esto! ¡Qué ganas de llorar!

Paseábamos por el Parque con la curiosidad de

quienes por primera vez lo ven. Por medio bono cada uno pudimos observar, en el acuario subterráneo, las enfurecidas pirañas clavar sus dientes en un caballo muerto hasta despojarlo de todo rastro de carne; las anguilas eléctricas; la gigantesca araña marina traída directamente del mar de Indochina; los criaderos de plancton vistos a través de una gran lupa-microscopio; los viveros de helechos del terciario; las glorietas de vegetales hidropónicos; las extrañas hibridaciones de flores negras, blancas, marrones o plateadas. Notamos que el remoto bosque silencioso mantenido con clima artificial estaba muy descuidado, nos explicaron que hubo un desperfecto en el sistema de humedad a altas temperaturas. Niños con maestros, paseantes solitarios, parejas abstraídas, ciegos con robot-lazarillos, muchachas dopadas, jovencitos distraídos y obsesionados por las confusas voces de los receptores de radio portátiles. Inquieta tranquilidad, refugio contra los "Inminentes acontecimientos políticos" pregonados con estridencia por los alto-parlantes. Más allá, los jardines con flora de los más variados climas. Un hombre pequeño de rostro sonrosado y manos cortas llamaba a la "guerra santa" contra las minorías peligrosas. Lu se ruborizó de indignación, el hombrecillo lo captó.

—¿Qué ushted losh defiende?

—Pero es que. . .

—¿Qué, a ushted no le pareshe?

—Me parece que usted no sabe lo que dice. . .

—Hashe añosh que Diosh me ha dado el poder de entender eshtash coshash. ¿O tiene ushted algún motivo para defenderlosh?

—Sí, que lo diga, que lo digan, que lo digaaan
—gritaron los congregados alrededor del enano.

—No los defiende, no los defendemos, pero tampoco creemos que nos amenacen. La Ciudad es fuerte y poderosa

—dije más que nada por hacer callar a Lu.

—¿No amenaza?

—¿No peligro?

—¿Quién dice?

—¿Eh?

—¿Ah?

—¿Oh?

No lejos de allí, un ser andrajoso con voz de alcohólico irrecuperable predicaba ante unos niños que se mofaban de él tironeándolo de los harapos y el largo cabello. El predicador detuvo su perorata y escuchó nuestra discusión. Retomó su discurso inmediatamente.

—Aquí tenéis vosotros, queridos niños míos, un ejemplo de iniquidad, de antiamistad y desfraternización, mentalidad producto de un gobiernito colonizadillo y torpe; un ejemplo, queridos hijitos de mis entrañas, de progresiva cretinización colectiva, de compulsivas odiosidades. ¡Odiaos los unos a los otros! ¡Proletarios de todos los países, desuníos!... Para el hombre ante todo, la libertad. “Y el que quiera aguardiente tomar, que las uvas transporte al lagar”... ¡Qué agrarios ni que ocho cuartos, polluelos míos! Nuestro único peligro es la lascivia, la molicie, la concupiscencia y la cháchara. No lancéis contumelias a los niños inocentes, cachorros de mi corazón... .

La discusión fue suspendida y formamos corro junto al ebrio que hacía bailar sus ojos de satisfacción.

—... amadas criaturas. ¡Ponéos botitas para no pisar la podre. Papá, mamá y la maestra son vuestros verdaderos enemigos, ellos quieren que sigais sus huellas! ¡Emigrad a las antípodas, rapazuelos de mi alma! ¡Limpiaos el culito con la Ley! ¡No más alimentos en conservas milenarias, no más maquinitas para rascarse la espalda! Porque... “El que quiera aguardiente tomar, que las uvas transporte al lagar”... Yo no existo... aquí sólo hay un corazón vacío, vacío, vacío... vacío... vacío... ¡Oídllo bien, embrioncitos de fatalidad! ¡La podre está que arde! ¡Abrid los ojillos! Malas noches os desea... un servidor... .

Mientras los niños se daban a la tarea jocosa de tironear al carcamal, abandonamos el Parque...

A V E C E S la inteligencia sirve de algo. Conforta, da sensación falsa de poder. El que despierta en la mañana y se siente inteligente ya tiene salvado el día; mira con ojos inteligentes a un prójimo con orejas inteligentes y ambos sonríen a un tercero de andar inteligente. En los malos momentos es recomendable poner erectas las plumas del rabo, agitar orgullosamente la cresta y luego decir alguna palabra, tratando de no abrir demasiado el pico.

Aquella fiesta que se celebraba en el Círculo de Intelectuales era de las llamadas "desinhibidas" y relajadoras de tensión. Ningún atarácico. Sólo excitantes que hiciesen trabajar la máquina a toda prisa. Todos correctamente vestidos. (Más adelante muchos desnudarían parte del cuerpo). Drogarios y vasijas de licores en todas las repisas. Varillas de sándalo e incienso colmando los pebeteros. Tres magnetófonos gruñendo sonidos inarticulados. Versiones en dos idiomas, al unísono, de los poemas de Gerardo. Un nuevo invento con el que Guzmán trataba de probarnos que unos zumbidos inarmónicos correspondían a la "música de las esferas" de los pitagóricos.

Llegamos con Lu y permanecemos en la sala de los más tranquilos. Alouette vino a nuestro encuentro, dopada, en la fase superexcitativa de la primera dosis de droga.

—¿Y? ¿Aún vivos? —Su ingenuo y dulce cinismo nos paralizó.

—Aún vivos...

—Ya sé, malito, lo que me vas a replicar; que sientes que se haya cortado la corriente eléctrica de la silla, que no te explicas cómo se acabó de repente el cianuro de la cámara de gases, ¿no? Oye tesoro, es mejor que te metas conmigo en las otras salas. ¿Vamos?

—Lo siento, Alouette. No estoy solo.

—¡Ya lo veo! Viniste con la agrarita. Veo que todavía sigues interesado en la antropología de los pueblos primitivos. ¡El Levy-Brühl de nuestros tiempos! ¡Asquerosillo!

—Es mi mujer, nos casamos —mentí.

—¡Ah! Está bien. “Coitus legalizadus et gratuitus”, como diría esa lesera que estudias tú mientras duermes. ¡Puf! Has enloquecido pobrecillo mío. . .

Lu me dijo al oído que deseaba ir a casa y que regresaría pronto. Entendí que el ambiente la trastornaba y la dejé partir.

—Ahora que se fue, te voy a decir lo que pienso querido mío: estás loquillo, taradito; te pierdes por mucho tiempo, abandonas el trabajo, te acuestas con esa “cosa”, no participas en nuestras reuniones. ¿Te acuerdas de ese lío de las coordenadas cartesianas que enseñaban en la escuela, la curva de campana? Pues bien, tú estás en uno de los extremos, en el peor. Como te saliste de la norma te has transformado en un. . . anormal, como lo oyes, a-nor-mal. Por eso, por tu bien, te denuncié, o te denunciaré, o pensé alguna vez denunciarte, da lo mismo. De todas maneras no es difícil saber tus pasos. . .

—No digas leseras. Ella. . . ella no es más diferente de ti, que tú de cualquier otra. Quizás ni peor ni mejor. . .

—Pero, mi amor. . . eso no es normal. . .

—La normalidad es la peor locura —fraseó García a mi lado.

—Pero la locura es de lo más normal! —comentó uno de “Los Hermanos”.

—¡Oh, loca normalidad, oh, normal locura! —trínó Alouette. Vamos, sé buenito, “echémos el pasado en el verde tacho de las basuras siderales que alimentan a la Osa Mayor”, como dice Gerardo. A propósito de Gerardo, alguien le inventó este versito: “Cuando miro a Gerardo, quisiera ver, si orina como hombre o, como mujer”. ¿Te gustó?

Reí. Después de muchos días, volví a fumar uno

de mis cigarrillos para adelgazar, a pesar de estar ya en los huesos; probé, además, una copita de alcohol de bellotas. Me observaban cual si fuese un ser muy extraño, con alas correosas, pezuñas, aliento azufrado y rostro de serafín deteriorado por los vicios; había sí, en las miradas cierto envidioso respeto. Lanzaban indirectas acerca de mis teorías sobre los agrarios, el eros agrario, la alimentación agraria, los hijos mestizos, la defensa del hombre ilegal y la conciencia clandestina.

De pronto llegó Lu y me llevó por ciertas calles que ya ni recordaba. Repensando las recientes frases, imaginé que si ella tuviese un hijo mío, podría enfrentar... podría enfrentarlos a todos...

Caminamos largo. Nos metimos por callejuelas sobrevivientes de barrios incómodos y antiguos. Por una de estas vías de museo, llegamos a una construcción de la periferia, de las típicas alquiladas por sociedades esotéricas, de las que tanto abundan en la Ciudad.

Miguel habitaba una especie de celda en el entretecho, cuyas paredes estaban empapeladas con trozos de periódicos. Entramos sigilosamente y sin que advirtiera nuestra presencia. Estaba tendido en un camastro, inmóvil, con los ojos muy abiertos, cual si todo su ser hubiese escapado a otros planos desconocidos. Jamás tuve una experiencia de tal naturaleza.

—Lu. ¿qué le ocurre? ¿Qué es eso?

—Déjalo tranquilo. Está descansando... es su manera...

Esperamos un poco. Miguel pareció regresar desde muy lejos. Nos vio y abrió la puerta. Conversamos durante media hora, disipó y aclaró nuestras dudas y temores; sus argumentos maduros, su pasión, diéronme la impresión de un iluso respetable. Volvimos a casa sin saber mucho de sus planes, pero convencidos que la alarma era injustificada y que no había mayor peligro en sus ideas.

Sin embargo, esa noche, antes de dormirme recor-

dé un film antiguo, visto en un cine-club cuyo verismo había entretenido a toda una generación. Entrando al sueño desfilaron ante mí, las añejas imágenes con una revalorización siniestra. Versaba sobre la guerra agraria y tenía por título "El joven Voluntario". Era la historia de un muchacho, soldado, que incorporado a los Voluntarios participaba en casi todas las acciones punitivas contra los agrarios. Se desarrollaba más o menos en esta forma:

Carta geográfica del país y una flecha indicando la zona agraria en la montaña, achurada. Foto de Santiago, de largas barbas, sombrero alón y fusil. Ruinosas cabañas de madera y gentes con rostros oligofrénicos, vistos de frente y perfil. Boletas de matrimonios mixtos raciales y sociales; niños fenómenos y fichas de delincuentes irrecuperables. Desfile de miembros del Comité y Voluntarios, vestidos a la usanza de ese tiempo. Cuadro, posiblemente trucado, donde un agrario dispara contra niños que salen de una escuela; cadáveres mordidos y profanados; agrarios de fachas macabras, sonriendo (recuerdo que aquella imagen me perturbó a tal punto que muchas veces me costó dormirme). Preparativos de invasión en el campamento de los Voluntarios; caras hermosas; familiares reparten flores a los guerreros. Infantes subiendo la montaña y cantando. Bandadas de antiguos helicópteros, hileras de tanques-transportes; nuevos tipos de armas pequeñas y superpotentes, donadas por la Unión. Truco fotográfico: agrarios en actos de idolatría y trabajos forzados; escenas de canibalismo y zoofilia. Primera escaramuza: una casa y tres árboles son desintegrados sin ruido. (Esto llenaba de gozo, satisfacía la agresividad, identificaba los púberes cerebros con los mortíferos héroes). ¿Quién no se sentiría en aquella época un joven Voluntario? Consignas de Libertad, Justicia, Cultura, Dios y Ley, repetidas hasta el infinito. Diminutos robots biotrópicos, como arañitas eléctricas, se abalanzan sobre un caballo y lo carbonizan. Microondas agrietan un muro que se desploma junto a un acueducto (parecido al otro, de sudor,

Lu, aire puro; al otro que, realidad o fantasía, todavía ocupa el hueco de mi mano y de mi esfuerzo). Delgadísimos chorros de ácido persiguen a tres hombres que huyen; bencina gelatinosa abrasa una choza y sus ocupantes. Declaraciones de personajes importantes en ciencia, religión, arte y filosofía apoyando la campaña punitiva. En todas las acciones el joven Voluntario, siempre listo, sonriente e incansable. La gigantesca vibradora produce un corto y eficaz terremoto. Un actor con la siguiente leyenda; Son Tiago, al frente de un pelotón de forajidos sale a escena; dos grandes electrodos lo pulverizan. Un grupo de aniquilamiento recorre todo el territorio al mando del joven Voluntario: nada más por matar ni destruir...

Con toda seguridad sus aplausos fueron más que aplausos; esa generación se nutría de este jugo bélico...

Aún con la pesadilla palpitando en la memoria, estiré el brazo y acaricié tiernamente a Lu que dormía... Caí en el sueño pensando en la leyenda del Lago Subterráneo.

L A B I O S resecos. El calor nos hace buscar su contrario, pero la fiebre nos induce a permanecer en ella, profundizándola, extrayéndole su médula, como si se esperase el desentumecimiento definitivo. Arde el hielo de las altas montañas, arde la ciudad y el mundo entero. ¿Quién se atreve a cortar el cordón umbilical con los sueños y ser pura razón consciente destruyendo la magia del símbolo? La Ciudad es cosa seria, y como tal hay que tomarla. Ninguna institución es ridícula cuando tiene poder, y tener poder, es tener la posibilidad de quitar o dar vida. La Ciudad tiene poder, aun sobre nuestro sueño, delirio o mansedumbre. Cuando llueve es preciso encerrarse en la caverna...

Durante varios días Lu no salió de casa. No vimos a Miguel. Pasaba el tiempo observando la calle a través de las persianas apagadas, expresándose con suspiros de animal apaleado. Yo no pude quedarme a su lado; además de mis obligaciones, debía, por lo menos, aparentar una vida normal

para que las circunstancias no empeorasen, aunque nunca supe, en realidad, si ellas fueron buenas o malas, si sucedió esto o aquello, si interpreté bien o mal lo que pasó. La verdad: ¿quién podría negarlo?, éramos observados atentamente por la Comisión Secreta de Seguridad (la temible csa que aterrorizaba a todos los habitantes de la Ciudad).

El sábado, el Gobierno decretó asueto. Jolgorio y carnaval. Cada vez que se aproximaba alguna nueva concesión económica a la Unión, con cualquier pretexto, se daba un día de feriado extra, para que la gente desviase su atención quemando la energía de alguna manera.

Adolescentes y niños salieron a las calles en comparsas, tratando de imitar, así me pareció, en lo esencial, el vestuario, corte de cabellos, y habla (así lo suponían) de la gente agraria, o la mecánica actitud de los maquinales. Los estudiantes, recelosos, se dividieron en dos bandos, uno participante y el otro observador. Los corros espontáneos devinieron en farándula que recorrió las amplias avenidas produciendo espectacular ruido. Siguiendo a estos grupos de escarnio, llegué a la Avenida de la Unión, donde el Movimiento de la Juventud Destruccionista tenía una concentración. Este Movimiento agrupaba a todos esos adolescentes que, surgidos de hogares con nivel de vida superior, manifestaban brutalmente su disconformidad, su repudio a todo, principalmente al tedio y a la fatiga de no hacer nada. Entre la muchedumbre podía verse tres grandes retratos y un lema a gruesos caracteres: "Sólo la destrucción es constructiva". Las efigies representaban a conocidos pacifistas de la historia reciente: Ramat Bodhi, Zhibidé y Giancarlo Labrouche, los tres escritores; creo que uno de ellos era indonesio. La ceremonia ritual fue simple: fijaron los retratos en el suelo; hubo un baile alrededor. En seguida, dos muchachitas gemelas, ostensiblemente embarazadas, de no más de quince años, subiéronse sus vestidos y orinaron sobre los retratos. Se roció luego aquello con petróleo que, encendido, acabó a los pocos instantes con todo.

En ese momento el desfile-carnaval cobró bríos... *todo acto precedido de farándulas concluye en sacrificio y nos miramos los unos a los otros, buscando en nuestros propios rostros a la víctima propiciadora, sin saber que de antemano ella está elegida...* a los disfraces se sucedieron las máscaras, y a éstas, las lentas danzas golpeteadas de marchas cívicas. Un chaparrón de drogas y bebidas cayó sobre la Ciudad que, en alegre excitación celebraba, por anticipado, el épico triunfo sobre cualquier cosa, la victoria contra algo que, como a nadie interesaba, no se averiguó pero que se supuso conjurado ya, gracias a las defensas que la comunidad tenía a su mano.

El declamante ebrio del Parque andaba también en la jarana, seguido por su infaltable cortejo de niños burlescos. Con gritos destemplados y pomposo estilo atacaba las acciones del Comité y los Voluntarios; el gentío aplaudía riendo; su actitud era entendida como una extravagancia intelectual.

Al atardecer, el Gobierno intensificó la potencia del alumbrado público y se dispararon fuegos de artificio desde las más altas terrazas. En la sala mayor del Palacio de Artes Plásticas, se montó una exposición sobre el significado pedagógico del patriotismo, donde expertos, frente a grandes pancartas, explicaban, antropológicamente, la misión histórica de nuestra nacionalidad.

Huí con desesperación hacia el barrio norte, buscando la calma de los templos, museos, oficinas; los sobrios edificios donde se administraba la producción, los dioses y, el temor y todo cuanto puede administrarse. De súbito, *vi* a mis congéneres como a la sádica jauría insatisfecha desde el tiempo cavernario. Aceleré el paso. En alguna parte de la Ciudad debían encontrarse los seres humanos...

¿ C O M O discernir entre lo que es enseñanza de nuestra niñez, mito, atavismo, sueño, delirio, locura y visión objetiva? Nos hemos acostumbrado tanto a "las legiones celestiales",

“los ejércitos del Señor”, “la espada del arcángel”... La secta se convierte en religión en la misma medida en que se militariza. Una divinidad desarmada es inconcebible, a menos que posea el compendio de todas las armas secretas... La Parada Militar de los Religiosos se inició antes de medianoche. En el sector fueron apagados los faroles eléctricos, para que se destacase la multitud de cirios del improvisado altar de madera, en cuya cumbre resplandecían los infáltables símbolos que presiden el ritual. A ambos lados, dos antorchas enhiestas, formidables. Orden perfecto, inspirado en una antigua estética: formación de enmascarados seguidos de una hilera de bonetes puntiagudos y un grupo de encapuchados; luego, otros de largos hábitos, cual bíblicos mantos; más allá los portadores de sables; finalmente, el escuadrón del Vicecoronel, quien blandía una espada gigantesca en cuya hoja pulidísima podía leerse: “Hiere y Mata en nombre del Señor”. A la zaga, muy atrás, el mujerío, con el rostro velado, daba término a la comitiva.

Encabezando la procesión, el Coronel-Santo, con su acero desenvainado y rojas vestiduras hasta el ruedo, completaba la magnificencia de la puesta en escena.

Cuidando que el público no se mezclara con los que marchaban, una legión de muchachos, camisas blancas, insignias bordadas en el pecho, cachiporras y armas cortas, abría paso.

Un cántico solemne escapó a los aires como de una jaula recién abierta. El Coronel-Santo subió los escalones y se dio vuelta. La procesión cesó. La guardia armada, de muchachos febriles, se cuadró. Silencio como un estallido. El Coronel-Santo encendió el gigantesco pebetero de resinas perfumadas, cogió el micrófono en forma de flor de lis e inició el sermón.

—“Fraternos feligreses, hermanos en nuestro común Ser Supremo. ¡Atención! ¡Firme!”

Un solo golpe de tacones.

—“Nuestro Invencible Ejército del Alma y el Espíritu se hace aquí presente al conjuro de: «Hiere y Mata en nombre del Señor». Las inmorales fuerzas de la impiedad están minándonos, oh soldados de Dios, la mansa vida. Se ha vuelto nuevamente a plantear la eterna lucha de los siglos entre las demoníacas fuerzas del Mal y las aladas fuerzas del Bien”.

“Abrumado por la feroz batalla que tenemos que librar, caí en trance y entonces, oh, milagro, el Creador-Criador me ha dado una gran seguridad: las legiones tenebrosas finalmente serán vencidas con nuestro esfuerzo, pero fundamentalmente con su ayuda. ¡Y así será!”

—¡Así será! —coreó la multitud enardecida.

—“Porque amarlo a El significa estar siempre con el arma al brazo, la guardia alta, luchando incansable y despiadadamente contra el enemigo de nuestra Santa, Pura y Digna creencia. ¡*Vade Retro!*, gritamos usando el antiguo idioma sacro, a los hijos de Belial y Belzebú. Y el Amor, la Humildad y la Justicia, los hará mascar el polvo. Nuestra Manse-dumbre pisoteará sus vientres agusanados. Nuestra pureza machacará sus cráneos putrefactos. ¡Qué gran felicidad es aplastar los cráneos y despanzurrar las carcomidas barrigas de los enemigos de la Fe! El crimen, la salacidad, la iniquidad y el pecado serán borrados de la faz del planeta por nuestros batallones invisibles, y también por nuestras propias manos. Cerramos los ojos, concentremos las potencias del Ser en el corazón de El y demos, por adelantado, nuestros agradecimientos. ¡Viva Dios-Rey! ¡Viva Dios-Emperador! ¡Viva Dios-Soberano! Vivan los generales, coroneles, almirantes, capitanes y soldados de Su causa!”

Un —¡Viva!— atronador hizo explosión estremeciendo el lugar. Los jóvenes legionarios de albas camisas descargaron sus armas al unísono. Los fieles cayeron de hinojos. El Coronel-Santo alzó los brazos y la amenazante espada. Dos acólitos impúberes subieron al estrado y se prosternaron ante

él. La tensión y el silencio dolían. Encendiéronse de súbito las luces eléctricas y el gran farol a gas de mercurio. Del ara partió un potente rayo laser hacia los cielos. Las voces de un armonio electrónico fueron dichas por las bocas de los parlantes. Las resinas quemadas, la música, las luces y la marcialidad comunicaban un efecto hipnótico. A una orden del Coronel-Santo, repentino e inesperado estallido, la gente se diseminó por las calles, blandiendo sus armas de justicia, al encuentro de algún pecador o infiel agazapado.

Me apresuré a buscar refugio en casa, aterrorizado ante esa ola de piadosa ira...

NUESTRA resistencia a despertar se debe al temor de abrir los ojos y percatarnos que estamos solos en el mundo, que lo otro nunca existió. Deseo, fiebre, altura, sueños de un pobre corazón solitario en pos de su centro. A la carencia de ternura debemos agregar, la poca que ofrecemos. En un período de tratamiento como éste, de recuperación, siempre estamos buscando la dignidad primigenia, convaleciendo, tornando recurrentemente a la raíz, el pequeño hombre se desintegra, para pasar la meseta y crecer; teme cada paso del tiempo, cada nuevo encuentro. El ojo pugna por abrirse, el miedo dilata los segundos y se cuelga pesadamente de los párpados. Y otro día con su noche a cuestas...

Tres días después, al despertar, a ciegas todavía, busqué el cuerpo de Lu; no la encontré. Abrí los ojos; allí estaba, cerca del lecho, frente al pequeño televisor de alcoba, escuchando el noticiario matinal, la vista fija en los labios del locutor. Me levanté de un salto. Bebí el jugo de frutas en polvo disuelto en agua destilada que Lu me preparó. Como un resorte me desplazé a la pieza de higiene. Silbé, le grité nombres cariñosos. Regresé a vestirme e intenté besarla; apenas reaccionó, estaba más apesadumbrada que al comienzo.

—Tengo miedo, mucho miedo... en la televisión no dijeron nada pero... me parece que dieron a entender...

Además tuve un sueño... tengo un presentimiento... desde ayer no he dejado de pensar en Miguel...

—Estás nerviosa. No te preocupes. Aquí en la ciudad siempre hay rumores; son algo así como parte de nuestro... folklore...

—Yo conozco bien a mi hermano. A veces es violento, impulsivo... tengo miedo.

Rápidamente terminé de arreglarme y salimos. En el Parque, en la Avenida de la Unión, nada que no fuera lo habitual, excepto algunos grupos de estudiantes y gentes de bajo nivel económico, en algunas calles adyacentes.

Súbitamente Lu palideció.

—¿Qué te sucede?

—Creo... creo que algunos de esos... son de "allá arriba". Entre nosotros nos reconocemos fácilmente...

Bebimos un café descafeinado en un sitio de juego; ojos y dedos ávidos, pulidas esferas de acero, campanillazos, ángulos y superficies abigarrados.

Al salir, habían pasado apenas unos minutos, encontramos un grupo ya organizado. A los pocos instantes, sin dar tiempo a la policía de intervenir, aquello se transformó en un desfile. Tomé a Lu de la mano y avanzamos unos centenares de metros, por la vereda, siempre alejados de los manifestantes. Lu dio un grito irreprimible: entre los que encabezaban la marcha, distinguió a Miguel. Intercambiamos discretas señas. Lu quiso ir hacia él, pero se lo impedí.

Supuse que ni las autoridades ni el comité se atreverían a proceder, en las calles céntricas de la Ciudad, una carnicería era poco menos que imposible. Ellos se detuvieron. Nosotros subimos a una terraza.

Los miembros del Comité y los Voluntarios ya lo sabían y por lo tanto, todo estaba ya dispuesto. La perfección de los controles de la ciudad es algo demasiado serio. Sus recursos son inextinguibles. No apareció ninguno de ellos, pero, desde uno de los edificios más altos cayó una bombita

diminuta que al romperse dejó salir un gas amarillo pálido. Casi inmediatamente varios manifestantes empezaron a retroceder. Como segunda parte de esa represión de incruenta violencia, un disparo al aire, tirado desde no se sabía dónde, hizo estallar un proyectil de humo verdoso y escapar a todo el mundo del lugar.

Pensé con suma piedad en aquella gente que usaba esos antiguos métodos políticos, que siempre sirvieron solamente para producir víctimas y jamás para conquistar un derecho o vencer a un enemigo.

Debajo de nuestra terraza de observación, quedaban restos del desfile, Miguel entre ellos. Pero el impacto del gas fue demasiado formidable. Lo dejaron solo.

A duras penas Miguel logró encaramarse sobre un escaño de mármol. Intentó decir algunas palabras, mas en ese instante vino a su encuentro un adolescente premunido de máscara, de camisa blanca bordada con los símbolos del Coronel-Santo. De una cartuchera sacó un látigo y golpeó a Miguel en la espalda. La descarga eléctrica lo echó definitivamente a tierra.

Lu se apretó a mí sollozando desesperada, ante el asombro de las personas que estaban a nuestro lado y que daban muestras de divertirse en grande.

Apareció una ambulancia que se llevó el cuerpo de Miguel. El resto de los manifestantes había desaparecido.

Solamente una vez en mi vida vi otra escena peor que ésta. Fue durante un pequeño desfile de la minoría negra de la ciudad, que pedía intervención gubernamental para que no se les transformara en maquinales. Sucedió hace muchos años, pero lo recuerdo perfectamente. Al comienzo les lanzaron unas bombitas de gas casi blanco. Entonces los negros empezaron a reír; la risa se expandió y al poco rato una sola carcajada colmó la manifestación. Yo contemplaba, con otros mozalbetes de mi edad, el grotesco espectáculo producido por el gas hilarante. A pesar de todo, el desfile negro

siguió, a grandes risas, con más brío, inatajable, brillando las blancas dentaduras con triste jocosidad. Como no pudieran parar a los que protestaban, la policía disparó otro tipo de bombas, humo rojizo y acción más humillante. El espectáculo entonces se tornó de una extravagancia escatológica. Los negros empezaron a detenerse. Las mujeres alzaban sus vestidos, los hombres se encucillaban, ensuciándose en el mismo sitio; los efectos del gas laxante eran inmediatos y persistentes. Ninguno pudo seguir caminando. El lugar se transformó en una gran letrina repleta de seres que reían con angustiosas carcajadas. En seguida, los carros de agua y las barredoras automáticas se dieron a la tarea de no dejar rastros de la batalla. Luego se supo que la casi totalidad de ellos fueron "operados" e incorporados a la producción. En aquella ocasión la palabra Crueldad, electrizada y violenta, golpeó dentro de mí con la fuerza de una herida mortal. Pero uno siempre olvida, si no, un largo insomnio angustioso acabaría con nosotros.

Esta vez, con los de Miguel, no se atrevieron a usar tal tipo de represión, ya que en la jerarquía que contemplan nuestros códigos, un agrario o un pobre es siempre superior a un negro.

Con Lu semitrazornada de dolor, bajamos de la terraza y nos trasladamos a la Morgue, donde, con seguridad, habrían llevado a Miguel. Ibamos heridos, sombríos, imágenes de la desesperación, como si todo estuviera perdido y destrozado para siempre...

ANGUSTIA que hace doler las muñecas, las clavículas, los plexos. La antigua leyenda, Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas aniquiladas por un terrible dios vengador y justiciero; vetustos poblados destruidos en un solo día, en una sola noche de ira divina; comunidades pecadoras arrasadas definitivamente en un parpadeo.

Nuestra ciudad, dice la leyenda, fue construida

sobre un lago subterráneo. Y el lago tiene una compuerta que el hombre puede abrir, que los hombres pueden organizarse para abrir, logrando de esta manera que se debiliten los cimientos, se trice la piedra, se quiebre el acero y todas las grandes construcciones se precipiten en un caos turbulento e irrefrenable.

La Leyenda del Lago Subterráneo, la ciudad hundida para siempre en llanto, fuego, muerte y destrucción permaneciendo en el sentido de todas aquellas cosas que dejan de tener sentido.

La Leyenda como ideal político, principio ético, posibilidad de acción, descargo de conciencia. La salvación a través del ritual baño de sangre. Y con ello la supervivencia agraria, el fin de los maquinales y el advenimiento del amor y el hombre en vigilia.

La sagrada violencia del hombre asustado; la razón chapoteando en el mundo irracional: la mueca ante el sin sentido: la rebelión de los insatisfechos anímicos; la justicia empapada en sangre y la verdad que duele . . .

Y yo, consciente de la enfermedad, del sueño, del miedo. Con Lu, por la calle, ateridos: sintiendo el fin sobre nuestras cabezas y el impulso de sobrevivir presionando desde muy dentro. Todo de golpe, de repente. La clara visión intelectual del miedo y el sentimiento de la tibia cobardía. Vuelvo a sentir frío (primer día del Instituto Educacional). La dulce náusea que nos roe la médula.

La representación de la muerte; o la memoria de ese día que va a llegar. Los grandes frigoríficos donde se almacena la carne tienen idéntico sentido vital que los mercados, pero si la carne almacenada alguna vez tuvo pensamientos, deseos y recuerdos, la cosa cambia; los sesos se convierten en cerebros, las patas en pies y manos, la carne-alimento en carne-cadáver. La Casa de la Muerte. Edificio enorme, frío, polar, pasadizos salpicados de luces y portezuelas, mesas de autopsia, quirófanos, hieleras cuyos nichos, co-

mo hornos, llenan las paredes: empleadas de albas vestiduras plásticas, denso silencio.

Entramos como al templo del más inhumano de los dioses.

Dejé a Lu en la sala del portero. Rodeado de muerte condujéronme a una habitación situada en un corredor lateral. Sobre un mármol, con una manguera de caucho lavaban el cuerpo. Después lo llevaron al quirófano; estudiantes de antropología, entre los cuales tomé colocación, esperaban atentos.

Se dio comienzo a la reunión. El funcionario cortó la piel del cráneo y la arremangó como el hollejo de una macabra fruta; dio el contacto a la sierra eléctrica y trepanó un trozo parecido a un antiguo casco de guerra. Luego unos tajos, con escalpelo, en la base. La masa encefálica fue puesta sobre la superficie marmórea. El funcionario llamó a tres estudiantes que, después de colocarse sus albas batas plásticas, se aproximaron al sanguinolento encéfalo. Con instrumentos de alta precisión, sacados cuidadosamente de un estante, el cerebro fue pesado y medido. Aplicaron corriente galvánica, microondas y colorantes básicos de la anilina; un trozo diminuto, extraído de los tálamos, fue observado al microscopio. El funcionario ingirió una pastilla de droga.

—He aquí la, la masa encefálica de, de un ser no mutado. La, la incognita de la sociología del crimen se, se encuentra en este cerebro. En algún pedúnculo, en alguna anfractuosidad está, está el instinto sociopatológico de la no adaptabilidad, digamos, del conformismo y la rebelión contra su medio o contra sus superiores. Es, es pues tarea de ustedes localizarlo. —Su voz arrastrada sonaba muy impersonal. Dio la espalda a los alumnos y se dirigió al canasto de los papeles. Tomó algunas páginas sucias y arrugadas de “La Verdad Informativa” y de “La Gaceta de Trabajo, Compra y Venta”, formó una pelota y relleno el cráneo vacío de Mi-

guel. Puso en su sitio el pedazo de osamenta desgajada y con la máquina de suturar cosió la piel.

Los estudiantes volvieron a medir. Sacaron cuentas y resultados en una calculadora. Relacionaron cuerpo, calavera y cerebro. Anotaron guarismos y cifras resultantes en un pizarrón de vidrio esmerilado con iluminación interna; conectaron alambritos a la masa ensangrentada y, en seguida, la metieron en un frasco con suero fisiológico. El encéfalo empezó a nadar suavemente. Revisaron medidas del cuerpo y la proporción entre cada una de sus partes.

—¿*Proportio aurae*?

—Sí, es extraño, la excepción de la regla.

Sonó un timbrazo prolongado. Los estudiantes fueron con el frasco. Quedamos solamente el Funcionario y yo.

—Terminó la sesión de trabajo.

—Sí lo sé... pero...

—Mañana habrá otro paso práctico.

—Sí, pero... ¿Qué harán con "esto"?

—¿Le interesa especialmente "esto"?

—Sí, especialmente...

—¿Conocido suyo?

—No. Lo vi por primera vez en el tumulto. Pero...

—No me diga, no interesa. El hecho es que lo quiere ¿no?

—Sí, soy teorista y antropólogo. Investigo por mi cuenta. No pertenezco al Instituto...

—Está bien, está bien, puede llevarse. Son diez bonos, sin contar la caja refrigerada... veinticinco en total. Sin embargo usted mismo deberá enviarlo después al crematorio.

Cerramos el contrato. Alquilé un vehículo y nos llevamos la caja refrigerada. Yo sabía que los agrarios dejan a sus muertos bajo tierra y Lu quería eso para su hermano. Debimos hacer hora para inhumarlo; recorrimos lentamente

las calles, a la vuelta de la rueda hasta anochecer. Partimos hacia las afueras de la ciudad...

MAS ALLA de los grandes transformadores de alta tensión, en el cauce seco de un río, cerca de la planta industrializadora de basura, yacían las cabañas de los parias, señalando el límite entre el hombre y la naturaleza, construidas con desechos plásticos y escombros de material muy gastado. Vivían en ellas los intoxicados irrecuperables, los grupos reconocidamente inferiores o aquellos que el Gobierno consideraba inútiles desde el punto de vista económico. No lejos de allí empezaba el cordón de calvas colinas rocosas, bastante distanciadas del camino y terreno de nadie. Elejimos ese sitio para la ceremonia. Detuve el motor, apagué las luces y descendí. Caminé hacia uno de esos remedos de vivienda.

—Necesito una pala, una barra de fierro o cualquier herramienta para cavar... mi auto se metió en una zanja y...

El hombre, mutilado y casi ciego, sacó una garra entre los harapos y señaló otra choza hecha con desechos de madera.

Llamé a esta segunda especie de puerta e hice el mismo pedido.

—Vamos, yo le ayudaré, criatura. A veces suelo no despreciar al prójimo; lo ayudaré. Siempre quise ser un benefactor de las criaturas... ¡Dígame dónde...!

—Gracias, muchas gracias; sólo necesito una pala, algo para... No es necesario que usted vaya. Me basto yo mismo.

—¡Pero pichón! ¿Qué no se acuerda de mí? En... el Parque...

—¡Ah! ¡Usted! Siempre rodeado de niños... sí, sí, recuerdo...

—¡Acertó, polluelo! El mismo, soy el mismo. El que siempre dice lo que quiere porque nadie lo toma en se-

rio. ¡Lo acompañaré! ¡Vamos! Sé, además, a lo que viene... su autito, querido mío no ha caído a ninguna zanja. ¿No es así?

Hice una seña de asentimiento. Acepté su compañía. El viejo trajo una pala y una botella de licor. Subió al furgón. Pocos kilómetros más afuera nos salimos del camino internándonos por una colina lisa. Paré la máquina.

—Lo vi todo, queriditos. Triste, triste, como todo esto, como yo mismo (bebió un sorbo de alcohol); hay que aprender, cretinizarse despedirse... Yo estuve a pocos pasos de él cuando lo... ¿Es pariente de ustedes? ¿Amigo...?

—Hermano, hermano de ella... y mío.

—¡Ah!

El carcamal despojóse de la camisa, raída como a propósito, bebió un trago largo e inició la excavación: un pozo profundo del largo de un cuerpo extendido. Sacamos el cadáver de la caja y lo depositamos en su última casa. Lu se mordía las manos, convulsa, ya sin lágrimas. Los focos alar-gaban nuestras sombras, amoldándolas a todos los caprichos del terreno. Habíamos echado ya algunas paletadas de tierra cuando el viejo interrumpió su labor y dijo algunas palabras, a la usanza antigua en una de esas incomprensibles ceremonias en que se le habla a un muerto con seriedad suma.

—Venimos a despedirte, nosotros tus hermanos, pobre criatura, para recordar tu privilegiado cerebro que, desde hoy, yacerá bajo la tierra, ahito de grandes ideas luminosas. Porque el faro de la razón humana brilló en tus ojos. (Aquí el anciano agudizó la voz hipando). Luchaste porque la vida del hombre es sólo eso: lucha sin descanso, sin cuartel, sin sentido. Pero, niño mío, llegará el día en que se abra tu cabeza y tu preclaro cerebro florezca en pensamientos llenos de amor y rebeldía capaces de estremecer... de estremecer el universo. (Otro largo sorbo de bebida). Entonces de todas partes saldrán los tuyos, mi polluelo. Nosotros somos el sucio fango, tú eres y serás siempre una flor. Nos-

otros estamos muertos, tú estarás eternamente vivo. ¡Descansa en paz! (Un nuevo sorbo de licor muy alcohólico, a juzgar por el aliento insoportable que expelía).

A pesar de lo grotesco del asunto (no pude olvidar esa masa de hojas de periódico), el ebrio me emocionó. Quise darle algunos bonos pero no aceptó. En cambio, me pidió la caja de aluminio "para reparar el techo de la choza" que se llovía. Se la di. Concluyó la botella y me palmoteó el hombro.

—Estoy acostumbrado a que se burlen de mí, pero hoy he hecho algo bueno. Mi familia también metía a los muertos bajo tierra, queriditos... No les miento, mis palomos, pero una vez yo tuve una mujer y dos hijos, una floriosa familia. Pero después bajé a la guerra... y morí en ella...

Regresamos al camino, lo dejamos cerca de su choza y volvimos a la ciudad. Viajamos en silencio, con deseos de acercarnos brutalmente para guarecernos de un frío temible e interior.

Al llegar encontré una carta de Bernstein con unos papeles: certificado de nacimiento de Lu, en mi propio domicilio hacía veinte años, y una licencia de matrimonio en regla, que leí en voz alta. Lu soltó algunos lagrimones, por esas gotitas de alegría, en su mar de pena.

A LA MAÑANA siguiente, revisé la correspondencia. Según las leyes de la Ciudad, Lu era ya, y para siempre, mi mujer (¡Benditos los que pueden usar el "para siempre", que de ellos es el reino de la santa estupidez!) a no mediar una demanda de divorcio entablada por nosotros o un tercero, pero la falsificación del documento era tan perfecta, que en todos los libros de registro quedó inscrita; se acompañaba también la respectiva cédula de impuestos al día. Al releer las cartas encontré, además, un cheque de cien bonos (Bernstein) y un sobre, que la noche anterior no había llamado

mi atención. Era de Alouette: me proponía matrimonio, el ingreso a un club de ocultismo y se disculpaba por "los escandalillos que le armé a la agraria".

Pero había otro papel, una tarjeta con membrete. En un primer momento quise ocultárselo a Lu, pero ella alcanzó a leerlo. Era una citación del Comité para ese mismo día, en que se me notificaba de un arresto preventivo por complicidad de delitos contra la ley que rige el tráfico de maquinales. Consulté la hora. Quedaba poco tiempo. La angustia no me permitía pensar con claridad; no obstante decidí escribir un alegato en mi favor, por mi libertad. Transcribo ciertos párrafos del borrador:

"A los señores Jueces de la Honorable Comisión Investigadora del Comité de Higiene Social y Defensa Permanente del Estado. Muy señores míos: (Había colocado, "respetuosamente expongo", pero lo taché). Acuso recibo de la nota de vuestra Honorable Comisión, en que se me cita a responder por cargos basados en un posible compromiso mío en hipotéticos actos delictuosos que...

No se me ocurrió como continuar la frase. Sin embargo una línea más abajo proseguí:

'No hay, que yo sepa, ninguna prohibición que impida los estudios de antropología, y en honor a la ciencia puedo aseverar que...

En realidad no estaba en condiciones de aseverar nada. Tenía susto, miedo, dificultad para hilvanar una modesta oración. La razón, tupida por la agitación emocional me impedía reflexionar correctamente. Anoté otra frase:

"Además no he participado en ninguna manifestación pública o privada contra los Principios de nuestro Honorable Comité...

Esto era casi cierto y la coartada preparada por Bernstein en relación a "esos días", no ofrecía ningún reparo. Agregué otras líneas:

"Mis amistades y mi legítima esposa son nativos

de la Ciudad, y obran en poder del infrascrito los recibos de impuestos directos e indirectos pagados durante el semestre anterior. Ejerciendo el modesto trabajo de teorista colaboro al bienestar social y cultural de la comunidad. Como se desprende, mi inocencia...

Esto último, también fue borrado, pues nada agregaba a mi defensa. Parecía que en mí, hubiera muerto el espíritu de lucha; era un hombre asustado hasta los huesos. El temor me dolía en las espaldas, las rodillas, los plexos. Sensación de estar metido en un engranaje angustioso que saturaba de impotencia e incapacidad para la defensa; pánico absoluto ante el mundo exterior. Mi esperanza y consuelo era Lu, pero ella, la imagen misma de la debilidad y la ternura, no podía contra ese absurdo ilimitado. Y encima del temor se desplomó el asco. La inmensa náusea que abarca el organismo en totalidad, el deseo violento de abandonarlo todo, de rehusar la justificación, de confesarse culpable, aceptando la condena y gozarse en el castigo. Recordé el sueño "geométrico", las paralelas sin posibilidad de encuentro, eternamente separadas...

Miré a Lu, y comprendí de súbito que debía derrotar al miedo como fuera, combatir; trocar el susto en amor y rebeldía. Evoqué las palabras del ebrio del Parque y entendí su error. No existía tal "sin sentido". En la batalla, venciendo o no, estaba el verdadero sentido, la respuesta al "para qué". Yo, que siempre pensé por encargo ajeno, esta vez debía hacerlo para mí mismo; y esto porque existía Lu, porque había encontrado el amor personal. El próximo paso sería llegar al amor colectivo, destruir el temor, acabar con la zozobra y el desprecio. Tenía mucho que hacer, lenta o precipitadamente, pero sin descanso.

Dejé inconcluso el borrador. No tenía objeto continuarlo. Abracé a Lu; nos besamos desde muy adentro, como habiendo madurado de golpe en espera que alguna pa-

trulla de Voluntarios viniese a detenerme. Pasaron las horas tranquilamente rápidas...

ME YERGO. Un ojo se abre y mira. El miedo es una enfermedad. Todo mal tiene curación, ninguna fiebre es eterna. "Como es arriba es abajo". De la montaña se desciende a la ciudad. De la ciudad se sube a la montaña. Basta golpear sobre la mesa y poner las ideas en su sitio. Un poco de valor, un último esfuerzo y despertamos. Suena el timbre del citófono, sordo, visceral. Una voz de ultratumba anuncia visita. Debo demostrar serenidad; el agua y el jabón alejan la muerte. Me alzo, lavo mi cara, me peino y regreso a tenderme en el blanco camastro metálico. Entra Bernstein cual un aparecido. (No tiene ninguna obligación de ser tan fiel y bueno). Discretamente, el guardián que le acompaña se esfuma, con toda seguridad a conectar el dispositivo que grabará nuestra conversación. Con disimulo teatral el viejo me da un fajo de bonos y unas cajas de droga, que me apresuro a ocultar entre mis ropas. (¡Ya te sobornaré guardiancito!).

Charlamos de trabajos. La ley me permite seguir laborando desde la prisión. Trae papel para escribir, una máquina portátil y un receptor de radio diminuto, apretujados dentro de su maletín mágico, donde cabrían hasta nuestros pecados. Le entrego una teoría sobre sectas religiosas, otras dos sobre los ancianos y una cuarta acerca de una justificación de la violencia, todas escritas a mano, con letra infernal, apenas descifrable. Habla como un noticiario matinal de los hechos más importantes del momento: un luxudista logró reunir catorce mil puntos en una hora; Gerardo ingresó a la comunidad de los "Hermanos" con su amigo el general en retiro de los Voluntarios; vagas referencias respecto a los que tuvieron contacto con Miguel, parece que huyeron hacia un lugar muy inaccesible, en la montaña; orden del Gobierno de maquinalear a toda la población de "allá arriba"; Alouette ha presentado varios recursos ante el

Comité, en procura de mi libertad, ha cambiado de vida, es subdirectora de una academia de ciencias ocultas; Jorquera fue ascendido a redactor-jefe de "La Verdad Informativa"; siguen las manifestaciones políticas en la ciudad. Bernstein narra el asunto manifestando mucho desprecio, pero por los guiños que hace, veo que no les niega su simpatía. Larga conversación que bebo con voracidad. Promete venir dos veces por semana. El eco amodorrado de sus pasos... (¿Se habrá escondido el sol?).

Permanezco varios días solo, sin visitas, desvelado. La excitación mental agudiza el insomnio y el temor, la energía. Me alimento mucho, a pesar que la comida del presidio tiene un sabor horrible, mas sé que es nutritiva, el reglamento carcelario así lo exige. Debo cuidar las fuerzas. Tengo la cabeza electrizada. Hasta canto, porque es bueno cantar.

Trato de hacer amistad con el guardia de gorro blanco cuyas manos enguantadas no dejan de temblar. Le ofrezco una tableta de droga. Agradece, sale a tomarla (¿Por qué? me pregunto) y regresa calmado. Todas las tardes viene a recoger su dosis. Algunas veces intercambiamos palabras. Me ha pedido en varias ocasiones que le cuente mi vida. Cuando habla de sí mismo parece como si lo hiciese de otra persona, tal cual un sonámbulo contaría historias de su sombra. Investigo sus problemas económicos; me percató que es extremadamente pobre y le asigno una mesada de un bono al día; lo hipnotizo; le narro cuentos fantásticos que cree absolutamente; lo emocio hasta las lágrimas; pero no so- lloza...

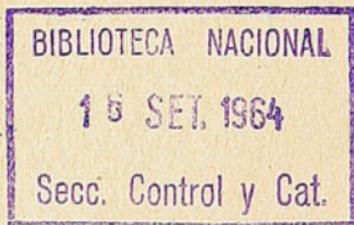
Le planteo (ya somos amigos de la infancia) que necesito una mujer cualquiera, ofreciéndole bastante dinero. (No sospecha que estoy pensando en Lu). Acepta. Dos días después, Lu está conmigo.

Mi actividad de teorista no me da descanso. Necesito ganar muchos bonos, montañas de bonos. Las fauces del

guardián son insaciables; creo que me hizo prometerle un televisor cómico para el cumpleaños de su mujer.

Vivo en la Ciudad de las inquisiciones y controles, donde es difícil escapar al engranaje. Pero Lu está a mi lado, estará a mi lado, hasta el momento en que termine de escribir estos cuadernos, de redactar estas memorias; hasta el día, lejano o cercano, en que seguramente seré condenado, o, en que haciendo realidad la leyenda, pueda bajar hasta las profundidades, hasta el fondo mismo del Lago Subterráneo, escudado en el amor, y allí abrir la compuerta y presenciar cómo la ciudad se hunde en las claras y turbulentas aguas, definitivamente...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



OBRAS PUBLICADAS
POR LAS EDICIONES ALERCE

Poesía:

- ALCALDE, ALFONSO: *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte.*
ARTECHE, MIGUEL: *Quince poemas.*
CANALES, RENATO: *Un árbol a la orilla del mundo.*
CÁRDENAS, ROLANDO: *En el invierno de la provincia.*
CARMONA, RAMÓN: *Signos de Chile.*
CRUCHAGA, ROSA: *Descendimiento.*
FERRARO, NICOLÁS: *Sed por dentro.*
FERRERO, MARIO: *Tatuaje marino.*
HAHN, OSCAR: *Esta rosa negra.*
HERRERA, EDMUNDO: *La casa del hombre.*
LAMBERG, FERNANDO: *El universo engañoso.*
MELLADO, RAÚL: *Tierra colorada.*
MOLTEDO, ENNIO: *Cuidadores.*
MONTES, HUGO: *Delgada lumbre.*
NARANJO, JORGE: *Los sueños de Nefertitis.*
O'KINGHTON, LEONEL: *En los ciruelos está el cielo.*
OVIEDO, EMILIO: *Habitante en el tiempo.*
PIZARRO, ANDRÉS: *Algunas cosas.*
REINOSO, VÍCTOR: *Elegía furiosa.*
RIVERA, RAÚL: *Variaciones domésticas.*
ROSAS, PALMIRA: *Región de encuentros.*
TEILLIER, JORGE: *El cielo cae con las hojas.*
TORRES, MARUJA: *Simplemente.*

Novela y cuento:

- ALVARADO, EDESIO: *La captura.*
BLANCO, GUILLERMO: *Misa de Réquiem.*

- CARREÑO, HÉCTOR: *Páramo*.
CASSÍGOLI, ARMANDO: *Cuadernos de un hombre asustado*.
CORREA, HUGO: *Alguien mora en el viento*.
CRUZ, LUCIANO: *Los Contrabandistas*.
CHAIGNEAU, RAIMUNDO: *El ángel torpe*.
DÉLANO, POLI: *Amaneció nublado*.
FERRARO, NICOLÁS: *Terral*.
GUTIÉRREZ, ROBERTO: *Desertora*.
MORAND, CARLOS: *Una larga espera*.
PIZARRO, ANDRÉS: *Una historia vulgar*.
QUESNEY, VALERIO: *Como otro cáncer*.
REYES MESSA, ALFONSO: *Cuatro largos pasos*.
VULLIAMY, LUIS: *El mejor lugar del mundo*.

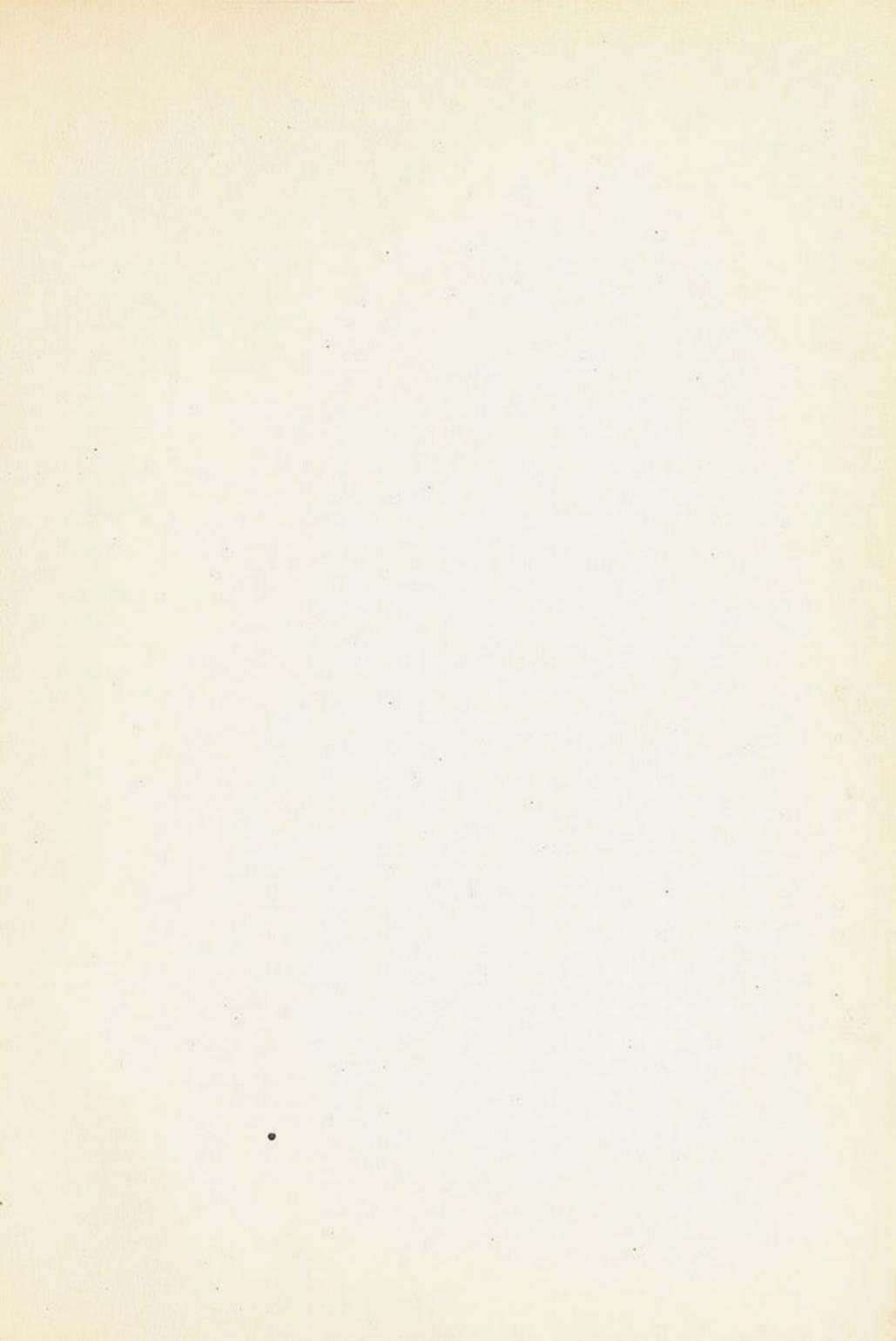
E n s a y o :

- SANHUEZA, GUILLERMO: *Pensamiento pedagógico de Montaigne*
SILVA CÁCERES, RAÚL: *La dramaturgia de Armando Mooock*.
VALDIVIESO, JAIME: *Un asalto a la tradición* (Vida y obra de Carlos Sepúlveda Leyton).

T e a t r o :

- CHESTÁ, JOSÉ: *El umbral*.
MOLLETO, ENRIQUE: *El sótano*.
REQUENA, MARÍA ASUNCIÓN: *Ayayema*.





ARMANDO CASSIGOLI nació en Santiago, en 1928. Es profesor de filosofía, con estudios en las Universidades de Chile y de Roma. Ha sido dirigente de la Sociedad de Escritores de Chile, director de la revista que edita este organismo, y animador muy activo de iniciativas y grupos de nuestro mundo literario.

Ha publicado: *Confidencias y otros cuentos* (Santiago, 1954); *Cuentistas de la Universidad* (antología, Santiago, 1959); y *Angeles bajo la lluvia* (Premio Municipal de Novela, 1960). Cuentos suyos figuran en las antologías de María Flora Yáñez y Enrique Lafourcade, y en *El Nuevo Cuento Realista Chileno*, de Yerko Moretich y Carlos Orellana. Su obra de teatro *Tres cuentos para escenario*, fue representada en 1958, en Santiago y Montevideo.

Cuadernos de un hombre asustado no es una obra de tema frecuente en nuestra literatura. Su filiación hay que buscarla en *Un mundo Feliz*, de Huxley, y en algunos libros recientes de ciencia-ficción (*Fahrenheit, 451*, Bradbury, y *Mercaderes del Espacio*, de Pohl y Kornbluth). Como éstas, recurre a la proyección futurista para diseccionar, con exacerbada e impiadosa mordacidad, algunos de los vicios de la sociedad contemporánea.

Esta novela —aparte de ser la obra de mayor elaboración y madurez de Cassigoli— es una de las más originales y novedosas aparecidas en la literatura chilena en los últimos años.